Pedro García Cabrera

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN I

CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES

GOBIERNO AUTÓNOMO DE CANARIAS

1987

OBRAS COMPLETAS

PEDRO GARCÍA CABRERA

Preparada bajo la dirección de
SEBASTIAN DE LA NUEZ
con la colaboración
de
RAFAEL FERNANDEZ Y NILO PALENZUELA

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
BIBLIOTECA GENERAL

R. 5. 328

PEDRO GARCÍA CABRERA

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN I

(Poesía: 1928-1946)

Edición
e introducción de
NILO PALENZUELA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 13794
N.º Copia 42.416

CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES
DEL
GOBIERNO AUTÓNOMO DE CANARIAS

1987

Dibujo de cubierta: El poeta visto por S. del Pilar
(Reproducido de *Gaceta de Arte,* n.° 13, V-1933)

1987. Es propiedad de Matilde Torres Marchal
Vda. de Pedro García Cabrera

Depósito Legal: M. 28.657-1987
I.S.B.N.: 84-505-6287-2 (Obras completas) - 84-505-6288-0 (Volumen I)

Impresión: Mae, S. L. Hnos. Granda, 30 - 28022 Madrid

Printed in Spain

Pedro García Cabrera
(hacia 1940).

De izquierda a derecha: P. García Cabrera, Pérez Minik, Agustín Espinosa, Jacqueline Bretón y Benjamin Péret, 1935.

NOTA DE LOS EDITORES

Desaparecido Pedro García Cabrera en 1981, se imponía como una necesidad intelectual y cultural para Canarias la edición de su Obra, cosa que se sabía ya tarea difícil, debido a lo ingente de su volumen y a lo dispersa que se encontraba en la prensa, las revistas y los manuscritos del poeta. Él mismo, cuando le fue propuesta la publicación de una Antología de toda su obra por la Editorial Edirca de Las Palmas, que saldría bajo el título de A la mar fui por naranjas, *en 1980, tuvo que hacer una revisión de los manuscritos que constituían sus obras inéditas, y éstas fueron publicadas sólo en parte, como se explica en el prólogo del primer volumen de esta edición.*

Tras varios intentos, doña Matilde Torres Marchal, la viuda del poeta, encomendó a Sebastián de la Nuez, catedrático de Literatura de la Universidad de La Laguna, la preparación y edición de las obras de su marido, y que le solicitaban de muchos lugares de España y de América, dándole facilidades al citado profesor para que consultara las carpetas donde el poeta había guardado sus borradores, sus manuscritos originales, sus copias a máquina realizadas por el propio escritor, las colecciones de artículos publicados o no; es decir, todo un abundante material que representaba una labor de cerca de sesenta años. Partiendo de la clasificación de la obra que había realizado el escritor y crítico Rafael Fernández, era necesario revisarla para establecer los textos y sus variantes, establecer el orden cronológico y seleccionar los libros y proyectos, tratando de adivinar la voluntad del poeta. Nilo Palenzuela, que había dedicado su memoria de licenciatura y su tesis doctoral a la poesía de García Cabrera, se encargó de preparar la edición de las obras escritas entre 1928 y 1946, en parte editadas y en parte inéditas, lo que forma el primer tomo de estas Obras Completas. Sebastián de la Nuez, aparte de asumir la dirección de la edición, se

encargó de preparar el volumen correspondiente a las obras publicadas con posterioridad a aquellas fechas, es decir, las comprendidas entre los años de la posguerra hasta poco antes de su muerte, publicaciones que sólo comienzan en 1951, dadas las especiales circunstancias biográficas, que había llevado a su autor al destierro y a su encarcelamiento, y terminan en 1979, comprendiendo la antología ya citada, todo lo cual constituye el segundo volumen de esta edición. También se encargó dicho investigador de recopilar, seleccionar y preparar la edición de las obras inéditas, o publicadas en parte, comprendidas entre los años 1947 y 1980, y aunque compuestas mientras salían a la luz las ya indicadas, se ha preferido no seguir el orden cronológico, sino formar un volumen aparte —el tomo tercero de esta edición— con estas últimas, ya que se trata de obras que el propio autor no dio por definitivamente acabadas, pues algunas se reducen a pequeñas plaquettes *o proyectos que comprenden unos pocos poemas, pero que no se han rechazado, dada la importancia que pueden tener para el conocimiento de la trayectoria de la obra poética de su autor. Rafael Fernández se encargó de reunir, en el cuarto y último volumen de esta obra, la producción, inédita y publicada, en prosa, de García de Cabrera, que se divide en dos períodos: uno que abarca desde 1922, en que escribe sus primeros ensayos, hasta el año 1936, en que estalla la guerra civil, que tanto iba a alterar la vida del poeta, y otro período final que comprende desde la posguerra (1944) hasta fechas muy cercanas a su muerte (1980). Los cuatro volúmenes de estas* obras completas *han sido supervisados por Andrés Sánchez Robayna.*

Señalemos, finalmente, que cada uno de estos volúmenes van prologados por los mismos preparadores y compiladores de estas Obras Completas, que constituyen verdaderos estudios y que abarcan, por primera vez, la trayectoria de la obra en prosa y en verso de Pedro García Cabrera, uno de los grandes poetas y ensayistas de nuestra literatura de categoría y proyección universales. Recordemos que el Gobierno Autónomo de Canarias, en la figura de su presidente don Jerónimo Saavedra, y a través de la Consejería de Cultura y Deportes, haciéndose cargo de la importancia que tenía esta publicación, la puso bajo su patrocinio, en colaboración con el Ilmo. Cabildo Insular de Tenerife, bajo la presidencia de don José Segura Clavell, y la Universidad de La Laguna, a través de su Junta de Gobierno dirigida por el rector don Juan Alberto Arias.

PRÓLOGO

La trayectoria poética de Pedro García Cabrera (1905-1981) aparece en la lengua castellana con aquel perfil preciso que los vanguardistas canarios ofrecían en los años 20 y 30: la visión de un arte transgeográfico, universal, descubierto desde la perspectiva específica de la región atlántica. García Cabrera es, sin embargo, quien ha desarrollado una obra más amplia entre los miembros de su generación, hecho que además, le ha permitido su vinculación a las inquietudes de la poesía española de postguerra. Su contacto con varias promociones literarias le han erigido con frecuencia como orientador de los poetas más jóvenes. Con todo, no es un poeta conocido; algunas de las obras aquí recogidas han permanecido inéditas hasta ahora, otras han sido parcialmente publicadas [1]. *Las consideraciones críticas sobre su obra no han corrido mejor suerte; así, una* plaquette *como* Transparencias fugadas *es tomada durante años como un texto surrealista, cuando sus motivos esenciales poco tienen que ver con los presupuestos del grupo parisino. En las últimas décadas de su vida, la personalidad de García Cabrera se ve reconocida de manera progresiva. La frontalidad con que se ha opuesto al régimen franquista y su fidelidad a la creación poética, lejos de cualquier claudicación, son datos que afirman este reconocimiento. Pero, como en la obra del catalán Salvador Espriu* [2], *merece la pena obliterar una lectura ideologizante, tan propia de las últimas décadas, para emprender de nuevo la lectura de Pedro García Cabrera. Aquí, sin embargo, nos contentaremos con señalar algunos de los rasgos específicos de su lenguaje, de su compleja visión poética, junto a aquellos*

[1] *Entre la guerra y tú, La arena y la intimidad* y *Hombros de ausencia* se publican parcialmente en la antología *A la mar fui por naranjas,* Edirca, Las Palmas, 1980.

[2] La significación adquirida por la resistencia cultural a la dictadura franquista ha permitido a José Carlos Mainer relacionar ambos poetas en «Presentación» en *Pedro García Cabrera,* Homenaje de la Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1981.

datos biográficos de mayor interés hasta 1946, fecha con la que concluye una etapa de su trayectoria vital —alcanza la libertad provisional después de haber estado en prisión durante algunos años— y también los textos incluidos en este volumen.

Pedro García Cabrera nace en Vallehermoso, isla de La Gomera, el 19 de agosto de 1905. Hasta los siete años permanece en su pueblo natal, trasladándose posteriormente a Sevilla, donde su padre va destinado como maestro. Más tarde regresará a Santa Cruz de Tenerife, isla en la que permanece la mayor parte de su vida.

Los primeros textos publicados por Pedro García Cabrera aparecen en 1922, pero es sólo a partir de 1925 cuando sus entregas poéticas o sus artículos son más frecuentes en diarios o revistas locales. Son éstos los años iniciales de su formación. En el diario católico Gaceta de Tenerife *publica los primeros poemas; influencias de Campoamor, de Bécquer, Espronceda, un importante tono religioso, no exento de tópicos, son algunas de sus características. En 1926 se funda* Hespérides. *Esta revista reúne en sus páginas a escritores epígonos del modernismo y a poetas inmersos aún en el regionalismo de fin de siglo; junto a ellos un grupo de jóvenes: Emeterio Gutiérrez Albelo, Domingo Pérez Minik, Eduardo Westerdahl, Domingo López Torres y también Pedro García Cabrera. Los poemas de éste reciben entonces la influencia del modernismo y ya en los años de 1927 y 1928 se opera, junto a sus compañeros generacionales, el encuentro con la vanguardia. Temas futuristas, metáforas e imágenes creacionistas, junto a un creciente interés por el paisaje son ahora los rasgos distintivos.*

En 1927 surge La Rosa de los Vientos *y con esta revista el primer esfuerzo colectivo por iniciar una escritura radical desde las islas en el seno de las vanguardias históricas. La atención prestada al paisaje canario y la lectura de una tradición poética insular influyen en García Cabrera. Pero, como sus compañeros de* Hespérides, *se encuentra aún lejos del riguroso proyecto universalista de la revista de Juan Manuel Trujillo y Agustín Espinosa, hecho del que puede dar cuenta el enfrentamiento de Eduardo Westerdahl con Juan Manuel Trujillo o la misma presencia de Pedro García Cabrera en aquella revista,* Horizontes, *que engrosaban algunos de los poetas de la promoción anterior* [3].

En 1928 se publica Líquenes *en las ediciones paralelas de la revista* Hespérides. *En este extenso poemario se manifiestan ya características esenciales de su trayectoria. No es difícil advertir el neopopularismo, tan usual en aquellos años, y que será, en esa suerte de isomorfismo formal y rítmico* [4] *en que se sitúa su poesía, uno de sus cauces expresivos (recuérdese* Día de alondras). *No se hurta tampoco la influencia*

[3] Véase M. Pérez Corrales, «Cuaderno de bitácora de la vanguardia insular», en *Jornada Literaria* (diario *Jornada,* Santa Cruz de Tenerife), números 31, 34, 36, 38, 44, 46, días 4 y 25 de julio, 8 y 22 de agosto, 3 y 17 de octubre de 1981.

[4] Los versículos, endecasílabos y versos de arte menor son los cauces por los que cristaliza la

lorquiana o aquella vertiente marina o imaginística de Rafael Alberti en su libro de 1925. Los poemas se desarrollan en su mayor parte alejados del sujeto, expresándose a través de aquella «pura voz anónima» con que Ortega y Gasset descubriera a los poetas modernos. En esta actitud antirromántica, la aparición de extranjerismos o palabras incorporadas de las ciencias naturales resultan reveladoras. Con Líquenes *se inicia además una poética de la imagen y la metáfora vanguardistas. También un espacio temático: la realidad geográfica insular. Es visible ahora la cercanía de García Cabrera a la poesía creacionista de Vicente Huidobro y Pierre Reverdy, pese a que aún persistan resabios modernistas. De esta manera, si el poeta chileno nos habla de crear un poema como la naturaleza crea un árbol o el poeta francés de convertir lo exterior en interior, el autor de* Líquenes *acoge el paisaje para interpretarlo, esto es, para convertirse en un demiurgo que se aleja de la representación e imprime el signo de un lenguaje peculiar. Este poemario se presenta como un diario de impresiones cuidadosamente anotadas a cada sugerencia del paisaje. Las metáforas y las imágenes se construyen, a pesar del relampagueante destello analógico, desde aquella perspectiva intelectual que tanto defendieran los ensayos o la misma poesía de Vicente Huidobro. En su alejamiento de la realidad adquieren proporciones cósmicas. A esta inquietud inaugural de su poesía concurre una tradición que tiene en el paisaje un motivo de identidad. No puede olvidarse el conocimiento que en estos momentos García Cabrera posee de poetas como Tomás Morales, de Alonso Quesada o de los mismos poetas románticos* [5].

En estos años amplía la entrega de sus textos a El Progreso, Las Noticias, La Tarde, La Prensa; *intenta la publicación de la revista* Cartones, *de la que da noticia* La Gaceta Literaria *en 1928 y que sólo saldrá dos años más tarde; surge también la preocupación política, un hecho decisivo para su visión poética y que le lleva a la militancia en el partido socialista. En 1930 inicia la redacción de* La aurora sumergida, *un libro que sólo logra esbozar y que exhibe algunos motivos temáticos desarrollados en poemas posteriores. Dirige en este mismo año el semanario* Altavoz, *en el que también colaboran López Torres y María Rosa Alonso y que tiene como objetivo la denuncia del ámbito caciquil de la isla de La Gomera. 1930 es, sin embargo, trascendental por el comienzo de la actividad ensayística desde un ángulo poético y teórico. Recordemos dos artículos esenciales.*

---

obra de Pedro García Cabrera en una suerte de alternancia constante. Véase A. Sánchez Robayna, «Significación de Pedro García Cabrera» en el ya citado homenaje de la Universidad de La Laguna, citado en nota 2.

[5] Poetas como Ignacio Negrín o Plácido Sansón, junto a otros autores del siglo XIX los lee cuando es estudiante de bachillerato en la biblioteca municipal de Santa Cruz de Tenerife. Véase la entrevista incluida en *Pedro García Cabrera: El hombre en función del paisaje,* Colección LC, N. Palenzuela Editor, Santa Cruz de Tenerife, 1981.

En «La ordenación de lo abstracto» [6] *plantea la actividad artística inmersa en la abstracción. Las influencias del pensamiento de Oswald Spengler, Worringer u Ortega y Gasset se combinan en García Cabrera con los ejemplos literarios de* Manual de espumas, *de Gerardo Diego,* Perfil del aire, *de Luis Cernuda,* Seguro azar, *de Pedro Salinas, o los textos de Guillaume Apollinaire. Nos interesa subrayar aquí varios aspectos: la idea del lenguaje poético como expresión de un estado evolutivo del arte en Occidente, la palabra situada «en los límites del pensamiento» con sus conceptos «cargados de terror cósmico primitivo» y la visión del lenguaje como fundación, esto es, inmerso en la espiral ascendente que llega a nosotros desde la poesía romántica. Así, cuando García Cabrera se refiere a la poesía de Luis Cernuda, escribe: «Perfilar el aire, fisonomizarlo, distinguirlo, nombrarlo es una manera de ordenar», una concepción paralela a la que esbozara, por ejemplo, Fernando Pessoa en la voz de su heterónimo Alberto Caeiro y que nuestro poeta desarrolla en torno al paisaje a lo largo de su trayectoria poética* [7].

De vital importancia resulta su ensayo «El hombre en función del paisaje» [8]. *Este texto señala las directrices poéticas seguidas por el grupo de la revista* Cartones *y se publica con motivo del encuentro generacional que supuso la exposición de los jóvenes pintores de la escuela Luján Pérez de Gran Canaria en la isla de Tenerife. El enfrentamiento a las promociones poéticas anteriores, el desprecio de la literatura decimonónica, el conocimiento de la tradición insular, desde Cairasco de Figueroa y Viera y Clavijo a los modernistas, le permiten proponer ahora una lectura del paisaje alejada de la historia y sus compromisos. Como Agustín Espinosa en* Lancelot, 28°-7°, *nos habla de una mirada integral para la geografía de las islas, una mirada que se quiere mitología conductora. En esta elección poética cabe mencionar un hecho histórico de gran importancia. En 1927 se produjo a través de un real decreto la división provincial de las Islas Canarias tras un largo pleito interinsular* [9]. *García Cabrera, como los jóvenes escritores del grupo de* Cartones, *nada quiere saber de las posiciones históricas anteriores. Esto lo evidencia al contestar al ataque del poeta y político Gil Roldán tras su conferencia «El hombre en función del paisaje»: «al siglo XIX tinerfeño le ha faltado la mirada integral para nuestro paisaje [...] Nuestro arte hay que elevarlo sobre paisaje de mar y montañas. Monta-*

[6] Véase *La Tarde,* Santa Cruz de Tenerife, 8 de febrero de 1930.

[7] Para hablar de la naturaleza, escribe el heterónimo pessoano Alberto Caeiro, «preciso usar da linguagem dos homens / Que dá personalidade às coisas, / E impõe nome às coisas». Véase *Poemas,* Edições Ática. Lisboa, 1984. Por su lado, Pedro García Cabrera decía en la entrevista citada (nota 5): «El hombre se adueña de él (el paisaje) cuando le pone el sello del lenguaje y le da un nombre. Cuando nosotros nombramos una cosa nos apoderamos de ella».

[8] Véase *La Tarde,* Santa Cruz de Tenerife, días 16, 17, 19 y 21 de mayo de 1930.

[9] Véase Marcos Guimerá Peraza, *El pleito insular,* Editorial Confederación Española de Cajas de Ahorro, Santa Cruz de Tenerife, 1976.

ñas con barrancos, con piteras, con euforbias, con dragos... Lo general a todas las islas o casi todas. Nada de Teide, Caldera, Nublo, Roque Cano, Montañas del Fuego... Eso está bien para una guía turística. Eso será fomentar rivalidades y predominio de unas islas con otras».

La militancia política en el PSOE lo lleva en abril de 1931 a acudir a las elecciones municipales en la coalición republicano-socialista que da al traste con la monarquía borbónica. Su actividad en los años republicanos es constante, siendo uno de los portavoces del partido socialista en el ayuntamiento de Santa Cruz y en el Cabildo insular, dirigiendo la publicación El Socialista. *Esta actividad política e ideológica perfila las preocupaciones poéticas de Pedro García Cabrera desde una peculiar perspectiva. Cuando aparece* Gaceta de Arte, *de la que es fundador con Eduardo Westerdahl y otros escritores insulares, los artículos publicados en esta revista no sólo delatan la continuidad de aquel ideario poético anterior, sino que también muestran un nuevo signo. Así, cuando se celebra el congreso internacional de escritores proletarios en Moscú en 1934, la concepción del arte se inserta en la perspectiva marxista aunque posea tantas reservas en relación al realismo socialista como poseyera en estas mismas fechas el pensamiento de André Breton. Pedro García Cabrera defiende, empero, el arte abstracto que «expresa mejor que ningún otro prisma de nuestro tiempo la tragedia del hombre contemporáneo, porque la remonta a un escenario cósmico». Su posición ideológica es inconfundible cuando declara con cierto resabio orteguiano que «esta deshumanización del arte actual, en sus forjas más abstractas, tiene una clara filiación revolucionaria, porque ella nos entrega el instrumento formal que posibilita recoger en su día contenidos sociales, a los que hoy sólo cabe presentirlos por hallarse fuera de nuestra realidad presente»* [10]. *Nuestro poeta advierte también el giro de la poesía republicana hacia una rehumanización tal y como se muestra en el artículo que dedicara a* La voz a ti debida *de Pedro Salinas, ejemplo de esta nueva actitud frente al compromiso social y político alentado por la poesía de Rafael Alberti* [11].

En 1933 las páginas de Gaceta de Arte *anuncian la publicación de* Transparencias fugadas *en las ediciones paralelas de la misma revista. Esta* plaquette *aparece en 1934 y nos revela desde los «entronques» líricos e intelectuales que la encabezan la voluntad constructiva del autor. Elige un precedente lírico en su misma poesía: poema 7 de* Líquenes. *Las anotaciones realizadas en el apartado intelectual desvelan además la naturaleza de esta obra inmersa en aquella visión unitaria de Paul Valéry según la cual el poeta está llamado, al igual que los músi-*

[10] Véase «La concéntrica de un estilo en los últimos congresos», *Gaceta de Arte*, Santa Cruz de Tenerife, núm. 31, noviembre de 1934.

[11] Véase «Pasión y muerte de lo abstracto en *La voz a ti debida*», *Gaceta de Arte*, Santa Cruz de Tenerife, núm. 26, mayo de 1934.

cos, a producir una diversidad de soluciones del mismo tema. Ciertamente, el itinerario simbólico desarrollado por García Cabrera da unidad a Transparencias fugadas *y responde a una dialéctica que se funda en una contradicción inicial: el poeta y el aire. Las distintas secciones de este* poema *amplían esta condición inaugural.*

El tema elegido responde a aquella inquietud expresada en «La ordenación de lo abstracto»; también, a la vocación ética y moral que inquieta su poesía. La diafanidad, la transparencia, la libertad, la universalidad... son destellos simbólicos del motivo «aire-viento». En una de las críticas iniciales que recibe el libro, Gutiérrez Albelo señala el carácter romántico de esta elección [12]. *En verdad, y a pesar de su raíz intelectualista, no podemos menos que situar* Transparencias fugadas *en esta tradición que se dibuja desde Percy Bysshe Shelley a Saint-John Perse. Como en el autor de* Oda al viento del oeste *o de* Vents, *el tema adquiere proporciones cósmicas y preludia a través de su simbolismo la concepción arquetípica de una futura primavera* [13]. *La integración en el ámbito del viento resulta así un laberinto simbólico: trasminar la propia individualidad para participar de la otredad de aquel «sueño de espacio entero» al que se refiere el poeta.*

La rodilla en el agua *es el poemario dedicado a la* isla *como reconoce el autor en el prólogo. Publicado en 1981, su redacción inicial se sitúa en 1934 y 1935, aunque es posible que fuera objeto de alguna modificación posterior. En 1934, Pedro García Cabrera es obligado por una decisión judicial a retirarse de Santa Cruz de Tenerife* [14]. *El lugar elegido es Tafira, en la isla de Gran Canaria. Aquí comienza la redacción de este libro titulado inicialmente* Isla. *El manuscrito existente muestra cómo buena parte de los poemas se incorporan a la versión posterior. La situación vivida por el poeta, junto a los avatares de la poesía republicana —recuérdese* Cruz y Raya *o la revista* Octubre— *son datos suficientes para observar la rehumanización de su lenguaje, una actitud vista, sin embargo, según aquella perspectiva que apreciaba en el ejemplo de* La voz a ti debida. *La isla se descubre ahora como una arquitectura a la que no faltan atribuciones de orden ético y moral (sencillez, humildad, seguridad, fidelidad, etc.) El signo de la arquitectura tiene para nuestro poeta un sentido preciso si pensamos por ejemplo en el significado del racionalismo para la revista* Gaceta de

[12] Véase «Sobre *Transparencias fugadas* de Pedro García Cabrera», *La Tarde,* Santa Cruz de Tenerife, 27 de diciembre de 1934.

[13] La relación de Saint-John Perse y García Cabrera fue anotada por Danielle Sotto en *El orbe poético de Pedro García Cabrera,* Aula de Cultura de Tenerife, 1980, p. 57.

[14] Matilde Torres Marchal, viuda de García Cabrera, nos ha informado sobre el motivo: un joven que realiza el servicio militar publica un artículo contra Gil Roldán. García Cabrera, director de la publicación —es posible que fuera *El Socialista*—, se hace responsable del artículo. Sobre él se determina la acción judicial emprendida por el republicano, también poeta, Gil Roldán. Esteban Amado ha tratado este tema en *Pedro García Cabrera: en torno a una existencia poética,* Aula de Cultura de Tenerife, 1985.

Arte [15]. *En «Casas para obreros», advierte en la arquitectura racionalista la posibilidad de una situación nueva para el hombre y para las clases más oprimidas* [16]. *Mucho más tarde, en 1950, cuando García Cabrera intenta renovar el espíritu vanguardista de* Gaceta de Arte *junto a Eduardo Westerdahl o Domingo Pérez Minik, escribe un ensayo en el que descubre la arquitectura lingüística de Jorge Guillén, tras sugerir algunos aspectos de la poesía de T. S. Eliot o del pensamiento de Le Corbusier, proclamando la «eterna virginidad del mundo»* [17]. *Esta actitud se hace visible en su misma poesía, aunque de una manera diferente. El arquetipo del paraíso es un motivo de esta construcción verbal que tiene ahora en el tema del amor uno de sus acentos más singulares.*

El signo insular pertenece aquí a un orden metafísico, a una construcción espiritual. Se aleja definitivamente de la representación. La isla aparece así, según la mirada dorsiana a la que alude el autor, en medio de las formas que pesan *y en cuya simbología descubrimos el sentido de aquella hora republicana. El aislamiento o la soledad lejos están del significado de la palabra de Alonso Quesada. Invocan aquí el rumor de un estado ancestral y mítico del universo. La palabra de García Cabrera muestra, como dijera Lezama Lima, un* paisaje comenzante. La rodilla en el agua *ofrece además un sentido nuevo a sus obras anteriores. Temas como el mar o el aire, movimientos «musicales» que circundan al motivo temático, han estado presentes en sus meditaciones poéticas o en* Líquenes *y* Transparencias fugadas *y son ahora elementos dialécticos de una obra en crecimiento, consciente de la ordenación fundacional de su lenguaje.*

Esta sucesión creadora queda aquí suspendida durante algún tiempo. La vinculación de Pedro García Cabrera a los presupuestos surrealistas decide una nueva ruta de su lenguaje. El origen de esta actitud debemos buscarla en un conjunto de acontecimientos del mundo insular y en su propio pensamiento poético.

Desde el comienzo de los años 30 algunos vanguardistas insulares se integran a la escritura radical del surrealismo. Piénsese por ejemplo en Oda a María Ana, primer premio de axilas sin depilar de 1930, *o en los ensayos teóricos de Domingo López Torres sobre la aureola y el estigma del surrealismo. Emeterio Gutiérrez Albelo publica en 1933* Romanticismo y cuenta nueva *y sobre este mismo libro versa un artículo de García Cabrera* [18]. *En este mismo año se celebra además una*

[15] Véase el estudio de José Carlos Mainer sobre *Gaceta de Arte* incluido en su libro *Literatura y pequeña burguesía en España,* Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972.

[16] Véase *Gaceta de Arte,* Santa Cruz de Tenerife, núm. 4, 1 de mayo de 1932.

[17] Véase «Arquitectura y poesía», *De Arte,* Ediciones Nuestro Tiempo, Santa Cruz de Tenerife, 1950.

[18] Véase «Romanticismo y cuenta nueva», *La Tarde,* Santa Cruz de Tenerife, 9 de julio de 1934.

exposición de Óscar Domínguez en el Círculo de Bellas Artes [19]. *Estos hechos influyen de manera decisiva en nuestro poeta. En* Transparencias fugadas *y* La rodilla en el agua *se hacen visibles imágenes y metáforas surrealistas, aunque de una manera aislada. La decisión de incorporarse a esta situación insular se produce en 1934; y no puede resultar más que sorprendente que sea en Tafira, isla de Gran Canaria, en una significativa coincidencia de lugar y tiempo con* La rodilla en el agua, *cuando García Cabrera escribe el relato surrealista* Los senos de tinta. *Este texto, que llega hasta nosotros incompleto (le falta el primer folio y se interrumpe en la página dieciocho), se hace portador de algunos de los rasgos esenciales del surrealismo y revela además la manera de entender el movimiento parisino. El subconsciente es visto, en buena ortodoxia freudiana y surrealista, como zona en la que desaparecen los límites de tiempo y espacio. Las imágenes oníricas se mezclan y confunden por momentos en medio del erotismo y las mutilaciones, de las que no faltan visiones de espantajos y gusanos nauseabundos que delatan la actitud* expresionista *del surrealismo insular. En ocasiones evocamos tras ese* ella *al que alude con frecuencia el ideal de absoluto y belleza convulsiva que André Breton descubriera en* Nadja. *No faltan en este relato, sin embargo, fragmentos en los que la analogía se aleja del procedimiento fortuito e irracional para participar del dominio del intelecto. No en vano García Cabrera procede del arco poético influenciado por el creacionismo* [20].

Tras este intento de vincularse al surrealismo, se producen en 1935 algunos acontecimientos muy conocidos. Se celebra, organizada por los miembros de Gaceta de Arte, *una exposición internacional del surrealismo en Santa Cruz de Tenerife. Con ésta, llegan a las islas André Breton y Benjamin Péret. Se publica el segundo número del* Boletín Internacional del Surrealismo *en cuya elaboración participa Pedro García Cabrera; y se firma una* Déclaration *que expresa la «alianza» del grupo de* Gaceta de Arte *con el movimiento surrealista* [21]. *Nuestro poeta, que hasta ahora ha visto esta vanguardia como una «escuela» más en el concierto artístico del siglo XX, sale en su defensa en la polémica suscitada con la* Gaceta de Tenerife *—la revista en la que*

[19] Véase Fernando Castro, *Oscar Domínguez y el surrealismo,* Ediciones Cátedra, Madrid, 1978, p. 44. Sobre el desarrollo del surrealismo en Canarias véase Miguel Pérez Corrales, «Historia documental del surrealismo en Canarias (1930-1936)», en *Homenaje a Alfonso Trujillo,* Aula de Cultura de Tenerife, 1982, pp. 667 y ss.

[20] Es conocida la crítica al automatismo surrealista que desarrolla Vicente Huidobro en «Manifiesto de manifiestos» *(Obras Completas,* T. I, Ed. Andrés Bello, Chile, 1976, pp. 722 y ss.) Para el poeta chileno es fundamental la «consciencia poética». Algunos de sus libros de 1918 muestran cómo realidades distintas se acercan analógicamente desde una perspectiva en que «la consciencia entra inmediatamente en juego». Las visiones vertidas sobre la geografía en este relato del poeta insular están construidas bajo este ángulo del intelecto.

[21] Véase C. B. Morris, *El manifiesto surrealista escrito en Tenerife,* Universidad de La Laguna / Instituto de Estudios Canarios, 1983.

publicara sus primeros poemas— en torno a la proyección de L'âge d'or [22]. *Estos «acontecimientos» empujan hacia una nueva orientación de su poesía. A partir de aquí hace suyo el* proyecto *filosófico y poético del surrealismo. Si pensamos en su actitud política o en sus concepciones filosóficas, advertimos suficientes vínculos con el ideario de André Breton, desde sus posiciones críticas en torno al realismo socialista a la fidelidad al materialismo dialéctico, desde el deseo de unificación de contrarios a la videncia de una futura* edad de oro *que sólo es entrevista a través de la provocación verbal o, como dijera Louis Aragon, por el libre albedrío de una palabra que invita a revisar el mundo. A la luz de la evolución de su pensamiento y de las inquietudes de su poesía entendemos que García Cabrera se acerca también al surrealismo, no sólo por las circunstancias insulares, sino, digámoslo con Walter Benjamin, por el* concepto radical de libertad *que éste encarna.*

Los poemas surrealistas aparecen en junio de 1936 en Gaceta de Arte *en su número 38. «La cita abierta», «Con la mano en la sangre» y «El reloj de mi cuerpo» son poemas en los que nuestro poeta está ya inmerso en el surrealismo* [23] *y en los que se manifiesta portador de un lirismo peculiar. García Cabrera cuenta siempre con un* tú *amoroso* [24]*; también los símbolos esbozados como palomas, pájaros, golondrinas, caracoles o rosales pertenecen a ese universo lírico que conforman sus «bosques de ternura». Este aspecto lírico se encuentra lejos de la violencia con que se expresan sus compañeros insulares, y cuya influencia se dejaba sentir en su «narración surrealista».*

Estos tres poemas publicados en Gaceta de Arte *son premonitorios del enfrentamiento bélico que se producirá en España poco después de su publicación y que García Cabrera vislumbra tras hacer un viaje a Madrid como compromisario socialista para la elección presidencial de Manuel Azaña* [25]. *Por estar escritos en los prolegómenos de la guerra civil española, forman parte de* Entre la guerra y tú, *un libro de inquietudes y escritura similares que continúa escribiendo durante la contienda hasta 1939 y en el que se aprecia un mayor sentido trágico. Como* Lo imprevisto, *y aunque esté lejos de la «exploración del horror» de aquel libro escrito por Domingo López Torres en la prisión de Fyffes, no se manifiesta como un alegato maniqueo contra la guerra o la prisión. El ritmo de su escritura, a pesar de que por su lirismo amoroso se le pueda relacionar con Paul Eluard, se encuentra más cercano*

[22] Véase «El pleito surrealista. La moral del tanto por ciento», *La Tarde,* Santa Cruz de Tenerife, 17 de junio de 1935.

[23] Estos poemas han sido tratados por C. B. Morris en *Surrealism and Spain,* Cambridge at the University Press, 1972.

[24] Véase M. Pérez Corrales, *«Entre la guerra y tú.* Sueño y amor, mitras y galones», en *Avisos de Cultura* (de *Diario de Avisos,* Santa Cruz de Tenerife), 6 de junio de 1981.

[25] El relato de este viaje lo cuenta Juan Rodríguez Doreste en «La amistad y Pedro García Cabrera», en *Avisos de Cultura* (de *Diario de Avisos,* Santa Cruz de Tenerife), días 17 y 24 de marzo de 1984.

a las construcciones sintácticas de Benjamin Péret, al que le une además su anticlericalismo [26].

Dársena con despertadores, *escrito en julio durante los días previos a su detención por la guardia civil, es el texto en el que se da una mayor ausencia de aquella «consciencia poética» que tanto abominaban los escritores surrealistas* [27]*; recuérdese, por ejemplo, la negación de Philippe Soupault a corregir los textos escritos con André Breton. El procedimiento empleado, dos listas de palabras puestas en presencia de manera fortuita, evoca ciertamente algunos de los juegos surrealistas, sean el* cadáver exquisito *o* lo uno en lo otro. *El azar objetivo, alejado de toda preocupación artística, se manifiesta en una textura verbal equivalente al resultado de la escritura automática. Es visible, además, aquella voluntad expresada por André Breton en* L'amour fou *de unir «no* importa qué *sustantivo a no* importa qué *otro para que un mundo de representaciones nuevas surja inmediatamente»* [28].

Si estamos en estos años ante la poesía más radical de García Cabrera, debemos añadir que es a partir de 1936 cuando escribe también su libro más testimonial: Romancero cautivo.

Como tantos otros líderes políticos republicanos, nuestro poeta es detenido el 18 de julio de 1936 e internado en una prisión flotante. El 19 de agosto es deportado junto a treinta y siete compañeros en el correíllo «Viera y Clavijo» al campo de prisioneros de Villa Cisneros en el Sahara. En el mes de marzo del año siguiente logran huir hacia Dakar. Desde aquí marcha a Marsella y se traslada a España en ferrocarril. Su impresión es enorme: «pasar en unas horas de un territorio que está en paz a otro en guerra fue terrible; habíamos dejado atrás un país apacible, y ahora nos encontrábamos con las huellas de la guerra: estaciones bombardeadas, pueblos destruidos, gente con cara de hambre y rabia... Aquello era la noche, la desolación, el caos» [29]*. Se integra entonces en el ejército republicano, en el frente de Andalucía. Allí actúa en los servicios de inteligencia militar. Una noche, al regreso de una misión desde Andújar a Jaén, sufre un accidente en un paso a nivel: el* jeep *en el que viaja es arrollado por un tren cargado de heridos. Cuatro de sus compañeros pierden la vida; pero él, con graves quemaduras en las piernas, ingresa en el hospital civil de Jaén* [30]*. Más tarde será trasladado a Baza ante el inminente avance nacionalista, ingresando con posterioridad en la cárcel.*

[26] Durante la guerra civil nuestro poeta mantiene, además, contacto epistolar con Benjamín Péret. Véase la entrevista citada en la nota 5.

[27] Véase M. Pérez Corrales, «Las dos semanas de García Cabrera. *Dársena con despertadores», El Día,* Santa Cruz de Tenerife, 7 de junio de 1980.

[28] Véase la traducción *El amor loco,* Joaquín Mortiz, México, 1972, p. 81.

[29] Véase la entrevista realzada por Lázaro Santana «Con Pedro García Cabrera: Un poeta para el hombre y la esperanza». *Aguayro,* núm. 89, julio de 1977.

[30] Se encuentra en este hospital Matilde Torres Marchal, con quien se casará en 1948.

Romancero cautivo *está escrito en Villa Cisneros, en Dakar y en Granada y describe el itinerario humano que vive el poeta durante los años 1936-1940. Escrito en romances, no puede menos que evocar formalmente a* Líquenes, *pero también, ahora con mucha más intensidad, a* Romancero gitano. *Este libro narra una experiencia trágica que excede los propios límites existenciales para mostrar una tragedia superior: la vivida por la España republicana.*

En el mismo lugar de Granada escribe La arena y la intimidad. *El texto está escrito sobre las vivencias acumuladas durante los meses que estuvo en el campo de concentración de Villa Cisneros. No se produce aquí, sin embargo, el testimonio dramático de* Romancero cautivo. *Por el contrario, retoma aquella concepción «suspendida» de su obra, implícita en* Transparencias fugadas *y* La rodilla en el agua, *para continuar la visión cósmica, metafísica y fundacional de aquellos poemarios.* La arena y la intimidad *está concebida como parte de una* trilogía *y así lo revela en la página-portada de su texto mecanografiado y en el mismo prólogo: «su sentido dialéctico se enlaza a la concepción lírica de dos libros anteriores. Participa del espíritu que informa a* Transparencias fugadas, *el poema del aire en movimiento, y del eterno estar de* La rodilla en el agua, *el poema de la isla, como una campana sumergida en los rumorosos cobaltos del mar. El desierto, en el tránsito de la piedra al vuelo, realiza la síntesis de estos dos mundos inconciliables». Como en buena parte de aquellos libros está construido en endecasílabos, un verso que es uno de los módulos expresivos de su universo lírico y de la peculiar mirada que vierte sobre el mundo: las metáforas, las imágenes y los símbolos se desenvuelven en la sucesión polirrítmica de un endecasílabo peculiar. Se produce, además, un itinerario simbólico hacia la integración del poeta en el ámbito mismo que funda su palabra, ahora bajo el signo impetuoso de la historia. Apreciamos aquí, sin embargo, la concepción de Jean Lechner sobre los poetas republicanos que sufren prisión, cuyo lenguaje se expresa con menor crudeza de lo que lo hiciera, por ejemplo, Gabriel Celaya* [31]. La arena y la intimidad *muestra el exilio interior en el que habita y, participando de una visión constructiva de su obra, incorpora el motivo temático del desierto a la dialéctica cósmica y esencial de su poética. Cuando nos habla de «la encrucijada de tres mundos» o de «síntesis de contrarios» —no se hurta la huella de su incursión surrealista—, descubrimos la contingencia establecida con el universo etéreo, telúrico y marino, elementos que adquieren el sentido de una nueva imagen de la historia. En el desierto, en el exilio de la historia anterior, el motivo temático, oleaje de arenas y viento, se torna visible. He aquí uno de sus sentidos.*

[31] Sobre este tema véase Paul Ilie, *Literatura y exilio interior,* Espiral/Fundamentos, Madrid, 1981, p. 244.

Podemos afirmar con Gaston Bachelard que, cuando el aire se torna visible, *«se convierte en una triste miseria»* [32].

En los años sucesivos Pedro García Cabrera continúa escribiendo en la misma línea de indagación lírica. Hombros de ausencia, *escrito en Granada durante los años 1942-1944, se relaciona simbólicamente con* Transparencias fugadas, *si bien aquella inquietud de abstracción se produce aquí desde las vivencias concretas que pulsan su existencia. Las variaciones sobre el tema de la ausencia, una ausencia de orden metafísico, pero también de marcado signo inmediato —piénsese en el sentido de la libertad—, tienen «su arranque», escribe en el mismo prólogo de 1946, «en la fuerza humana del sentimiento». Ascienden de «lo concreto a lo abstracto» para contener el desequilibrio que produce aquella potencia avasalladora. No es difícil advertir en este cuaderno la* nostalgia *y el* recuerdo *del universo que precedió a la guerra civil española. Recupera así la misión iluminadora de la palabra en la cercanía del mito o, utilizando su expresión, la videncia de una* aurora sumergida. *Desde este ángulo, escribe:*

De ahí me llega toda esta palabra,
aún en boreales inocencias
y sin abrir los ojos todavía.
Palabras que me dejan al oído
un delgado rumor de caracola.

La ausencia o los «chorros de distancia del recuerdo» poseen la función atributiva del propio universo. La ruta simbólica que diseña el poeta muestra una vertiente que no sólo proclama la transformación de lo uno en lo otro, como vislumbrase Novalis para el proyecto ascensional de la imaginación moderna, sino el exacto requerimiento rimbaudiano del «Yo es otro». Esta actitud lo conduce a la anulación de una identidad «cautiva» por aquel espacio de la imaginación que su poesía proclama:

Y en la última gruta de mí mismo,
alguien que me conoce gota a gota,
amigo predilecto de mi sangre,
por altos logaritmos de ternura
y en sólidos baluartes pensativos,
me vive este momento en otra parte.

En 1944 inicia Viaje al interior de tu voz. *Este libro está compuesto por ocho poemas distribuidos en cuatro jornadas, tres sueños y una apoteosis, y muestra un itinerario amoroso del que no se hurta, como en* La rodilla en el agua, *la cercanía al autor de* La voz a ti debida. *Es posible que la esperanza de ser puesto en libertad le llevara a iniciar este libro* [33], *pues rehúsa ya a la posibilidad de mirar al pasado, tal y como afirma:*

[32] Véase *El aire y los sueños,* Fondo de Cultura Económica, México, 1980, p. 279.
[33] Véase la entrevista realizada por Esteban Amado, «Pedro García Cabrera. El poeta y su

No detendré mi paso en las veredas
que vienen de mi ayer. Traen las huellas
de los viejos prejuicios incrustados
en un campo a traviesa de ilusiones.

Persiste, además, en la visión mítica que conjura su palabra. Las «imágenes poliédricas», una suerte de enumeración caótica *de la que nos ha hablado Leo Spitzer, se deslizan en la cercanía simbólica de la nada como en una* intemperie de alusiones. *Las metáforas, las imágenes y los símbolos forman parte de una «vigilia en marcha» que proclama la naturaleza hímnica del poema y de su objeto: una perenne alabanza del mundo que no se encamina hacia la historia* [34]*, sino a la utopía de un origen proyectado hacia el futuro. Esta reconstrucción elíptica del origen —sea por medio del paisaje insular, cósmico o metafísico— adopta lo que podríamos llamar una* poética de la corporalidad. *En verdad, a través de sienes y venas, de hombros y párpados, dedos y ojos, rodillas y costados, Pedro García Cabrera edifica el espacio poético desde sus primeros libros* [35].

Con Viaje al interior de tu voz, *libro concluido en 1946, se cierra este primer volumen de las* Obras Completas *de Pedro García Cabrera; también, una etapa de su vida. El signo de su poesía, hasta ahora inmersa en peculiares itinerarios simbólicos, en ascensos o en caídas de imágenes aéreas* [36] *o en el tejido utópico de la virginidad del mundo, encarna una orientación hacia el* porvenir. *Es éste el «vector de vuelo» que continúa ejerciendo Pedro García Cabrera ya en libertad.*

NILO PALENZUELA

---

palabra» *(El Día,* Santa Cruz de Tenerife, 26 de abril de 1979), donde el poeta nos dice: «Volví [a la cárcel] en el 39 y tuve que permanecer en la prisión de Granada desde el 29 de abril de ese año hasta diciembre del 44, en que me pusieron en libertad [...]. Al quedar en libertad me traslado a Madrid, donde me vuelven a detener, enviándome a Tenerife para ser juzgado por un consejo de guerra, bajo la acusación de evasión de Río de Oro (Villa Cisneros); es decir, me acusaban de aquella responsabilidad que tenía mayor sanción penal —en mi caso, la evasión del campo de concentración—, dejando a un lado las responsabilidades militares.

«En Tenerife, el fiscal me pidió treinta años, con los que me tuve que conformar para eludir el consejo de guerra y, con ello, la posibilidad de que me condenaran a muerte, que era la siguiente pena a aplicar. Por otra parte, yo, en Granada, había trabajado en las oficinas del economato encargado del suministro y de la alimentación de la prisión; cada día de trabajo me valía por tres de condena. Con esta "redención por el trabajo" —así la llamaban entonces— y con la aplicación de los indultos, a los pocos días de estar en Fyffes, me pusieron en libertad vigilada, sin poder salir de mi casa de Tacoronte, donde entonces vivía».

[34] Este es el sentido de la palabra de Tomás Morales o de Saint-John Perse. Véase el «Prólogo» de A. Sánchez Robayna a *Las Rosas de Hércules.* Interinsular Canaria, Santa Cruz de Tenrife., 1984.

[35] Friedrich Bollnow en *Hombre y espacio* (Editorial Labor, Barcelona, 1969, p. 254) escribe: «El cuerpo es ante todo el instrumento mediante el que —o mediante cuyos órganos de los sentidos y capacidad de movimiento— nos está dado el espacio».

[36] Gaston Bachelard ha escrito en la obra citada (nota 32): «Esencialmente toda imagen aérea tiene *un porvenir,* un vector de vuelo».

NOTA

Los libros inéditos que incluye la presente edición proceden de aquellas versiones que Pedro García Cabrera dejó mecanografiadas y corregidas antes de su muerte en marzo de 1981. En *La arena y la intimidad* y *Hombros de ausencia* reproducimos los poemas manuscritos que no fueron mecanografiados por el autor. Respetamos asimismo las variantes con las que algunos de los poemas de estos libros aparecieron en la antología poética *A la mar fui por naranjas,* editada en vida del autor.

Para los libros ya publicados acudimos a las primeras ediciones, adoptando sólo algunas variantes allí donde los textos originales indican la presencia de claras erratas. En *Transparencias fugadas* hemos suprimido, sin embargo, el criterio tipográfico de la revista *Gaceta de Arte* de ofrecer los poemas, artículos, etc., sin mayúsculas.

La inclusión de *Los senos de tinta* —en prosa— se debe al criterio de reunir en un mismo volumen las obras relacionadas con el surrealismo. En este movimiento, de profunda influencia posterior, se inserta una precisa etapa de su trayectoria.

A continuación incluimos aquellos datos imprescindibles sobre los títulos presentes en esta edición.

Líquenes, Ed. Hespérides, Santa Cruz de Tenerife, 1928.

Transparencias fugadas, Ed. Gaceta de Arte, Santa Cruz de Tenerife, 1934. Reeditada por Inventarios Provisionales, Las Palmas de Gran Canaria, 1970.

La rodilla en el agua. Ed. Benchomo, Santa Cruz de Tenerife, 1981. Redactada en los años 1934-1935.

Los senos de tinta. Texto en prosa redactado en Tafira, isla de Gran Canaria, y fechado en mayo de 1934. El original mecanografiado carece del primer folio y se interrumpe en la página dieciocho.

Dársena con despertadores, en *Papeles Invertidos,* Santa Cruz de Tenerife, núms. 4 y 5, 1980. Redactado en julio de 1936.

Entre la guerra y tú, obra redactada entre los años 1936-1939. Parcialmente publicada en la antología *A la mar fui por naranjas,* Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1980. Sobre los poemas que le faltan véase la nota preliminar del autor.

Romancero cautivo, libro inédito compuesto por tres partes, «Con el alma en un hilo», «En el puño del recuerdo» y «Agenda del prisionero», escrito en Villa Cisneros, Dakar y Granada, durante los años 1936-1940.

La arena y la intimidad, obra inédita a excepción de su última parte que apareció en la antología *A la mar fui por naranjas.* Escrita en Baza (Granada). La fecha de conclusión se encuentra al final del manuscrito: 14 de febrero de 1940.

Hombros de ausencia, obra parcialmente publicada en la citada antología *A la mar fui por naranjas.* Redactada en Granada entre los años 1942-1944. Transcribimos las fechas de redacción de los poemas, presentes en los manuscritos. El título inicial de este libro es *Circuito de ausencia.*

Viaje al interior de tu voz, libro inédito comenzado en la prisión de Baza en 1944 y concluido en 1946 en Tenerife, ya en libertad vigilada.

N. P.

LÍQUENES

[1928]

1

Al mar, en la lejanía
lo ha vacunado una vela.
—Sigan subiendo clavijas
que está baja la marea
y se están viendo los cuescos
verde jade de las piedras.
Sigan subiendo clavijas
para que la vela crezca.
Con ella estoy esperando
un cargamento de estrellas.

2

Cuando empezó la montaña
su comunión amarilla,
cuatro puñales de lona
aupados en las quillas,
asesinaban la tarde
que sobre el mar se mecía.
Olas con lomo de carnes,
azuzadas por la brisa,
ladraban espumas blancas
por toda la azul mejilla.
Por el paladar celeste
calvas violetas subían.
Mañana seguirán rumbo
las cuñas de cartulina.
Y esta noche, en los costados,
el mar les hará cosquillas.

3

Por el redondel de rutas
garbanzos de fragua ardiendo.
Por el veril azulado
mariscos de ventisquero.
Y el alba —pregón del día—
los recogerá en su cesto.

4

Acueducto verde:
media risotada pintando la calle,
media carcajada tirándose al mar.
Siempre hangar de pájaros;
nunca el polo dulce:
engodo de fucus
para los veloces torpedos del mar.
Las hojas
(el viento es bañero)
flirtean a muerte.
con los calofríos azules del mar.
Y los troncos
retuercen un sueño verde:
ser carne de mástil
para navegar.

5

Iba vistiendo una órbita
y se ha caído en el mar.
¡Cómo envidiarán las olas
su blanca elasticidad!

—Timonel, pulsa tu barca,
pon la vela a patinar,
y tírale una manita.
¡Que no vaya a naufragar!

6

¿Al norte? Vamos al norte.
¿Al sur? Pues vamos al sur.
Como sea sobre el agua
yo voy donde vayas tú.

7

Esta racha de viento que a mí llega,
acaso fuera silbo
en las gráciles jarcias de una nave.
O sonrisas plegándose en el ojo
acuoso y abierto de un estanque.
O corcel embridado de una nube.
O carne melodiosa de un oboe.
O ¡quién sabe! Quién sabe y fue un suspiro,
que ha crecido, rodando por el aire.

8

En el ataúd del aire
el silencio azul es yerto.
Aunque son negras las horas
tienen el cutis de plata.
La luna mueve en las olas
un río de tinta blanca.
Y el alma es una niña
que rompe a gritar:
El nevado Camino de Santiago
se ha caído en el mar.

9

Con un compás de arco-iris
trazaron el horizonte.
Centro es la isla:
alga estrangulada
por el grillete azul
que le cortó los pies a los caminos.

Los compactos telones
tienen la espalda vuelta a los barquitos
que escarban azules y rayan vidrieras.
El carcelero de infinitas llaves
los encerró en los sótanos del cielo.

Y ni en la carretela de la brisa
hay a la huida un hueco.

10

Corbeta, amiga corbeta,
que vas para niña blanca,
del lapicero de un mástil
amárrame la mirada,
que me devuelve la duna
donde las naves se agachan,
y trábala de una roca
que trisque espumas lejanas.

Corbetilla, corbetilla,
que eres ya una nena blanca,
no me la dejes en tierra,
embárcame la mirada.
Si no cabe en las bodegas
que se acurruque en las jarcias
o en la sonrisa más fea
que hayan dejado dos tablas.

Corbetita, corbetita,
—punto que casi no es nada—
no me la dejes en tierra,
embárcame la mirada.
Y si acaso rompe un traje
el cruzar de una borrasca,
úsala para coser
las velas desarrapadas.

11

¿Adónde irán las montañas gibosas,
barcas varadas al revés
con sus angarillas de mar,
llenas de
cartabones en pie?
Ellas se tragaron la estrella
de los 32 vientos.
Y sólo caminan
en las pupilas rodadas
de los *skis* de los barcos cosmopolitas.
Hace tiempo anclaron,
deportadas en este mar
las siete algas —súbditas rebeldes
del corazón de un continente.

Alguien oyó el color
del ruido de sus cadenas
cuando se arriaron
para atracarse al malecón del mar.

12

Por la calzada celeste
el luis de oro del sol
comienza rubio a sonar.

Ahora le toca al cielo
ser banquero de la mar.

13

Qué solita está la mar.
Hasta también se ha marchado
la cuerda del horizonte
para jugar con las trombas
en otro estadio, al diábolo.
Y las montañas fruncidas
cabalgadas por las nubes
su vivac gris levantaron.
Qué solita está la mar.
No la apuñala ni un barco.

14

En el tapete del mar
el cielo con sus estrellas
está jugando a los dados.
Y el faro sigue en sus trece
guiñando el ojo a los barcos.

15

Lo menos me tiene el mar
un cuatrillón de miradas...
Lo menos veinte mil olas
le tengo al mar en el alma.

16

Ya que la brisa blanca
torea velas,
levantemos casitas
sobre la arena.
Y verás con que gracia,

no hay otra igual,
el mar tiende y destiende
su delantal.

17

En las cunas de las olas
el mar arrulla las casas
somnolientas de la rúa.
Cobrizas, tiran sus almas
por el balcón, que abren ríos
pavimentados de escamas.
Hay columnas y serpientes
anillándose a las barcas.
El mar sigue prometiendo
para dormir a las casas,
terrones de sal de espuma
y ramilletes de algas.
Se ahogaron las serpientes...
Y el mar, que no sabe nada,
sigue prometiendo azúcar
de sal y ramos de algas,
para que no griten luces
en el hoyo de las aguas.

18

Quiso doblar sus paños
carbón el alba
y descubrió en sus pliegues
seis velas blancas.
Seis velas blancas
que doblaron la esquina
de la mañana.

Mar adelante vienen
jugando a guirgo
y descosiendo espumas
de nuevo ritmo.
Llegan de lejos
para escupir sus anclas
dentro del puerto.

Sobre la mar risueña
vienen confiadas,
mas de pronto las quillas
se sobresaltan:

dejando la emboscada
del malecón
las sorprendió un lanzado
remolcador.

Cui...iii...ii..i.ir
(dando en el blanco)
go, corta la montaña
desde un barranco.

Y luego el uso airoso
de perfil negro,
un racimo de velas
tranca en el puerto.

19

A la mañana,
los globos reventados de las nubes
le escondieron la luz y el horizonte.
Tan sola la dejaron
que está
llorando cristales deslustrados.
En vano el arco-iris
le cuenta su historieta de colores,
y el viento desenrolla serpentinas.
Pero el sol es monóculo
en el anuncio del brillol.
Y el horizonte se ciñó a la isla
para hacerla bailar como un trompo.
Una copita rubia
—wisky, cognac, cerveza—
para la niña sola.
Pero es en vano,
que todo el sol
lo exportamos en cajas al Ecuador.

20

Detrás del gran pellizco que el malecón
algo degenerado le tiró al mar,
todos los meridianos de mar y tierra
abuchean la noche que está en verbena.
De mares extranjeros vinieron olas
que arrastran sus canciones sobre la arena.
Del Polo encristalado, que vio encenderse
los géiseres azules de las ballenas.
Del Ecuador caliente
que sacó el positivo de las palmeras.

De los mares tranquilos en donde el viento
la superficie limpia calafatea.
De los fondos marinos donde las algas
crecieron junto al seno de las sirenas.
De las grutas más hondas y retorcidas
donde los calamares se hacen cosquillas.
Las olas navegantes de todos los mares
celebran su verbena cosmopolita.

21

Y por la tarde, las torres,
las chimeneas, las casas,
van de paseo, en sus sombras,
para bañarse en la playa,
y columpiarse en las olas
y aprender nuevas sonatas.

Y después, de mañanita,
y como siempre: descalzas,
se estiran por el paisaje,
se suben a las montañas,
para contarle las cosas
que aprendieron en las aguas.

22

Tortuga regañada,
siempre hidrófoba,
ulcerando los cerros acuáticos
con tus mordidas blancas.
Estableciste un puesto de mariscos
en tu medio milígramo de continente
para todo el que pasa:
la estrella desprendida,
los ladrones del mar,
el pez hambriento,
las lunas largas,
los líquenes,
las algas.
Cuando desciende el mar
casi hasta la cintura
te bajas el escote de las aguas.
Y cuando el mar se aúpa,
tu cuerpo es una boya
en la sístole de las aguas.

Escollo, escollo,
tortuga regañada,
eres
el coco de las barcas.

23

Allí están recordando
con su quiero no quiero
las barcas.
Las barcas
que tienen un mismo tocado
en el puerto
y uno distinto
para cada borrasca.
Allí están indecisas
con su quiero no quiero
las barcas.
Las barcas
atadas por las narices
de las anclas.

Con su quiero no quiero
se están sacudiendo
olitas las barcas.
Olitas traviesas
que quieren subirse a las jarcias
y dar en el aire
vueltas de campana.

No quiero, no quiero, no quiero,
—afirman las barcas—
podéis destrozaros
la sal y la espuma
del alma.

24

Una *girl* del norte
—mástil de pinsapo
lleno de banderas—
arribó a la roja
gota de lujuria,
isla en el mar blanco
de un ojo negrero.
Y el Polo tan rubio
se tiznó en la llama
del Trópico negro.

25

Anda que te anda,
llegó el paquebote cargado de niebla.
Corta que te corta,
ha venido el barco repleto de sol.

El aire del puerto
pregona un sabor
de palmeras con gorros de niebla,
de pinsapos tocados de sol.
Sólo cuatro yardas
separan la popa que vino del Polo
de la proa del rojo Ecuador.

26

Inés Pastor, la que perdió los ojos
dentro del corazón de unas montañas.
Trepanando tus conchas
saltaron sonrisas de algas,
un cerebro de sal —ecuadoriana—
y el herido codaste de una lancha.
Buzos espirituales,
ya surgió una sirena en escafandra:
Inés Pastor, la que enterró sus ojos
dentro del corazón de unas montañas.

27

¡Papá, papá, que el barquito
se me lo llevó la playa!

Dame tu bastón, papá,
para castigar el agua.

28

Cuando despeñó el crepúsculo
siete naranjas moradas
cada farola fue un largo
plongeón sobre las aguas.

La espuma, dale que dale,
sigue lavando la playa.

Y el viento trae a la noche
sobre la mar, en volandas.

29

Por un sendero salado,
camina que te camina,
en un caballo de mar,
amazona una sardina.

En el puñal de su vientre,
un peto de plata viva.

Y en las aletas, las riendas
de una seda submarina.

Por un sendero salado,
camina que te camina,
hacia el reino de las algas,
amazona una sardina.

30

Qué linda manzana verde
desmenuzada en el agua.

El faro, dentro del puerto,
quema todas sus bengalas.

(Pasó un barco. Y otro barco.
Estrellas de trenza larga.
El viento arrugando sedas
con sus finas manos blancas).

Ya la manzanita verde
va rodando por el agua.

Ni hacia el norte ni hacia el sur,
rumbo hacia la madrugada.

Y el faro taladra mares
corriendo tras la manzana.

31

Hoy ha venido el barquito.
Hasta las bordas, el mar.

Todos los marineritos
en un pantano de sal.

Tenían tatuajes lindos
en las muñecas morenas:
áncoras, peces, barquitos
hechos con granos de arena.

Hoy ha venido el barquito
casi enterrado en el mar.

Todos los marineritos
hablaban de usted a la sal.

32

Tírame la ola,
tírame la sal,
tírame tus labios
que son de coral.

Tírame en la arena,
tírame en el mar,
tírame en tus labios
que son de coral.

33

Estrellas muertas de risa
en la glándula del puerto.

Calamares bajo el ala
de todos los barcos cluecos.

Olas empujando muelles
lleno el lomo de luceros.

El viento haciendo cabriolas
en un bosque de trapecios.

Y una luna degollada
de cerradura en el puerto.

34

Todas las olas del mar
con luna están prescintadas.

En terciopelos pasmados
bombones de risa blanca.

¿Cómo no vienen los peces
a morder esta carnada?

35

Qué bien que te baila el viento
remojadito de sal.

Las rodillas en el agua,
el vientre fino en las velas
y el alma en la inmensidad.

36

Sobre la arenita fina,
qué preciosa catedral.

(Bautismo de las algas,
los líquenes y el coral).

Sus torres de viento ágil,
y sus campanas de espuma,
y sus badajos de sal.

Sobre la arenita fresca,
qué preciosa catedral.

37

Dentro la gavetilla de tu mesa
hay un mar. Tu mar, Juan Ismael.

Un mar salpreso en láminas de sal
que ladra en la azotea
y sale por las puertas de tu casa.
Un mar que por las noches
duerme en tu misma cama.

Juan Ismael,
si pregonas el mar que hay en tu casa,
espero ver barquitos
hablándole de amor en tu ventana.

38

Qué linda manía
la del niño loco:
coger pescaditos
y clavarle una vela en el dorso.

39

Cómo se engaña la gente
y cómo me río yo
cuando dicen que las conchas
tienen del mar el rumor.

No es el rumor de la mar,
es el rumor de los dos,
de cuando fuimos mariscos
en sólo un caparazón.

40

Por el bolsillo azul del horizonte
asoma una torre negra.
Su pie —cilindro—
en la boca —estribo—
de la chimenea.
Y su esbeltitud en la tarde
que naufragando en colores
abanica las palmeras.

Amazona de la brisa,
una nube
hecha de un tajo de ojeras
hacia la torre, en deseo
de amante joven
a marinero que llega.

Hay un palanquín redondo
y hay unas cortinas negras.

41

¿Qué hará el niño
con las tijeras
del papelito?

¿Una goleta?
¿Un pajarito?

Sí, un pajarito.

¡Ay, ola amarga,
el niño rubio
no es un marino!

42

Sin la esquina redonda del codaste
ni el abanico marcador de rumbos,
con soltura de un alga desprendida,
su perforar de vientres entreteje
las nieves del cordel de las distancias.

Espuela para ijares sumergidos
retorciendo sus puntos cardinales
en la conciencia húmeda del agua.

Escolta de la estrella giratoria,
una banda de pájaros de sal
quiere construir nidos
en el voltijear de las enaguas.

La estrella de los dedos retorcidos
es la sonrisa del muñón del agua.

43

La tarde le puso al mar
una camisa de fuerza
hecha con aire dormido
y aplicaciones violeta.

Tres ventanos triangulares
vestidos de luna nueva
ponen tres acentos finos
sin el amor de las letras,
en la página miope
que alfombra la tarde hueca.

Hay unos cambios de luces.
Y cuando crecen las velas
el día, sin saber cómo,
se estranguló en una ojera.

44

Nube viajera,
¿tú quieres
que compremos un escollo
estableciendo un bazar
para vender a los peces?

Tres algas, un par de ojeras.
Seis lapas, unos pendientes.
Dos líquenes, unas branquias.

Por un puñado de sal
una colección de dientes.

Y mantones del ocaso
por escamitas de arenques.

Nube viajera,
¿tú quieres
a tres algas las ojeras
y a seis lapas los pendientes?

45

Un ojal blanco aprisiona
la cinturita del mar.

¿Es un barquito que viene
o es un barquito que vá?

46

Me hice unas castañuelas
con dos lapas de la mar.

Cuando suben las mareas
se ponen a repicar.

47

Con su *maillot* de colores
la tarde en el mar nadaba.
Se construyó una sonrisa
con el remo de su barca.

En la garganta de un pez,
coloradita en las branquias,
la llevan para venderla
en el reino de las algas.

48

Ladeado de cintura
su pulmón hinchó el balandro.

La brisa ya está cansada
y sin poder alcanzarlo.

La copa de sal de espuma,
¿de la brisa o del balandro?

El banderín de la meta
tiene el puñal enrollado.

49

Con una guitarra fina
de sal,
encordada de horizontes
y clavijero de estrellas,
nos iremos a la playa
—novia morena del mar—.

Tú con tu guitarra fina
y yo con mis castañuelas
de dos conchas de la mar.

Tú cantarás a Rosina
y yo le diré piropos
a las olitas del mar.

50

Ampollas de seis colores
pautan el riñón del puerto.

Y una naranja de menta
le brinda a un rojo lejano
su seno de carne verde.

51

El gallo rubio
—arponero de las ballenas del alba—
en los cerros salados
estrenó nuevas gualdrapas.

(En su casa de cartón
la sirena está desnuda).

De tanto corre que corre,
el viento
ha perdido una babucha
de azul dorado.

(En su casa de cartón
la sirena está vestida).

52

El gallo rubio
media rapsodia de lumbre
tocó en su redondo piano.
Sobre un escollo,
insinuándose de amores,
dos cangrejos colorados.
La brisa duerme la siesta
en la hamaca de un balandro.
Sobre el escollo,
ausencia de lunares colorados.

53

Alguien gritó a la barquilla:
—¡Te vas a quemar las alas!
(El gallo rojo
kikirikís de colores
colgó por todo el ocaso).
—¡¡Te vas a quemar las alas!!
(Y con su espuela escarlata
le dio una embestida al día
rematándolo en el agua).
—¡¡¡Las alas, salva las alas!!!

54

La sirena del barco holandés
desinfló el caracol de una escalera.
Babel de vientos marinos,
su tuerca:
nadir en el agua
y zenit en la luna nueva.
Cuando el ojo del aire herido
se ennegrezca,
vendrán por el pasamano
a bañarse las estrellas.

55

Postigos de vidrio blanco
parchean la tarde tensa.
La cometa por el aire
y por el agua la vela.

Y si alguien me preguntara:
de los dos ¿con cuál te quedas?
Yo siempre respondería:
Que se borre la cometa.

56

Uno tras otro, saltaron
cinco puentes aplaudiendo.
Cinco pescaditos rubios.
Cinco arco-iris pequeños.

Uno tras otro, saltaron
vestidos de torpederos.

57

Sobre el archivo de azules
van dos fragatas uncidas.

Atrás, el viento, sembrando
a voleo las sonrisas.

Van arando todo el mar.

Confites de sal marina
cuajarán almendros blancos
y gaviotas descendidas.
Desangrarán todo el mar.

Y con tanta lona fina
vestirán todas las barcas
sin velas, de las orillas.

58

—Por mí...
—Por mí...
—Por mí...
gritaron todos
los caminos del mar.

(Los remos zanquilargos
aventaban lunas caídas
y meridianos de colores).

—Por mí.
—Por mí.
—Por mí...
volvieron a gritar.

(El silenció floreció
en un pairo de remos).

Las voces se pusieron a escuchar.
—¡Por mí!

La luna era todo el mar.

59

Cuatro arbolitos de humo
en el hachazo del cielo
llenan de hojarasca gris
la carne veloz del viento.

Las olas calzan vestidos
de azul ronco de bombero
y atropellándose van
a bordadas mar adentro.

Las espumas, en la orilla,
están repicando a fuego.

Y en el pubis de la arena
todos los barcos en seco.

60

Ola morena,
duna salada,
¿qué sol de amanecer
cortó tu amarra?

La quilla de una barca.

Cerro moreno,
grupa salada,
¿de qué seno copiaste
tu curva alabeada?

Del seno de una barca.

Cumbre morena,
carne salada,
¿quién fue tu profesora
para borrar distancias?

La vela de una barca.

Carne morena,
cadera guapa,
tú que tanto corres
¿qué te falta?

El beso de una playa.

61

Brisa anegada de colores
que descarrilas vagones de sal
y suenas caracolas en la melena azul.
Deja las solapas de arena
y entra en la concha blanca.

Y jugaremos a los novios,
niña salada de cabellos frescos.

62

Encías achampanadas
sorbiendo tónicos de oro
y litorales pastando.

Semen de sístole y diástole
arrullador de la cuna
delgada del aire blanco.

Blancas encías del mar
lavando playas morenas,
o almidonando los tórax
de los cantiles anclados.

Finos volantes del mar
bajo los soles amargos.

63

Bombonera del mar:
papel de elegancia
con crema de orquesta en el centro.

Las gimnastas bielas
en su chismorreo rápido de acero.
La batuta inmóvil de las palanquetas.
Las fornicaciones ágiles del émbolo.
Y la estrella loca
ventilando mares con sus cuatro dedos.

Políglota jazz-band
repicando a turismo
en la cinta de un nervio.

Bombonera del mar
en el estuche azul
del puerto.

64

La raqueta de una vela
blocó el balón de la brisa.

Un trozo se cayó al mar
y se partió en mil sonrisas.

—Vira prontito en redondo,
patrón de velas latinas,
que yo pagaré en ginebra
cada sarta de sonrisas.

65

A Félix Poggio y Lorenzo

El marinero tenía
lleno de salitre el pecho.
Por eso como ninguno
tanto corría el velero.

Una novia en Buenos Aires
después tuvo el marinero.
Por eso tanto corría
hacia América el velero.

El marinerito tuvo
una novia en cada puerto.
Por eso tanto las calmas
caían sobre el velero.

66

A José Antonio Rojas, Carpintero
de playas volantes.

Un áncora de sal
en el correcto *smoking* de tu playa,
gardenia de tres puntas
para recepciones de marino en casa.

En los travesaños de tus dedos
salta un mar de caracolas nacientes
y naranjas de vidrio
derribadas de soles infantiles.

La yema de tu voz,
en el ovario de una ola,
fue un brote iluminado
que apadrinó un delfín.
Un brote
que a la sombra de una gardenia
sorbe la naranja del sol.
Dale una estrella de prisa por espada
y una coraza de viento en sazón.
Y todos los mapas
tendrán un meridiano universal.

67

La tarde estaba sentada
con su sombrilla de seda
en la arena de la playa.
El sol le hablaba de amores.
La tarde no contestaba.

Una barquilla le dijo:
—Contigo, ¡qué dulce el agua!

Y todo el mar fue de azúcar.

68

El mar sería más mío
si lo tuviera más lejos.
Odres que cierran nostalgias
son pañuelitos al viento.

69

Con cuatro paquebotes ingleses,
tres barcos alemanes, dos suecos
y una bric-barca americana
se ha desayunado el puerto.
El aire
tiene mutismos
influenciados por extranjeros.
Van explorando los rompeolas
los *grober-trotter* de los cangrejos.
Hay olas *ladies*. Olas *dames*. Olas *frauen*.
Negros que al sonreír sale la luna.
El muelle, con su pose de tiros largos.
Hombres sabor canela, con nidos
de ponientes y albas cuadradas.
Y el mar, a tono,
charlestones y más charlestones
bien ceñido a las curvas de las barcas.

70

Navegar. Navegar. Navegar.
Enhebrar en los ojos
todos los horizontes de la mar.

Navegar. Navegar.

Tener un muestrario
de todas las olas del mar.

Navegar.
Ser liquen hinchado de mar
en el mar.

Navegar.
Navegar.

Navegar.

TRANSPARENCIAS FUGADAS

[1934]

ENTRONQUE LÍRICO DE TRANSPARENCIAS FUGADAS

Poema núm. 7 *

Esta racha de viento que a mí llega
acaso fuera silbo
en las gráciles jarcias de una nave.
O sonrisa plegándose en el ojo
acuoso y abierto de un estanque.
O corcel embridado de una nube.
O carne melodiosa de un oboe.
O quién sabe, quién sabe y fué un suspiro,
que ha venido rodando por el aire.

ENTRONQUE INTELECTUAL DE TRANSPARENCIAS FUGADAS

Estas «transparencias fugadas» son los poemas del aire en movimiento. Variaciones sobre un motivo temático, agradable a lo concreto y a lo abstracto, motivo temático que presta unidad a este cuadernillo poético, y que vuelve la espalda, por tanto, al sistema mosaísta de los libros abigarrados.

Independientemente de su caudal lírico, estos poemas fueron concebidos en una isla que nada tiene de geográfica —influida por el retorno de la abstracción—, de aquí el elegir el tema del aire, situado en el equilibrio exacto de dos zonas en flujo y reflujo permanente.

Por otra parte, el aire tiene en estos poemas un carácter fáustico, insaciable de distancias hondas, ajeno a la definición del viento.

Algún poema se remata buscando fuera del sí mismo del aire un efecto lírico. Resulta ello así por no ser los planos, de época y de tiempo, en que se limitan estos versos, de inquietudes idénticas, y hubiera sido una insinceridad pretender estatificar lo que biológica y esencialmente es dinámico.

* De *Líquenes,* Santa Cruz de Tenerife, 1928.

1

El aire entraba en mí sin encontrarme.
En el globo cautivo de mi pecho
me contaba las islas invernadas,
las agudas piteras, los barrancos,
los desmandados mares sin adioses.
Y persiguió los pozos de las venas,
las galerías de los instintos,
las puertas de las cámaras vitales.
Y se marchó de mí sin encontrarme.
Yo me hallaba tan hondo y tan espejo
que era invisible al aire.

2

Fugado de algún témpano de hielo
desniveló silencios
y lejanías de aguas.
Avalancha sin meta,
todo el ámbito es cuerpo —cuerpo tuyo—,
sin recordar talón de frío y hielo.
Soltándote y queriéndote asirte,
violas trenes y velas.
Y te trasmites, sin destino,
ignorándote, telegrama demente,
saltando a piola cordilleras vivas,
hasta caer —rendidos los tendones—
en el parado techo de los mares.

3

¿Por qué cristales fríos
miró el viento aquel sueño?
Estaban cerradas las vidrieras,
el tic tac del reloj,
los góticos cardones
y las
sin pesadillas islas de sal.
Era imposible el enhebrar un soplo
para un blanco espionaje.
Y sin embargo
—oh viento informe ayer—
ordenas tus espejos transeúntes
en el curvo recuerdo
—cultura ya naciente en los aviones—
de unos robados senos entrevistos.

4

Rompió la noche el freno
y se salió del mundo.
Sólo el aire a los labios:
colectivo desdén de lo selecto.
Las montañas se alejan
—adiós, adiós—
por simas de vacíos.
Los silencios se asoman
—duérmanse ya, chiquitos—
a ventanas sin fondo ni paisajes.
Fuga la piedra su cordial fijeza.
Ceden las olas, los valles, los minutos.
Lo ausente es más ausente
que a mis ojos los ojos.
Yo estoy dentro de nadie.

5

Viaja el viento
sin equipaje
y sin carnet de identidad.
Sólo un pijama de cristal.
Y sin recuerdo
de cuando fue sirena de navío,
bocina de automóvil
o suspiro.
Blanca mudez total.
Kodac ciego. Contraseña
del frío.
Por la hondura del agua
huye su entierro.

6

Movió la estrella su testuz.
Duro cristal en marcha
nutrió la lejanía. Aluvión
invisible —sueño de espacio entero—.
Y anduvo —envidia de caballos de caña—,
coronel desbocado.
Mas no se supo su sinfín preciso.
De no se sabe dónde, retorna,
lebrel envejecido.
Se aprieta a mi balcón y se lamina
su senectud de joven marinero.

Se arquea, salta, aúlla,
desvelado.
Y le apago la luz para que duerma.

7

Espuela de la prisa,
se olvidó de los puntos cardinales.
Siempre, timón de altura,
almirante de siglos y de nubes.
Y has de morir con los patines puestos
sin más testigos que tus propios brazos.

8

No quiso el viento apadrinar su invierno.
Aire y frío era el orbe:
plástica imagen de la nieve.
Y fué sembrando voces a su paso.
Sin la nieve ni el frío.
Sólo y consigo, con sí mismo, el viento.
Y hubo un rapto de sienes, de globos y de jarcias.
Desnudas quedamos las cosas.
Y ya somos reductos transparentes.

9

Ni llegas. Ni te vas. Ni estás presente.
Por dentro de ti mismo
organizas tus fugas, tus pájaros,
tus juegos de ajedrez con las arenas.
Y siempre de pie sobre tus hombros,
asomado al alféizar de tu cuerpo,
recorriendo tus músculos, tus bielas,
sin irte, sin llegar, sin detenerte.
Y sin saber que todos los espejos
han preparado un lecho a tu fatiga.

10

Por hallar el perfil de su absoluto
fué deshojando de su flor cerrada
los blancos albornoces,
la amistad de la lluvia, sus gemidos.

Y podó más aún. Podó su historia,
sus nervios y sus costas, los rumores,
su voluntad redonda y los paseos.
Y tan en vilo libertó sus ansias
que su desnuda sombra ya podría
vivir entre dos olas sin mojarse.

11

Llamaba por sus sienes, y sus sienes,
heridas por campanas y cuchillos,
buscaron un islote a su destierro.
Las últimas guaridas de los bosques,
los lentos corredores, los basaltos,
nadie le dio la huella de un latido.
Sólo después de barajar sus sedas
oyó como unas sienes murmuraban
en la concha de nácar de su frente.
Y era tan sólo el eco de su ausencia.

12

Ni las geometrías estiradas.
Ni los parques que llueven sus niveles
junto a la voluntad de las escarchas.
Ni las calles sin número ni nombres.
Nada es en ti perenne: sólo un juego
de abecedarios de mortales saltos
con tus arquitecturas oscilantes.
Y al entrar por los ojos de los puentes,
truecas tus fugitivas construcciones
en un agravio de cristales rotos.

13

Poco a poco me iba suprimiendo
el calor de las manos. Y las venas,
en un lleno de mármoles y agujas,
apagaron los dulces ademanes.
Sólo un resto salvado del naufragio:
dos guijarros de luna
que alargaron mis brazos hasta el suelo
sollozando mudeces, y en espera
de las hurtadas savias que hagan mías
estas manos que ahora desconozco.

14

No lo saben tus selvas de trapecios.
Ni tus juegos de fuerzas que transportan
un sistema arterial de radiogramas.
Ni tus nortes, tus sures, tus oestes.
Pero la mar y yo bien lo sabemos.
Eras —sí que lo eras— con los mandos
a la deriva, un salinar fundido
que matabas de celos las gaviotas
encabritando ráfagas vivientes.

15

Y sin decir adiós. Sin que las hojas
que a tus sólidos vidrios se ofrecían
lograran distraerte en el empeño
de remover distancias.
Indiferente a todo, proseguías,
calzado con tus botas de cien leguas,
repasando tus grutas, tus vilanos,
tus libres soledades verticales,
sordo a tus pasos, ciego a tu deseo,
como si recordaras de una cita
y hubieses olvidado sitio y hora.

16

Único y sin fronteras. Compacto
escalador de diáfanas planicies
que comienzan en ti y en ti terminan
sin que comiencen ni terminen nunca.
Aduanero de paz que ruborizas
la feria de colores de los mapas
y l'alta diplomacia de los soles.
Tan solidario siempre. Y tan igual
en tu imperio de alados celuloides,
sin problemas raciales que dividan
tu universal desvelo de ser uno
frente a los continentes disgregados.
Ahora sí que puedes encontrarme
en los primeros planos de tu insomnio.

17

Sí. Este ir y venir, sincronizado
al tiempo y al espacio. Esta conducta
de tornillo sin fin. Este trasiego
de ti por ti y por todos los cuadrantes.
Este mudar sin término ni espera
—aquí no poso, más allá no descanso—
teoriza el impulso permanente
de disolver el nudo de amatistas
que llevan en sus dedos los obispos.

18

Creyéndote perdido, te buscabas.
Inestables patrullas de huracanes
registraban los llantos de los niños,
los sótanos del agua y de la noche,
entre gritos de faros y sextantes.
Y corrían contigo y tú con ellos.
Y se iban sin irse. Y sus retornos
clavaban en tus lúcidas solapas
la risa circular de los molinos.
Y tú, fuera de ti, sin conocerte,
a cuesta con tus vahos de diamante
por tus pendientes de montaña rusa.

19

Rompiendo los cristales de mis ojos
entraste al asalto en mis ausencias.
Caracol de suspiros y de alas,
me fuiste caminando gota a gota
los delgados senderos interiores.
¡Qué anegado desorden! ¡Cuántas puertas
abren a tu evasión mis laberintos!
Y tú rodando siempre a contratiempo,
sin oírme, de espaldas a las horas,
ceñido a mis castillos en el aire.
Y así estoy, en el atrio de mi cuerpo,
velando tus vigilias espectrales,
de pie en un mundo de palabras huecas,
más tuyo ya que el rostro de una fuente.

20

Siempre te sobras a tu sed. Si llegas
a tus finales cercos de rompientes,
de tu abombado pecho se desdoblan
manantiales que corren con tu imagen.
Y nunca te limitas ni te bastas.

21

Un delirio de órbitas y fusas
te amotina el huir de los cabellos.
Te alborota los labios desangrados.
Te descuelga los hombros. Te deshace
los yesos de los huesos. Te deslinda
los cuencos de las manos. Te violenta
tus anchas teorías de columpios,
como si por tus pliegues transitase
un alud boreal de porcelana.

22

Ni a la voz de la sombra del recuerdo.
Ni frente a las piteras ni a las islas.
Ni sobre los tirantes ventisqueros
se detendrá un instante la mirada
que te humedece todos los rincones.
Un destino veloz signa tu frente.
Y has de seguir así. Tus bisturíes
afilarán las torres y las cumbres,
las aguas de la mar y las esquinas.
Y se hincarán tan hondo en tus espejos
que han de sangrarte nieve los costados.

LA RODILLA EN EL AGUA

[1934-1935]

PRÓLOGO

La isla —esa porción de tierra rodeada de agua por todas partes— ha sido definida en función del mar. El mar, que ciñe a la isla de cintura abajo solamente. Pero ¿quién ha visto su mitad sumergida? Los declives inmersos abren al mito las puertas de las posibilidades poéticas. Y así, la isla puede tener bajo las aguas una larga cola de sirena. O puede ser el seno de una deidad marina. O la campana que doblará un día por todos los ahogados. Sin embargo, todas estas definiciones no son ciertamente la isla, en su concreto estar, sino unas imágenes que se salen de ella, apoyándose en la parte sumergida que el agua vela misteriosa. Es su emergente roca solitaria lo que la isla afirma con su aislamiento, con su quietud, con su redondeada firmeza, frente a todos los movimientos circundantes. Se mueve el agua, el aire, el fuego, la luz, las nubes. Todo menos la isla, sola e inmóvil, llena de su destino, cerrada bajo las llaves de su propia seguridad. La isla es lo arquitectónico en medio de lo musical. Esta definición es la que nutre este poema. Poema de la piedra sedentaria, concebida en su presente puro, en su clásica lección de exactitudes. Por eso esta ínsula no tiene historia. Es, esencialmente, geografía. A esta concepción geométrica habría que corresponder un alma elemental, despojada de lo pintoresco, del color, del hombre mismo, en fusionada unidad con lo masa rocosa. Pero solamente con su porción emergida, pues la isla no tiene sino la rodilla en el agua.

Este poema, aunque escrito en Tenerife en una época de mi vida (1934-35) enamorada de la geografía y de las formas que pesan, conviene a todas las islas habidas y por haber. Liberta de sus coordenadas de longitud y latitud, se queda más sola, más suya, más desnuda, para hablar a todas las demás islas del mar sin que la equivoquen nombres, fechas ni sucesos, quedándose solamente con su quietud frente al movimiento, que es la esencia y presencia de todas sus hermanas insulares.

P. G. C.

ORÍGENES

Un circuito de bocas
hizo brotar la chispa
en el aire moreno.
¡Oh, qué beso incendiado!
Frenéticas, las llamas,
de pie sobre sí mismas,
ascendían al rostro de la altura.
Despavoridos cielos
huían con sus lágrimas a cuestas
y huracanes de días y de noches
extraviaron sus arpas.

Tú nada sabes, isla, casco
de ángel caído, en rebelión ayer,
hoy confinado monólogo de roca
en este vivir nuevo
de mar, y cielo, y soledad despierta.

¡CUIDADO!

No, al cielo, no; mira a los mares.
Ni a los mares tampoco, no, tampoco.
Lastra tus piedras hondo. Que no puedan
intuir la emergencia de los vuelos,
de subir y bajar. Que nunca aprendan
a conjugar los verbos trashumantes.
Apagado el otoño y sus señales,
—ya dura almendra, ya callada nieve—
el pico bajo el ala de tus rocas,
sé más pesada aún que tu destino.

BIBLIOTECA GENERAL

DESCONFÍA TAMBIÉN

Y antes de abrir los ojos a los mares
repasa tus rincones: que se basten.
Diamante toda o jugarán contigo
desde fuera de ti tus negaciones.
Todo es un colibrí de frenesíes.
Te niega el aire, el mar, la roca misma
que se abre el barranco de las venas.
Te niegas tú si mueves las palancas
del corazón del río, si te abrigas
con un vuelo de pájaros, si tratas
de levantar las puntas de tus dedos.
El límite es tu amor, tu pensamiento.
Amor y pensamiento: lo preciso
para que tu desierto esté habitado.

TU MÁXIMA AMENAZA

Sí, el viento es tu enemigo.
¡Cómo no lo conoces! En sus manos
—rumor de luna, de silencio y agua—
trae otros rumbos que hurtarán el tuyo.
Si acaso lo presientes en sus rizos
refuerza con tus bíceps las entradas
de las ocultas sienes del olvido,
y pon de santo y seña en tus laderas
la aleonada idea de ese «nunca»
de que estás hecha tú: tu yo indomable,
hecho de un duro corazón sin llanto,
venas de lava y pies de desafío.

CONÓCETE A TI MISMA

Tú no tienes historia ni desvelos.
Nada, nada anterior a ti. Ni el fuego.
Ni el lamer de los mares. Ni tu origen
de beso ardiendo y piedra derretida.
Nada, nada anterior. Ningún recuerdo.
Por sobre de la rosa de las aguas
tú eres geografía solamente.

TU REBELDÍA

Todo gira alrededor de tus hombros.
Todo se eleva en zarabanda viva,

en vilo, en vuelo, en ascensión, en muerte.
Y tú, firme en la estrella de tu centro.
Sin ansias. Por ser todas tus ansias
la total rigidez que te define.

ASÍ TE VEN

Llegó la luz clavando sus puñales
al rojo vivo sobre el mar. Los viste.
Comenzaron a verte. En la mañana
tus barrancos te fueron revelados.
Ni una mano siquiera
se levantó más alta que tu cuerpo.
A ras de tierra y lava, sin salirte de ti,
sin desprenderte
ni entrar en los objetos circundantes,
mirabas impasible la hemorragia
del mar por sus arterias de corales.
Pasaron otras islas, otros sueños,
los desiertos con alas, los estíos,
sonriendo a tu frente pensativa.
Y todos te aprendieron en tu gesto
de mirar sobre el hombro las distancias
desde una virgen soledad de cumbres.

QUIEN NO ERES TÚ

Vuelta la espalda al diálogo, sin puertas
ni troneras, celosa contra todos,
a tus propios basaltos abrazada.
Y el mar a las rodillas. Reconoces
que tú no eres ya él por la sustancia
dinámica que lleva entre sus olas.
No por sus aguas ni su azul vestido.
No por su sed de sal y de alga viva.
Sólo porque se mueve eternamente
puliendo el caracol de tu dureza.

RAZÓN DE HUMILDAD

Tan sólo tú eres clara en lo que quieres.
Tu color es el único que sabes.
Y hay para ti un idioma: el de la piedra.
Fuera de ti lo desconoces todo.
Te basta solamente lo que tienes.
¡Qué sencillez de mundo a la medida,

sin que la ausencia te desdoble y huya
con la mitad de ti por esos mares!
Todo, todo gravita tan pegado
a tu propio existir, que identificas
a tu presencia el universo entero,
isla de ayer, de hoy y de mañana,
razón de piedra en el amor anclada.

VARADA EN TU VENTURA

¡Qué dulce intimidad es esa tuya
de sentirte total y estar contigo!
Y nadie como tú. Los astros mismos
huyeron hacia el cielo su eminencia
por temor al naufragio. El pez de plata
—y tú nunca sabrás que el pez existe—
no es feliz en su azul y sueña en vidrios.
Todo es aspiración, ímpetu y flecha,
alma de pluma y éxodo de arena.
Pero la piedra es piedra solamente,
dueña de sí, segura en la firmeza
de ser y estar en su ordenado sitio.

ETERNIDAD DESNUDA

Despejada la incógnita del tiempo,
porvenir para ti no tiene nombre.
Siendo tú, eres lo exacto. Y andas, lenta;
pero sin horas, sin minutos que midan
tu casco silencioso, tu enquistado
cariño sin meses ni estaciones.
Ni sombra tienes que te rapte el cuerpo.
Entregada a su masa permanente,
la roca goza un paraíso eterno.

DISCIPLINADO EMPEÑO DE TI MISMA

La ley es para ti el acantilado.
El cálculo, la norma, el precipicio,
tu única armonía. Tu amor, amor
de ángulo y compás. Más allá de tu suerte
no es la isla. Ni un ventanal abierto.
Con tus libros al día. Sin un anti.
En tu geometría no hay dialéctica.
Sólo una arteria, una compacta masa.
Un principio, un axioma sin variantes.
Sólo tienes un nombre y una pauta.

HIJA DE TU EXISTIR

Mirando siempre adentro,
imantada hacia el polo de ti misma,
resuelta a ser razón indiscutible,
voz auroral y corazón de acero.
Y así nada te falta ni te sobra.
Tus galerías dan el mismo signo:
un nido de horizontes donde duerme
en despoblada soledad tu mole.
Tú misma, mar.
Domada por el freno de la roca,
estrella y teoría. Tan serena
que serás una y siempre en tu infinito
vivir de siglos de tu actual figura.

ARQUITECTURA DE TU PENSAR

Tu lenguaje es de tactos. Tu equilibrio,
el beso frío que se dan los bloques
de tu sopor tras la compacta frente.
Ver para ti es tentarte en tu resumen.
Te hablas solamente si te tocas.
Pulir tus cantos, ensamblando aristas,
es tu pensar. Y así son tus palabras
labradas piedras cuyas sienes duermen
de las tres dimensiones en la cuna.

UN POCO HUMANIZADA

De tu raíz de anquilosado sueño
trepa la enredadera
de tus cantiles mozos.
Se asoman en el agua y en el aire,
de pie en sí mismos, emergiendo duros,
como mineros recostados
en las anchas caderas de un siniestro.
Sin respirar recogen sus antenas
sensibles, sus trabajados músculos
caídos en los lutos verticales
de sus pupilas ciegas,
escuchando el silencio que la sombra
prende con alfileres a sus rostros.
Y son de tan vitales tan humanos
que la roca parece va a romperse
en grietas de sollozos y palabras.

TU SECRETO A VOCES

Pero tú no te sales del reducto
de tu círculo grave. El mar te lanza
sus auroras de conchas. Te flamea
sus encajes de tierna sal. Te incita
con vidrios animados. Su elocuencia
con ademanes de agua se modula
definiendo las olas más exactas.
En vano que te tienten sus sirenas.
Todo inútil. La fuerza del mutismo
de tu puño apretado
no se abre con las llaves delirantes
de quien no sabe de geometría.

PERO...

Ningún «ábrete sésamo»
descalzará los pies de tus enigmas.
Un llanto de ganzúas y sopletes
corre por tus mejillas su derrota
sin hallar en tu gesto congelado
calor de bienvenida.
Esfinge de cartón, voz apagada
al temblor de las lágrimas ajenas:
la oscura vena de tus sienes guarda
un silencio de caja de caudales.

BIOGRAFÍA MÚLTIPLE

Tú misma un día escribirás tu historia.
Islas que tienen de coral el beso
y las raíces, pirámides de sombra
y nidos de volcanes, te dibujan
—gemelas de tus altos miradores—
en cartas ausentadas de tus ojos,
que pulsan el insomnio de las velas.
Son imágenes tuyas, anagramas
de soledad de boca sin amante,
maduras de esperar, madres de mitos
con ángeles tatuados y tambores,
fieles viñetas de tu biografía.

AISLOTAMIENTO

Piedra tiranizada en el intento
de esbozo de campana, en cuyos bordes

se cogen tus caderas de la mano,
jugando al corro tus crispados pliegues
sobre las catedrales sumergidas.
La cámara del aire transparenta
el nudismo integral de tus veriles,
de tu trompo al revés, que desordena
los torsos de las olas en quejumbres.
Sin alas no hay rumor ni vibraciones,
y por ti no palpita ni una vena,
oh corazón varado en las orillas
de la luna de mármol del silencio.

SEGURIDAD DE TI

Todo está en ti al alcance de tu sueño.
Al sur de tus umbrales, un desierto
de ímpetus: las mil norias
que en los hombros del aire
giran sus ebrios gestos y evadidas alas.
Y tú, único oasis,
cangilón mineral parapetado
en un alba de fuerzas y vigores,
dueño de ti, seguro de saberte
baluarte, cima, caracol y faro
de tus compactas olas detenidas
allí donde te palpas todo el pecho.

DE CÓMO ESTÁS EN MÍ

Te me vas escapando poco a poco
de mi cielo, isla. Más isla y sola
al tic tac con que ahora te desnudo.
Hasta yo mismo que jugué contigo
a ser explorador por las dos niñas
de mis ojos, aprendiendo vertientes
donde se me caían las miradas,
me voy tornando como tú, una isla,
que hiela sus nostalgias con delfines
y derrumba los valles del latido,
emigrando de mí para encontrarme
en la desnuda soledad que pueblas.

ESPEJO DE TI MISMA

Donde quiera que fijes tu semblante
tropiezas con ti misma, con los muros

que te recuerdan el estrecho lazo
que te rodea, con el insobornable
desvelo de tus proas y tus vértices,
con la luna de miel de tu silencio
frente a las tentaciones de la huida.
Y en un amor de inercias y de pairos
elevas de tu tienda de campaña
el cono estéril donde supo un día
abrirse las arterias el olvido.

SIN NOSTALGIA NI AYER

Tú no tienes infancia. La mirada
hacia las cumbres rotas del pasado
regresa actual a ti, firme en tu ahora,
intacta de los sietes que sollozan
las púas del zarzal de la nostalgia.
Ni caballos de caña ni muñecas.
Ni nebulosas ni árboles frutales.
Tú siempre estás en ti, en tu presente
de infinitivo puro, sin la ojera
de la noche anterior, sin la mejilla
donde amanece el beso desbordado.
Sola, ahí, en tu equilibrio, marginada
de las inmigraciones espectrales.
Aliento tuyo, de ti hasta ti, en punta,
sin dimensión, sin rosa de los vientos,
atravesada en medio de tu vida.

INIMITABLE CONCHA DE TI MISMA

No. Ni el agua ni el aire. Ni tampoco
en el eco, la sombra ni el suspiro.
En nada que no seas tú, tú misma
en carne de tu piedra, en tus tejidos
de basalto y lava, puedes vivir
sin dejar de ser tú, sin anularte.
Todas las invenciones pasajeras
del agua que te piensa en sus reflejos,
del aire que se ahueca a tus modales,
son falsos nombres tuyos, represalias,
láminas que no caben en tu libro.
Tú sólo puedes ser la misma que eres:
turgente seno, caracol en contra
de todas las planicies que se ausentan.

TU LOZANÍA

Como ellos, tus átomos.
Se quieren en tu peso, en tu volumen.
Aman por toneladas verdaderas.
Y nunca se enajenan sus aristas
ni tiemblan sus soportes sumergidos
ni se abren los capullos de sus vértices.
Dentro de ti, primor y suficiencia.
Detenida en un alto de ternura
se fragua tu cariño. Y es tan lento
que dejarás de amar cuando se rompa
ese reloj parado que te llena
las descansadas celdas de tu masa.

EN TU ALEGRÍA ESTÁS

En mitad de la frente de los días
tu gran pedrada, isla,
destroza porcelanas y cristales,
permaneciendo en ti, recién clavada
flecha de sinrazón sobre los mares.
Y así hiendes los siglos en sus cráneos
de pajaritas de papel y sellas
con tu fotografía los espejos
que se sueñan tenerte ya raptada.
Pero esa no eres tú, la imaginaria
San Borondón. Eres la que se aprieta
con todos los caminos la cintura.
La que nunca se sale de sí misma
aun siendo altivo barandal de mares.
La que todo lo eleva a plenitudes
en olvido de espumas y luceros.
Esa que se soporta sin angustia
en mitad de la frente de los días.

FIDELIDAD DE ROCA

Y por ser tuya no serás de nadie.
Tú misma, elogio vuelto a ti. Tú misma,
abrazo que se halló fosilizado
de la acción de abrazar en el recinto.
Contrapolo del río, de los radios
del aire trasvasado por la fuga
del errante destierro de sus nácares.
Y gozarte hasta allí donde te sientes,
únicamente tú, tu cero exacto,

sin la porosa filtración ajena.
Comenzando tu atmósfera en el tajo
que te remite al centro de ti misma.

TODO LO TUYO ES ORDEN

Nada es en ti lejano. Tus recuerdos
no sobrepasan nunca las fronteras
y son vasallos fieles que se funden
al modo de dormir de tus colinas.
No se apartan de ti. Son como aludes,
derramados por todo tu albedrío,
que aprietan más el nudo que en tu vida
te hiciste con montañas sin amores.
Y como tus recuerdos, tu ternura,
ese tu acento de paloma o ángel,
tu instinto de atalaya, tus deseos
de estar realizada en tus declives,
tu voluntad de ser tu propia presa,
de encerrarte contigo en tu regazo
y de que las distancias te adivinen
ángel espectador de alas plegadas
en la orilla final del movimiento.

TÚ YA VIENES DE VUELTA

En tus lindes quedaron los rumores
de viento y mar. Almena sin respuesta
a los rizos de sedas transeúntes,
al vivir musical de las sonrisas,
sólo entiendes de idiomas a pie firme.
Y tú les marcas
el final de sus mundos. Su imposible
de más allá. Y ordenas un misterio
donde chocan los ríos en desorden
de su raudo caudal de frenesíes.
Sólo presienten donde empiezas tú,
su cautiverio y tu jardín cerrado,
impenetrable al humo y la quimera.
Tan sólo tú te sabes, te proclamas
ante tu propio peso y tu volumen.
Y te vas a ti misma, tuya y cierta,
reposando a lo largo de tus sienes.

PARAÍSO DE AZAR

Te sirves a ti misma de almohada,
de lecho, de sepulcro, de guarida,
de mano yerta cuyo frío hiela
los duros labios que el besar ignoran.
Sin cuerda, la caricia y los desdenes.
Tus auroras, sin pulso.
Posada en tu tamaño tu presencia,
en oración tus últimas esquinas
y en éxtasis tu tiempo lapidado.
Y hasta el azar sostienes en tus dientes
como una arista más, como una presa
que se llama a sí misma con tu nombre.

MATERNAL EN TU QUIETUD

Estando junto a ti todo se olvida,
amada de verdad, consoladora
del ansia y de la espina. De la espina
del ansia que desclavas con mirarnos.
Y nos haces a ti, nos dejas sitio
para pensarte un poco como eres,
zumos de tu limón, nimbos, cadenas,
espejos que no sienten un paisaje
de luz, de aire, que a su vez no sea
luz de ti misma y aire de tu luz.
Luz en el aire, pero seca, dura,
destilada de todo movimiento,
que nos apaga, que nos deja, fijos,
al margen de la orilla del deseo,
salvados ya del resonar de sangre
que corre por el labio y por la frente
del pájaro y del pez que hay en nosotros.

SERENA ES COMO ERES

Sí, tú eres la palabra de ti misma
que a cuestas con tus frías soledades
te dormiste de pie sobre la forma
de un pregón vertical de surtidores.
Esa palabra de cemento y hierro,
pero de piedra, pero ensimismada,
que, ya en ti sumergida, se levanta
con los ojos cerrados de una ola
que se repliega, musical, el fruto.
Y estás ahí con tu presencia viva,

viva por tan presente y por tan sola,
viva de estar viviendo tu reposo,
tu difícil vivir inimitable.
Si el pájaro te envidia, se destruye
la cuchilla del ala y se diseca.
Y árbol y leño son la misma cosa,
como nube, verano, sombra o niño:
distancia la más corta entre lo yerto
y el temblor que se afirma en el latido.
Y así te estás oyendo en tu tamaño,
cautiva, sin huirte a tu destino,
con el sueño enyesado de una estatua
al borde de un decir de golondrina.

EL CAMINO HACIA TI

Que no te busquen en la hoja verde
ni en el grito de barro de los hombres
ni en el sueño de una gota de sangre
ni en el más leve, altísimo aleteo
de los bucles del aire desbordado.
Completa pesa ya tu pesadumbre,
sola en tu ser, sustancia de tu sorbo
de piedra, y que se abraza a ti
debajo de la frente de ese invierno
que heló las garras de sus propios lobos.

COMO ES TU GOZO

Los verbos desconocen ese tiempo
que es anterior y posterior a todo.
Tiempo en que tú naciste sin nacer,
cuando el agua y el cielo de tan cerca
tenían en proyecto el horizonte.
Cuando el silencio va a romper en grito
sin dejar de ser grito y ser silencio.
Y el ala es ala ya y aún no vuela.
Y el mar, siendo ya mar, no ha comenzado
a mover el diafragma de los aires.
En ese instante de equilibrio puro,
tú, isla, soledad, pájaro mío.

TU VANIDAD NO EXISTE

Como no ruedas, como ya estás hecha,
y al decir «tú» ya tienes la defensa

de ese «tú» que te abarca los extremos,
tú, isla, no pregonas la secreta
tendencia a lo redondo de las piedras
ni ese mentido afán de los cristales
a ordenarse en sistemas superiores,
contra los acericos de la lluvia
ni los picos del sol, que abren los poros
donde baraja el viento los sonidos.
Como no ruedas, como ya estás hecha,
y cuerpo y alma son aquí la roca,
y la roca es sumisa a su volumen,
con tu perfecta sencillez te bastas.

NUDO DE PERFECCIÓN

Ser igual en la vida y en la muerte,
en la mudez de un guante abandonado
y en el decir de una pupila abierta,
en el beso volado de una nube
y en la conciencia de cristal de un río.
Ser siempre para ti la misma cosa
el mar dentro la jaula de unos dedos,
que el dedo del destino entre dos libros,
que el coser y el cantar, que la tenaza
que siente el pez cuando le enfría el aire.
Todo está ya en tu gesto cotidiano,
en el nidal del nido de tu nudo.
Y quien toque tu piel toca al instante
la mudez, el decir, la jaula, el río,
todo tu yo, tu todo, la certeza
de tu difícil sueño lapidado.

VIDA INTERIOR TAN SÓLO

También la estrella es una isla viva
que desborda en el aire delantales
de luz y de suspiros transparentes.
Pero se mueve el cuerpo y las espinas,
espinas como lanzas, como flechas,
las venas libres de una sal que vibra
más allá de la cúpula del cielo.
Tiene un alma que vuela, que ilumina
su propia intimidad desintegrada.
Tú, no; tú ves llover desprendimientos,
caer de arpas, sollozar cristales,
géiseres invertidos descendiendo,
sin que un guiño de vida sobresalte

tu inalterable corazón que siente
dentro de sí la soledad gritando
con el brazo del mar a la cintura.

EN TU SAPIENCIA ÍNTIMA DESCANSAS

Tallada ya, tallada eternamente
en el beso del borde, en las orillas
que aplastan hacia dentro tu sordera,
el único sentido, tu anestesia
de cuello mudo, del callar sabiendo
que la geografía es el secreto
que buscan las hormigas bajo tierra
y las alas del viento por los nidos
y los peces del día entre las olas.
Tallada ya con el secreto a cuestas,
secreto de la piedra hipnotizada
por sí misma, con menos pensamientos
que una estrella de mar, en el olvido
de todo amor de mitos y delfines,
ciega de todo y de evidencia llena,
como un proverbio que labró su concha
allí donde la roca está en su casa.

ISLA Y MUJER

Hacia arriba tus días trepadores,
tus prisas cenitales, tus montañas
escaladoras de águilas y nubes.
Hacia arriba tus cerros,
con sus verdes esquelas, sus morenos
ijares, sueltas en el viento rubio
las bridas trinadoras de los pájaros.
Hacia arriba tus valles atrevidos
como si una gran mano los llevase
desde la azul rodilla de las aguas
hasta los altos muslos de tus nieves.
Romería de piedra enamorada
desde el mar a la cumbre. Esa es la isla,
que recoge la falda de la espuma
para ganar los áticos que vieron
brotar del pecho virgen de la roca
el silbo ardiente de un pezón de humo.
Desde entonces tu sombra da la vuelta
alrededor de cráteres lunares.
Pero ahora que nos hemos encontrado,
isla, madre, mujer, volcán, destino,
ven a dormir tu soledad de siempre
—oh amada de la noche y la distancia—
en el tibio silencio de mis brazos.

LOS SENOS DE TINTA

[1934]

plano inferior *, aislados entre sí como dos melodías gemelas, constelados de burbujas de plata. Más abajo, el tronco, con los cinco círculos pulidos y mates, donde estuvieron los senos, los muslos y la cabeza. Al mismo nivel, más allá, las piernas depiladas, sin poros, formando aspas, en un intento de subir hasta el tronco decapitado, pegándose a él, en un deseo de ser molino de harinas de nácares y vidrios. Y así flotaba, sin llegar a la superficie, siempre entre dos aguas. Él mismo se sentía ascender el cuerpo, que desechando tendidas verticales, se concentraba en formas redondas, cristalizándose en una esferoidal postura que cegara los cabos de sus extremidades a las cuchillas del frío, ahuyentándolas, para que no se atrincherasen en sus miembros sus acericos de alfileres, hostiles al goce que se iniciaba entre los pliegues de hiperestesia, frente a las orillas de sus ojos cerrados.

Sirviéndole el recuerdo de ella de foco mágico, ordenaba su descansada anatomía como una esfera armilar de intrincados zodiacos de lunares y vértebras, de desviados trópicos de músculos, de órbitas venosas ramificadas, equidistantes del centro invadido por su imagen, viva y silenciosa, como si quisiera proyectarse simultáneamente en cada célula el espectáculo jubiloso del cual era a la vez espectador, circo y multitud.

Este ovillamiento de sus huesos y tejidos le trajo al ojal de la conciencia su obsesión por las formas redondas. La línea recta, lo mismo puesta en pie, que reclinada, que en desmayo absoluto, desprendía una sobria elegancia, un correcto empaque de alta escuela mundana. La curva era más plebeya. Pero también más acogedora y cordial, más dada a la amistad. Acaso las esferas rayaran en los límites de la obesidad por ser todas vientre, todas pecho abombado. Tal vez diesen la impresión de bolas de grasa. Pero no daban los desplantes de los objetos encorsetados por líneas rectas, siempre de perfil, que no miraban nunca de frente, y que si miraban lo hacían a la manera de las rendijas, todas ojos, para hurtar el filamento de su corporeidad tras una larga sonrisa impecable.

Cuando en sus paseos de islote solitario por la ciudad y por el

* El original de *Los senos de tinta* se inicia aquí. Falta la primera hoja del texto mecanografiado. *[N. del E.]*

campo iban surgiendo las ambulantes perspectivas, las descomponía como si fuese en prisma en sus elementos integrales, recogiendo en sus ojos únicamente aquellos que pudieran identificarse con curvilíneas superficies y redondos volúmenes. Deambular por las calles era penoso. Su espíritu se angustiaba de los rieles amaestrados, de las aceras tan modosas, de las esquinas cortantes. Sólo algún chaflán curvo, alguna cúpula remontada, le soslayaban íntimas complacencias. En cambio, el campo, con sus paisajes abiertos, condecorados de molinetas en sus combas planicies, en sus macizas colinas, le contagiaba de ondulaciones flexibles a cada paso. El aire mismo era alabeado, y al cruzar en su infinito trasiego de cristales, le llenaba las sienes de agua fría y la concha de sus oídos de modulaciones. Todo lo demás, lo conformado de duras aristas, se disolvía en una licuación unánime. Y así los paisajes no se desangraban por las teorías de las puntas erguidas, conservándose siempre nuevos, anegados en sus propias savias.

Las palabras mismas le producían el mismo efecto. Unas le daban dulzuras, le hacían fluir interiormente manantiales airosos, poniéndole las islas, los cielos y los mares encajados dentro de sí en vibraciones acariciadoras. Otras palabras le secaban las fuentes vitales, le acartonaban sus movibles arenas. «Teoría» le movilizaba las capas del espíritu, avanzando en gratas resonancias. «Serie» le llenaba de rigideces, le petrificaba sus pendulares movilidades psíquicas.

Por esto su cuerpo, siguiendo aquella conducta que venía de zonas profundas de su ser, adoptaba en el lecho formas redondas, como para que no se escapasen sus pensamientos, llegando así a una sobresaturación que le anillaba de finas laxitudes. Para que, también, no entrase ninguna hostigación del exterior que le escindiese la unidad tibia de aquel recuerdo de ella, injertándole figuraciones extrañas.

Sumergido en aquel baño de maría que su sensibilidad segregaba en la habitación, pensó un momento en las conexiones psicológicas que ligan ese trasmundo vago e indeciso de la subconciencia con los detalles individuales de gustos, inclinaciones y repulsiones. Encontraba razones lógicas entre sus tics, razones de orden primitivo, que los engarzaban míticamente en grupos afines, que arrastraban unos de otros, comunicándoles un sello personal, un parentesco plástico, musical o impresionista. Le surgían de pronto recuerdos infantiles, trozos deformados de realidad, pedazos de sueños difusos, de los que no tenía conocimiento; pero que se hacían suyos al aflorar al campo visual de su conciencia, reconociéndolos a veces y otras intuyéndolos como pertenecientes a momentos anteriores.

Una ráfaga silenciosa volvió aquella página, retornando a ella. Enquistado en sí mismo en aquella celda de sí donde la guardaba, fuera del tiempo, situada en un espacio neutro, cortados todos los cables —al fin— que le insuflasen otro goce que el de ella, como si la noche enguatada quisiera aislarle del plañir de las tinieblas vivas, cometía el asesinato de desgajarle los hoyos del rostro, las conchas de las rodillas y las cápsulas de los senos. En estos tres vértices palpitaba toda ella. Sobre este trípode se alzaba su cariño. Estos datos bastaban para ha-

cerla existir. Mejor aún, eran los únicos, los suficientes, los exactos. En posesión ya de la presa, permanecía enervado, más muelle que un suspiro, en un sopor que le suspendía la corriente de las venas, le paralizaba el latir de las sienes, le apagaba el ritmo de su fisiología. Y con las venas prosternadas y las sienes orantes, oía su plástica desnudez, concentrado, cortada la respiración, detenido el vuelo sobre una sima de sombra y silencio, inmóvil. Sus miembros estaban vacíos, ingrávidos, en aquella postura grata a las recordaciones. Pero tenía la seguridad de que si en aquel instante hubiera querido colocarse de otra manera, todo su cuerpo crujiría, quebradizo, rompiéndose. Volvió una nueva experiencia anterior a encadenarse a esta sensación. Y se sustanció con los brotes de los helechos que tantas veces le distrajeron sus horas en el campo. Sus verdes embrionarios, hendidos por circunvoluciones, jugosas y blandas, como gusanos peludos, aparentaban docilidad a la distensión de fuerzas extrañas. Pero no era así. Sino un nudo de resistencias que se descoyuntaba al forzar sus apretados palpos encogidos.

Y ya dentro de sí, embarcado en ausencias, contemplando mar y cielo de recuerdos, comenzó a rodar por su pantalla imaginativa el marco de aquel día lleno de la nostalgia sensual de ella. Este día que ahora reproducía era más estilizado que el otro real, retocado como una fotografía a la que le hubieran corregido las luces violentas, los ruidos imprevistos, las voces interruptoras. Las blancas sábanas del lecho proyectaban, también, en aquella hora, no su cuerpo, sino una imagen redonda de él, despojada de los sobresaltos e inquietudes que tenían las noches laborables, mal vestidas de sueño espeso, que le anegaban los laberintos interiores por donde ella pudiera venir a buscarlo, incitándole a recomponer arquitecturas vividas allá, en la otra isla, redonda también, donde se conocieron.

¿No influiría la geografía, aquel paisaje primario en esta su actual manera de ser?

De las islas que formaban el archipiélago nativo, una tenía la forma de un corazón, otra de un fémur, otra de una tortuga con la cabeza alargada. Sólo la suya era un círculo, una peonza sobre la flor viva del mar.

Aquel día escribía el elogio de sus senos —ya había hecho el de sus rodillas y hoyuelos del rostro—. Senos melodiosos, en la escuela contigua, despoblada de chicos, frente a los bancos desiertos y las paredes enventanadas de mapas de colores como una cuadrada pompa de jabón amplificada. Sobre las cuartillas se iban enfilando las palabras. Palabras en relieve, que se alzaban en la blanca llanura construyendo poco a poco dos colinas perladas en un valle de mármol. A veces, ellas, las palabras, no salían espontáneas. Se trababan en ocultos zarzales de tormento, perdían trazos de sí mismas, o llegaban con desgarrones por donde escapaban sus turgencias, quedando sólo unas ringleras de odres vacíos, fláccidos, sobre el papel.

Alzaba los ojos, paseándolos aquí y allá, clavándolos en el triedro de paredes y techos, en los bancos expectantes, en los mapas sin mari-

neros. Y mientras aguardaba palabras consistentes, abultadas, que ir amontonando en aquellas exquisitas edificaciones lejanas, la atención se le entrometía por intrincadas grietas, extrayendo ideas y representaciones de fisonomías arbitrarias, que se le aferraban a la garganta, balbuceándolas para evitar la asfixia. Entonces, al oírse su voz, retornaba de aquellas fugas por cielos de peligro y túneles sin señales, y se intimidaba pensando si de aquel banco donde se sentaba —donde saltaba— aquel chico detonante apodado «Fosforito», surgiera su personilla nerviosa, agitada por eléctricos sobresaltos, y le asestase aquella su flecha pícara y burlona, que disparaba, simultánea, los resortes de su rostro.

Pensó que esta respuesta del banco a su mirada le era hostil. Que los objetos le irradiaban representaciones enemigas a su deseo. Las persianas le miraban con los ceños de sus travesaños, hoscamente. Volvió la cabeza. Un mapamundi abrió sus dos círculos verdosos en un lago azul. Sí, aquellas formas redondas le acordaron su angustia. Aquéllas no le combatían como los bancos, como las persianas. Le tiraban besos volados con sus manos y labios de colores. Y el mapamundi le extrajo de su pozo sin orientación otros días que la distancia empequeñecían, anegados de luces infantiles, en que viajaban sus ojos y, enjaulados en ellos, sus ríos de sal, sus caballos de caña, sus trajes marineros, por aquel otro mapamundi de sus horas de clase, cuando tenía por novias buenas sus libros de memoria. Italia era entonces una pierna en actitud de chutar con la isla de Sicilia a la remota portería del estrecho de Gibraltar. La península escandinava unas fauces abiertas, amenazando engullirse el percebe de Dinamarca, sobre la crestería rocosa de Alemania. África, un tosco pistolón primitivo. América del Norte, un tórax de hombros hombrunos y tambaleantes, ceñido por la cintura de avispa de la América Central, a las caderas con polizón de la del sur, que se afilaba hacia la Patagonia como un trompo que quisiera bailar en la blanca tarima de los hielos polares. El golfo de Méjico —regazo de América— un semillero de islas. En una de ellas, la que tenía la forma de una caracola rota, de un pabellón auditivo, que auscultase no sólo el corazón del mar, sino también el reflejo que los astros precipitan en sus caídas, nació ella, la disociada en senos, rodillas y hoyuelos. Así partía el continente femenino de su cuerpo en islas apasionadas. ¿No era también el mapamundi, con sus dos cicatrices circulares, la huella de dos senos cercenados por un cuchillo de luna, a ras de un pecho de marinas esmeraldas momificadas?

Confortado por aquella charla cordial con el mapamundi, volvió nuevamente a pensar en ella. Pero la pluma, aquel tintero cuadrado, negros graznidos de un cuerpo de improperios, seguían mortificándole. Y sus manos blancas, ejemplos de perfección, se mancharon de tinta en el costado de una yema, junto al cerco de la uña. Igual que si se hubiera sentido herido, agredido, alzó la ballesta de su brazo un alud de ira, descargándolo sobre la mesa, donde quedó clavado el cortapluma con una vibración de ala presa. Él escribía entonces: «¡Cómo recuerdo tus senos adorables! Son dos hemisferios de un

mapamundi en relieve, que ocultan ríos de leche y sangre, que callan fuentes de besos en sus laderas, que esconden ciudades de táctiles sorpresas en sus colinas».

¡Una mancha de tinta! Por un instante relampagueó un temblor en sus manos recordadas. Y se apretó más a sí, se redondeó más, acurrucándose fuertemente. Sin embargo, el débil desnivel de abrigos dio paso a las agujetas del frío en las espaldas. Simultáneamente surgió aquella representación de sus manos hundidas en el agua helada del atardecer para borrar con su esponja transparente la mancha de tinta de su dedo. Todas estas recordaciones, al corporeizarlas, las desveía difusas, en un escenario sin fondo, bambalinas ni candilejas, a la intemperie casi, dentro de una bola de aire enrarecido, espesándose hacia la periferia. Y los objetos y su figura cobraban un sentido antiespacial, ni grande ni pequeño, adivinándolas, e intuyendo sus equivalentes plásticos en una astralidad esmerilada. Siempre le ocurría lo mismo. Cuanto más se esforzaba en plastificar los detalles contenidos en sus horas vencidas, más se esfumaban en aquella vaga penumbra aposentada en su conciencia.

Aquel recuerdo del agua fría, al pasar ahora por sus sienes calientes, le contagiaba de una deliciosa frescura que le hacía comprender el goce que han de experimentar los motores de explosión al circular por su red de arterias cristalinas refrigeraciones.

Aquella mancha negra se resistía a dejarse vencer por el agua. En ese sistema de surcos insignificantes que son las puntas de los dedos, se hacía fuerte, penetrándolos con insistencia. Aquella mancha se hizo piel, carne nueva, formando parte de su nieve orgánica, afirmando por contraste su albura y negándola con su negrez. ¡Sus manos manchadas! Accidente trivial, pero lleno de sentido. ¡Las manos! ¡Cuántas veces le asaltó la obsesión de que su vivir se transformaría en otro distinto de faltarle las manos! El mundo de la mecánica, lleno de fuerzas fatales, mugía sus articulaciones aceitosas, las rosas de aire de los volantes, las murmuraciones de sus aceros, sólo con que una mano estableciese un circuito, moviese una rueda o apretase un botón. Eran las caracolas del devenir en cuyas conchas vigilaban sus ángeles custodios. Y aquella gota negra, gangrenosa, le agujereaba la carne. Sintió una repulsión instintiva casi cósmica, contra aquel bautismo de presagios que se acumulaba en los ojos, cegándolos. Que se le derramaba en sus interiores departamentos, nube de tormenta con vientre de lluvia.

Salió a la noche que llamaba a los cristales del balcón, alejando perfiles y fisonomías, picada de eléctricas luciérnagas. Y las tinieblas secaron su zozobra, quedándose —no supo qué tiempo— fuera de sí, como vasija al frío bajo las granulaciones de un cielo sin luna. Aquella noche se soñó un pulpo en los fondos abisales del océano, envuelto en la espesa borra que, como una nube, derramaba en su defensa.

Y siguió recordándola. La oleada de miembros seccionados terminó por desvanecerse, viéndola ahora como en otra noche, en la venta-

na del jardín, después del baile de la tarde en el hotel veraniego, Arrinconados tras las luces tibias que caían sobre la última mesa llena de discos de gramola, los hoyuelos del rostro acuñaban su gracia al sonreírle. Y otra vez se ensambló esta tarde con otra, como obedeciendo a una involuntaria llamada de telegrafía sin hilos. Le llegó el parecer de que en lo subconciente no existe sucesión de días ni noches. Ni tiempo ni espacio. Impresiones sólo, que se encadenan y se hacinan formando vivencias, que frotan sus superficies, madurándose, y saltan sobre sus resortes cuando los sentidos dejan filtrar hasta ellas espejismos reales o pensados, por los que se desmandan hacia nuestros ventanales despiertos. Los discos, llenos de surcos en espiral, sensibles a las agujas indomables, hacían oír sus secretos, ricos en tactos sonoros. ¿Qué canciones, qué melodías habrían de saltar de sus dedos, si un diafragma anduviese y desanduviese las rayas de sus yemas? ¿Qué ruidos de sangre, qué voces de nervios suspirantes, qué modulaciones de contactos múltiples exhalarían todos los objetos por él tocados en los infinitos vuelos de sus ademanes náufragos, bajo la presión de un estilete? Únicamente presentía que un concierto de blancas concordias habría de escaparse de sus dedos, sin convertirse en cantinela de exactos trazos musicales. No un mecanismo: un organismo dotado de autodeterminaciones. Compadecía aquellas columnas de discos que en el potro del tormento del plato giratorio insistían, como condenados a muerte por un delito inexistente, en repetir sus motivos, gritando la inocencia de sus ritmos, al sentir en sus pechos la punta de un puñal de un verdugo de acero, empeñado en arrancarles una confesión de culpabilidad. Tal vez por esto no quiso bailar.

En el piso del salón los mosaicos blancos y negros alternaban como en un tablero de ajedrez. Las parejas, al danzar, expresaban movimientos desiguales, acordados a las diversas fichas del juego. Ella sonreía cuando apresaba un rasgo en los bailarines que servía para identificarlos con alguna pieza. La rubia de los cock-tails complejos y el joven del pelo ensortijado bailaban dando saltos y en zig-zags, como caballos que amenazasen con sus jaques de empujones al ejército de bailarines. El del bigote a lo Menjou y la chica cascabelera, con frases de cotorra amaestrada, se movían despacito, de medio lado, a contrapunto, como peones. La chata de los ojos cuajados y el de la corbata verde, parcos en vueltas y en filigranas, marchando con pesadez de apisonadoras por las orillas de la pista, sugerían las torres. El alto y bizco y la morena de cejas oblicuas eran los alfiles que, lanceros y esbeltos, cruzaban entre los demás en quebrados virajes y diagonales deslizamientos.

Rio ella aquel partido que jugaban a ciegas la gramola y la tarde con las parejas de bailarines a cada tirón musical. Y la risa, enrojeciendo la sala, saltó de pareja en pareja, hurtando vaivenes y cadencias de tango, vivaqueó en el resplandor de las luces indirectas y, acosada por el bordoneo de las conversaciones, atravesando los cristales, volcó en el campo su cesta de amapolas. Con el día nuevo, el alba se encontraría entre la tela verde de sus faldas un derrame de apasio-

nados carmesíes. Aquella flor la asociaba siempre con su risa. Allí donde encontraba sus colores encendidos, surgía su carcajada envuelta en una cápsula de aterciopeladas sedas, como una guirnalda de brasas ígneas.

Volvió a la noche del jardín, caída en los parterres, colgada de los clavos estrellados. Una noche estremecida de enarcamientos de nácares y satinados aromas. Sus manos surcaban en las tinieblas selvas cerradas de finos helechos, valles de canela, lisas laderas de caracolas biseladas, islas de esponjas y corales, continentes de ondulantes planicies verticales, torneadas elevaciones: todo el muestrario de las formas redondas. Le pareció que tenía las manos hundidas en la subconciencia revolviendo en sus fondos abstractos abecedarios de líneas curvas, montones de convexidades dialogantes, que se apulseraban a sus brazos, partiéndose, al deslizarse, como chorros de siruposos caldos tibios. Allí tenía la geografía sus mejores definiciones. Un texto para ciegos, donde los cálidos riachuelos de las venas se ahondaban a subterráneos estratos enervados. Donde los géiseres de porcelana se erguían entre ventisqueros de heladas blanduras. Donde los acantilados vibraban sus membranas bajo un vuelo de playas trémulas. Y las hondonadas tenían estremecimientos de vidrios vivientes. Y cada definición, modelada en barro de luna, colocada en su sitio, ordenados sus pedazos en afán de captar dobles insinuaciones de lira y ánfora.

Las conchas de las rodillas, en sus sueños de cúpulas, se alejaban de las rótulas, evadiéndose en lentas emergencias. Los senos, salientes como balcones, detenían el aire, la noche, el canto de las ranas y precipitaban el florecer de las rosas adolescentes. Aquellas cuatro mesetas eran las cuatro esquinas del mundo. Puntos cardinales de tierras vírgenes. Cuatro ciudades de ternura, estructuradas en anfiteatro, vivas y desiertas, con poderosas estaciones de efluvios sensuales que las unían entre sí, bajo un mismo signo, en idéntica señal delatora.

La noche estaba detenida y contagiada de dulces contactos. Y movilizaba sus valles oscuros, ondulaba sus ráfagas lánguidas y rozaba sus transparencias andariegas, de langores felinos, por los altos desniveles del aire ciego. Ni una palabra en los labios caldeados. Todo oyéndose en un goce íntimo, de llanura infinita, de pampa recostada en la hierba de dormida piel silvestre.

Poco a poco el silencio fue abriendo sus espesos abanicos de plumas espesas. Tocó sus vértices elevados en las colinas de sus senos. Los sentía vivir, revivir, pervivir, sobreviviéndose, endurecidos. «Están como los botones de tu camisa», le había descubierto ella en otra ocasión distante. «Son tus dos hemisferios de un mapamundi en relieve», balbuceó ahora con diapasón inseguro. Esta frase apedreó los cristales del invernadero donde dormitaban sus oscuras vivencias, sus maniatados racimos de imágenes, rompiendo aquéllos y liberando éstos. La noche fue entonces una mancha de tinta. En la oscuridad todo se evadió: tactos y contactos, presiones y pulsaciones. El juego estético, intelectualizado, de sus manos, devino a sombras viscosas que contraían sus dedos como antenas de moluscos ante obstáculos cerrados.

En medio de aquella montaña rusa de declives cortantes, de valses gigantes, de inclinaciones hospitalarias, la emboscada afiló primitivos temores y asfixiantes caperuzas de agresivos silencios. Coágulos de tinta presentaban sus senos a las definiciones táctiles. En la noche, se revolvieron todos los objetos. Las geografías, bostezaban simas sin fondo. Una avalancha de esponjosos gusanos recorrían sus dedos. Los nervios, los músculos, todas las resistencias que sostenían de pie sus arquitecturas serenas, se aflojaron en un desequilibrio de globo sin gas. Cerró los ojos. Turbios despeñaderos abrieron sus fauces tras los párpados. Retiró las manos, cogiéndoselas, apretando y restregándolas para devolvérselas a su cuerpo. La columna vertebral era un bastón de hielo. Todas estas impresiones, al amontonarse ahora desordenadamente, cuando el sueño iniciaba sus desmadejados aldabonazos, le avivaban más y más las hoscas rompientes olvidadas en aquel naufragio de su cariño.

Precisaba las categorías que fue tomando la noche: el roce de un ala de cuervo transparente, una tolvanera de polvo de carbón en el lecho, ahogado de angustia. Sin darse cuenta, las sábanas le cubrían la cabeza y el aire enrarecido se resistía a dejarse respirar, lleno de plomo suspendido. Estiró los miembros y abrió los ojos. Fue un regreso de las hamacas del sueño. Y el insomnio empezó a voltear la ruleta de sus pensamientos.

Clavó sus ojos profundamente cuerpo adentro. Su deseo de diafanizar los ingredientes de aquella crisis chocó contra su trasmundo de esquinas truncadas. Insistió. Elástico, su yo devolvía su esfuerzo vacío, en cacería inútil. Los ojos de su memoria desintegraban su luminoso rayo en direcciones opuestas, sin aprehender la recomposición del fracaso, como gemelos ingraduables, siempre confusos, renegadores de lúcidas verdades.

¡Si no pronuncia ella aquella frase! Midió la ponzoña de la pequeña mancha de tinta por aquel desequilibrio. Recordó también otro factor que de repente se abrió paso hasta él, a través de galerías enterradas. Era el olor de los heliotropos que ponían ojeras violetas al jardín. Su perfume tenía un sabor de almendras amargas. Aquel aroma lo distinguía ahora, ayudando a su otra imagen en aquel su repudio a ella. Aquella noche lucharon dos potencias rivales: las formas redondas, simbolizadas por sus senos, y lo caótico y vago, de la tinta, disputándose su persona. Venció lo abstracto, arrugando tensas orografías. También en la subconciencia existía desde aquel momento para él una fauna pelágica y otra abisal. Las imágenes hondas, los monstruos abisales, turbias oleadas de barro y limo, destrozaron el vivo centelleo de los peces flotantes en superficies exactas. Ella pasó a segundo término. Quedó como una huella sangrienta en el epitafio de un amor desmantelado. Sería inútil querer establecer una relación de armonía des-[ ] *

* El texto de *Los senos de tinta* se interrumpe aquí. *[N del E.]*

DÁRSENA CON DESPERTADORES

[1936]

PRÓLOGO

Había comenzado este libro, en La Laguna, a primeros de julio de 1936. Cuando estalló la sublevación militar el 18 de julio de aquel año (día en que fui detenido en dicha ciudad y conducido por una pareja de la guardia civil al cuartel de Artillería, desde donde me trasladaron unas horas más tarde a la Prisión Provincial de Santa Cruz de Tenerife), tenía terminados los ocho poemas que componen Dársena con despertadores.

El procedimiento empleado para la elaboración de los mismos consistió en confeccionar dos largas listas de palabras autónomas, generalmente nombres, adjetivos y verbos que, bien iba viendo o bien me venían a las mientes en mis paseos por la vega lagunera. Cada dos relaciones de vocablos, que me suministraban la materia prima para cada composición, las apareaba, siguiendo el orden en que fueron surgiendo espontáneamente. Esta manera de unir las palabras daba por resultado imágenes más o menos extrañas, según la mayor o menor proximidad significativa de los términos enlazados, siempre de dos en dos. Así, la tercera relación de frases binómicas participaba de un cierto automatismo síquico y amanecían estructuras de una lógica estrictamente poética.

Esta primera fase de elaboración de cada poema se continuaba en una segunda en que procedía al ensamblaje de todas las parejas nupciales ya logradas. En esta segunda fase unificadora intervenían entonces los artículos, adverbios, preposiciones y conjunciones, si bien todas estas partes oracionales se distribuían siguiendo vínculos sintácticos.

Muy posteriormente me ha sorprendido la manera de cómo se realizó el ensamblaje de los materiales destinados a construir cada poema. La tendencia a disponer las imágenes siguiendo los contornos de lo absurdo. Palabras muy comunes, voces directamente sensoriales, ele-

mentos de uso corriente, enseres fonéticos que nos conviven y hornean realidades vitales, se presentan como golpeadas por negaciones, se levantan en contradictorias existencias, dan a luz atormentadas sementeras. Y esta forma de cabalgar del lenguaje, de vivificar contrarios, da exactamente el clima ambiental que prologó la guerra española: la alegría de la libertad malherida y volteada por el caos de los despropósitos. Creo que en la iliación de estos poemas se hace patente la atmósfera de lucha por desarraigar la contrafigura de un mundo al revés.

P. G. C.

HABLA UN INTERRUPTOR

No me preguntéis cuántos pensamientos
caben a la redonda en mi cabeza
porque os diré que tantos
como acantilados en un percebe.
Pero cuando orino a la hora de la nostalgia
no recuerdo la lectura si los libros son verdes.
Y bien sabéis que una cartera de piel de ante
puede magnetizarme teniendo las manos apagadas.
Y que mi sueño más bello es aquel
en que una mujer desnuda se va quedando
transparente como un farol tocado de ateísmo.
Y que sólo contraería matrimonio
con una brújula
a condición de tener cuatro hijos ciegos.
Y que si mi risa es una catarata puesta a secar
es porque la música de los pájaros
me sugiere una pelota que se hincha de turbias patadas
y porque las bocinas de los automóviles
tienen olor a arcoiris.
Las ventanas que dan al patio de los contratiempos
son del mismo matiz de mi frente
y desde ellas prefiero, de tarde, la letra m si es pelirroja,
al amanecer, una entre la g y la h,
y al mediodía, la misma que picotean los tirabuzones del alba.
Como mis sentidos nacieron en una naranja con relámpagos,
a veces,
cuando la noche no está de guardia,
la lluvia puede dilucidar la joroba de un centinela.
Pero a pesar de todo esto
nunca acariciaré los rayos del sol
porque mi soledad está siempre libertando
cerrojos del tamaño de hombres.

HABLA UN ALBORNOZ A RAYAS

Si el amor se adelanta por las selvas
se hacen sombra los días
de los palacios que dora.
Las noches pueden ser de piedra
cuando mis pliegues levantan oraciones marinas.
Mi soledad colgada entre puñales
evocan los pasos de las aceras.
Por las voces
no podrá nunca medirse la altura del sol
ya que los estanques tienen frío de siglos.
La jeringa de un morfinómano
y un trozo de vidrio camorrista
son mis antienemigos de la infancia
que ven como yo dentro de una campana
sus movimientos de arena insegura.
Pienso que bajo el mar hay tres estaciones
donde las algas de tres colores bordaron mi cuerpo
y que las islas marcharían a la deriva
si las velas les prestasen los recuerdos.
Los niños me sugieren la pregunta
de por qué sus voces no rayan los diamantes.
El pájaro del sueño creo se posaría
en el árbol de la hélice de una paloma mensajera.
Sólo cuando tengo granos de sal en los bolsillos
es posible
que la angustia se transforme en murciélago.
Y únicamente haría propaganda política
si quisiera ahorcarme de una sirena.
Yo bien sé que una boca
tiene familia en la hoja de un laurel
siempre que sus antepasados hayan tenido lunares.
Nadie sabe que las puertas son más misteriosas
cuando estando abiertas de par en par
salgo por ellas de puntillas.
Antes de estar los escaparates vacíos
creía en la resurrección de los muertos.
El día del mes más idóneo para ver un navío
es aquel en que siento ganas de andar al revés.
Tampoco sabe nadie que cuando en otoño
caen las hojas
sobre una careta prendida de un hilo telegráfico
es cuando una ecuación algebraica
tiene soluciones en el polo
y fallan los cálculos
de posibilidades de las fases de los cometas.
Si un adoquín se enamora de un camino
pienso que todo el mundo anda descalzo.

Para terminar confesaré
que me gustaría vivir en un cañaveral
siempre que fuese un guante de goma.

HABLA EL PÁJARO DEL SUEÑO

Como por sus hábitos se desconocen los fantasmas
quiero exponer la clave de mis actos mejores.
Así aprenderéis
que
para psicoanalizar el vuelo de las mariposas
no hay mejor aparato que los imanes de mi propio pico.
Que no siento envidia de la niebla
porque la verdadera soy yo mismo, adaptada
a la forma de mi deseo de trotamundos.
La que veis en el campo es sólo un espejismo
que no puede sostener las arañas de los reflejos.
Que aprovechando los insomnios de mi larga cola de encaje
puede un insecto oscurecer la noche de unas sienes.
Lo que no sabréis nunca es si los caminos
dan el pecho o la espalda a los transeúntes
porque depende
de cual de mis alas señale el oeste de un grito.
Nadie podrá explicarse que mi mayor sorpresa
sea hallar un violín pelirrubio
en una voraz planicie de hielo,
aunque sepa que el color de las ansias
es el del llanto de un amor madurado entre ortigas.
Lo mismo de un caracol, que de un suspiro, que de una pezuña,
haría un micrófono
para oír el jadeo del agua en los fondos de la luz.
Si existiera mi muerte
enviaría a buscarla por mis ojos adentro
con el primer sombrero de copa que pasase
vestido con plumas incendiadas.
Hay una palabra única que me levanta la ternura,
esa que se balancea
en la punta de la lengua de un retórico.
Para mí nunca llueve, pero si me lloviese
serían letras góticas y algodones en llamas.
Este es mi alcohol. Líbalo mientras duermes.
Por esta vez tan sólo a conduciros voy
al paisaje más iracundo de la tierra,
sangrando a la derecha de un ensueño de alondras.
Ninguna esperanza
me obceca,
tanto por ser todas las obcecaciones a la vez
como por inclinarme más allá de todos los mares.

Así comprenderéis
que no tengo salvación fuera de mis costados,
que soy azar y suerte
porque vivo en las fuentes de donde manan,
que siendo la más audaz caja de prestidigitadores
anido en la encrucijada de las querencias.
Y que mi exclusivo fracaso,
el mío,
el del pájaro del sueño,
es que nadie me reconozca
como la ganzúa de todas las claridades.

HABLA LA ARAUCARIA DEL AMOR

Casi nada ignoro
del lenguaje que enciende mis raíces.
Lo más importante es que un erizo
subirá por mis ramas cuando
un caracol le preste su escalera.
O que alimentaré un perro de cristal
con las cenizas del agua del olvido.
O que el tamaño de los verbos fatigados
se mide con la distancia entre dos senos de mujer.
O que mi cabellera tuvo un frío de soles
hasta que el amor posó su hora
sobre mi mano convertida en isla.
O que el viento que recogió los manteles
de los comedores infantiles
hace cuatro tinieblas y veinticinco segundos
fue el que reconociendo mi sangre verde
se puso una bata de cirujano.
O que el objeto amado
por quien levanto el brindis de mis candelabros
es la Gran Muralla de la China.
Yo vi cómo los ladrones repartían sus piedras y torreones
mientras mis hombros se encogían
al estilo del año 2000 antes de los crepúsculos.
Pero quién sabe si lo más lujurioso
es el que nadie diga que mi sordera no tiene remedio
porque está a la vista de quien tenga
un despertador en la mirada.
O de que di los buenos días a las cigüeñas
porque las vi reflejadas en mi esqueleto de pez.
O que al descender por los barrancos
pensaba que por los arcoiris
escapan los insomnios de las alcantarillas.
Sólo quisiera evadirme de mis brazos
para que no señalasen hogar a los aviones

y ahora mismo los sustituiría
por una sopa de ametralladoras hirvientes.
Estos brazos son culpables
de que me despierte en la noche
tantas veces como un fósil terciario aún no descubierto.
Ellos también me dictan que
la flor que prefiere el terciopelo negro
es aquella que mantiene un matiz
entre nidos de esquinas y las esquinas del fuego.
Creo que no sea preciso volver a recordaros
que todo lo que soy
—pluma, punta, jilguero encadenado—
es función de mi altura sobre el nivel del mar.

HABLA EL HUMO EN EL VIENTO DE LA MANZANA

Nada me produce tanto terror
como una mujer encinta
porque su capricho puede convertir la manzana
en ahumado viento.
Esto y el que los insectos se hagan oír
de los poderes públicos,
cuando la manzana de todos los humos
destroza los zarcillos del trigo en las fiestas
gastronómicas de los hongos,
es tan elementalmente arbitrario
como el encuentro de una sirena disecada
entre las páginas de un libro.
Mi humo elegiría como destierro
aquel país que estuviese habitado
por estatuas desconocidas.
El aire de mi vuelo piensa
simultáneamente con un timbre
que el perfume de un silbo prolongado
es el de un horizonte que condujese
una transfusión de rumores entre fruteros.
Y el de mi manzana
tendría las horas quemadas por el remordimiento
de no ser un volcán submarino.
Mis tres elementos coinciden sin embargo
en que el mejor instante
para bautizar un cocodrilo es aquél
en que un arroyo cabalgue sobre el humo del desengaño,
a espaldas del hastío,
fertilizando mi pulpa gris madura.
Esto no es óbice de nieve
para que mi única mancha consista en no disponer

de una alcayata en donde colgar mi pensamiento.
Bien veis qué sencilla es mi historia de enana titiritera
y de cómo todo lo ignoro si me pregunta el mar
y cómo todo lo sé
si un locutor pez terremoto me interroga.
Aún así
la madera con que se construyen los guardabosques
es de risa de sándalo y flores de mazapán muy estudiosas.
Tal vez por eso
hay un signo capaz de despertar unos ojos
y unos hombres que esperan una flecha vestida de arlequín
y un espejo que se suicida en la boca de un muerto
como síntomas de una neurosis de venganzas y de prisiones.
Por toda nuestra vida de intrigas diplomáticas
mi última voluntad
es dejar en herencia mi tripartito avatar
de la siguiente arca de confites:
la manzana
al aroma de una bombilla fundida;
el humo
al oso de seda para que respire panderetas
y mi aire
a los castillos que levantan los desiertos.
Con estas disposiciones, segurísimo estoy,
dejará de salir el sol todos los viernes.

HABLA LA ATMÓSFERA DEL VIDRIO

El amor es atmósfera y el vidrio sentimiento.
De aquí que amen más los cuerpos opacos
que los lúcidos
no solamente por estar cerrados a piedra y lodo
sino porque ponen sordina a las preguntas luminosas.
Como la atmósfera del amor envuelve el universo
hace muchas leguas de hombres que he puesto mi corazón
en todos los átomos que bordan las espumas de los sueños.
Como el sentimiento del vidrio
no vive junto a las fuentes tumultuarias
jamás he tenido amistad con los sauces
ni confluyó su vida con mi vida.
Ni tampoco la espina crucificó mis hombros de almohada
porque la espina, el llanto,
la inquietud de saberse lejanía,
es todo transparencia en mis umbrales
neutralizando el bien y el mal mi cabellera
de blanco nido.
Y así corro la cal, la porcelana, el mármol, mis maneras,
descansando sólo a la sombra del árbol

que ilumine sin destrenzar la esfera
de mi pantalla de agua clara.
Nadie se extrañe
de no matar la sombra de mi vidrio atmosférico
porque únicamente la proyecto si me atraviesa un barómetro
y para matarla habría de utilizar entonces
una máquina de coser virgos
y esto por ser asexual por excelencia
como un embudo de luceros.
Cuando cruzan los bosques sobre sus sederías y esmeraldas
espero que en las ramas
brote mi propio corazón hecho piedra,
lirio de plomo o montaña de rojo hielo.
Pero desterrado de los puntos cardinales
pues en ningún caso se orientarán
ya que mi presencia les hace perder los estribos.
Todo, hasta las nubes vacías, hasta el ciego cantil,
está lleno de mis pulsaciones. Es mi sabiduría.
Y sin embargo, hay un mundo que desconozco:
no sé si una docena de nueces
es mejor que la cola de un león.
Sólo lo que habla en cristal raya el diamante de mi vuelo.
Así que tuteadme con las voces
de los ecos de los guiños de los suspiros
y podréis ser visibles
al trono del aire florido que me sostiene
en los dientes de un pataleo de acordeones.

HABLA OTRA VEZ LA ANGUSTIA

Cada vez que mis charcas de ojo turbio
presencian el suicidio de una sonora brizna de alisio
en el inmenso abismo de color de una rosa
se despierta mi clave, mi galería más profunda.
Pero sólo aparece químicamente estrella
después que la aureola de la nostalgia
deja un lazo amarillo
en el peinado denso de las ciudades.
Clamo entonces
por un repique de cometas dentro de la piedra del horizonte
y me abrigo en la capa que tejen las arañas de la niebla.
Y me asalta el ruido
de la capital de la república de los inocentes
en aquella estación en que las ofensas líquidas
se exportan al por mayor.
En tal momento me es fácil adivinar el porvenir
de todos los pueblos que sollozan
en las fronteras de un recuerdo congelado

por tener la oscura videncia de un ciego sin espaldas.
Pero el porvenir puede desviarse hacia un río
cuando las mareas de las multitudes
se desbordan atraídas por las lunas de los espejos
y peligran morir ahogados
porque entonces las esponjas
tienen la sed del simún amoratado de las violetas.
Ese río baña los costados
de las circunferencias de un estanque
en que cae una paloma muerta.
Y en ese instante en que se extingue la última onda,
en el por llegar a las pestañas de las orillas,
es cuando una ciudad pasa de isla a coseno de luces.
Después, ya no existe el porvenir adivinado
porque le cierro los párpados
al corazón del presentimiento.
Y me quedo de pie y en llama viva.
Ya veis cuán complicado es mi organismo
para ponerlo en marcha
cuando los muros sacan sus mandobles.

HABLA NUEVA EDICIÓN DE CORALES LENTOS

Bien sé que muy pronto
iré a recorrer la montaña de los sepulcros.
Si se encuentra en la isla del tesoro
llevaré el guía de un topacio.
Si en el valle de los lirios de bronce,
la agonía de una danza desnuda.
Si en el país de las huellas perdidas,
un colmillo de elefante profeta.
Pero si estuviese bajo un océano,
donde no aullasen los caleidoscopios,
llevaría a las torres de la mano en el pecho
siempre que un gallo próximo me cediese
su garganta, en donde descansar
mis rojos pies enredados en bastos.
Mi anhelo sería dormirme allí
acariciando la frente pensativa de una concha.
Y si al lograrlo me convirtiese
en humo de espumas
sería porque unos labios secos,
de arriba, de la tierra, pidiesen con urgencia
un riego de asfaltos incendiados.
Vería entonces cómo los mendigos
tienen riachuelos azules en la mano derecha
y cómo en ella discuten las espinas
la longitud de las uñas del hambre.

Vería también, y también los sordomudos,
que el mundo en el que vive el color azul
excluye a los dragones con muletas de odio.
Y que la canción de Alí Babá y los cuarenta bandoleros
sólo puede cantarse bajo una prensa hidráulica.
Y que el ansia por la que se desvive una campana
es ahogar en sus brazos
el invisible soplo de un sabueso.
Vería igualmente
que encima de mis huesos escarlata,
a muchas millas sobre mis rosales,
donde madura el viento,
los cisnes sienten frenos en las plumas
cuando les alcanza el alarido
de mis ramas de fondo.
Nunca oye la mar esa cara de «déjame entrar»
de los pescadores que se acercan a mí.
Nunca tampoco mi grito
de «déjame salir» a la aventura de las playas.
Es entonces
cuando una boca sangra por mis raíces
y, a su conjuro,
un arcoiris se transforma en arpa
y la tristeza más amarga de las tristezas
se retrasa en las manecillas
de una medusa virgen que me llama.
Nada de esto impide, sin embargo, que ostente
el campeonato de natación
en los mares del beso calcinado.

ENTRE LA GUERRA Y TÚ

[1936-1939]

ANTECEDENTES

Los tres poemas iniciales de este libro fueron escritos antes de la guerra española y publicados en el último número de la revista Gaceta de Arte, *con fecha 30 de junio de 1936. Las demás composiciones se elaboraron, unas, las menos, durante la contienda, y las restantes en la prisión n.° 1 de Baza durante el transcurso del año 1939. Una gran parte del original sufrió los avatares de la persecución y aunque todos los poemas burlaron clandestinamente los registros y vigilancia de los guardianes de la cárcel, es lo cierto que, hasta hoy, no he podido recuperarlos. Cada poema lleva un número de orden. Las lagunas de los que faltan indican los que se han perdido. No recuerdo tampoco cuántos permanecen extraviados después del último que se incluye. Por otra parte, uno de los tres iniciales, el titulado «Con la mano en la sangre», experimentó el zarpazo de la censura cuando, en 1952, fue incluido por Domingo Pérez Minik en su* Antología de la Poesía Canaria. *Al verso «fabricarán cañones* que habrán de bendecir los obispos» *se le amputó el trozo de cursiva. Yo autoricé que se editase con tal mutilación, porque habiéndose ya publicado tal como había nacido en un clima de libertad de expresión, serviría de testimonio gráfico de cómo se empleaba la censura durante el personalismo franquista. Esta versión mutilada se recogió posteriormente en* Poesía Surrealista *de Pablo Corbalán, al reproducirla tomándola del citado libro de Pérez Minik. En cambio, figura correctamente originaria en el estudio de C. B. Morris,* Surrealism and Spain, *Cambridge, 1972, y en la tesis de Nicole Avant sobre* Gaceta de Arte, *en la Sorbona 1964. Es decir, que mientras las reproducciones españolas están castradas, las extranjeras siguen fielmente el texto integral que dio a conocer* Gaceta de Arte.

P. G. C.

[1]

LA CITA ABIERTA

Por la derecha de la voz del sueño de la estatua
pasa un río de pájaros.
El río es una niña y el pájaro una llave.
Y la llave un campo de trigo
que abre un lento caracol de cien días.
Esto quiere decir que las colinas de los hombres rotos
son de cartón, madera y nueces verdes.
Pero no toquéis esa angustia: es toda del domingo
que crearon los nidos donde mañana empollarán las piedras
[adúlteras.
Es de aquel pez que mira por el ojo del mar
cómo la guerra es la ternura que guardan los lechos vacíos
y la paz esa sangre con que los pies salpican sus cadenas.
Vámonos ya. No taladres la sombra que tenía hace cuatro años,
que me duelen los dedos del hambre y el corazón de las lluvias.
Mejor es que te duermas, que prosigas andando.
Yo te esperaré hasta los tigres, a la orilla del lago, después de
[la vendimia,
mintiendo labradores a los campos
y hombros de alguien sobre las desiertas promesas sin agua.

[2]

EL RELOJ DE MI CUERPO

Apenas a tus ojos asomaron los ríos de sangre derramada en la
[guerra
cuando la noche, con su quilla helada, atravesó mis bosques
[de ternura.
¡Oh! los mares sin islas, las huellas de tus manos en el aire de
[mis cabellos,
ya sin ti, al pie de los días crucificados, mientras maduran las
[naranjas.
Aún estoy sordo de la despedida, cuando las mariposas se
[quemaron las alas
entre las campanadas de los árboles disecados en las paredes
y los relojes despiertos en los árboles del jardín.
Toda la tierra tiene ahora un frescor de ceniza y de arena.
Las botellas recuerdan aquel último beso estallado en sus cuellos
sin que puedan los líquidos hacerlas olvidar que te marchaste.
Te lloro con mis manos y con mis muslos que ya no encuentro
más que a través de trincheras abandonadas y de globos cautivos.
He puesto el latir de mis sienes al compás de tus pasos subiendo
[la escalera
para oír cómo pisa tu sangre sobre las yemas de mis dedos
[ausentes.

Sigue el dolor rodando. Y es tan duro
que podría servir de rieles a los trenes cargados de heridos.
Y tengo miedo. Miedo de que se escape de mi insomnio
helando las palabras que dicen las cerillas a los niños.

[3]

CON LA MANO EN LA SANGRE

Nadie se acuerda ya de la Gran Guerra
y aún tienen los ríos su largo brazo en cabestrillo
y los ojos saltados los puentes
y corazones ortopédicos los hombres.
Sólo tú, yo y aquel sueño polar de golondrinas,
con nuestras aguas verdes por la espera,
batimos el recuerdo en tu mármol, en mi frente, en su oído.
Nos venderán de nuevo
aunque prosigan con su rebelión armada los rosales
y la mentira con sus tres dimensiones y un pico con ojeras
y el treno de los trenes en el trino de una estación al este de
[los mares.
Todo se perderá: corales, ruiseñores,
la última comedia que apunte el caracol desde su concha,
los diarios que voceen las ranas al crepúsculo,
tu orfelinato de montañas locas,
tantas y tantas cosas que ignoran los cipreses.
Y de tu voz, hasta de tu voz, que enlaza la seda con los
[pámpanos,
fabricarán cañones que habrán de bendecir los obispos
para que rompan más eficazmente las venas de los sueños.
Se nos dará una gran razón: que somos hijos de la patria,
sin saber que a ti, a mí y al sueño polar de golondrinas
nos sobra espacio para vivir aun dentro de un beso de paloma.

[9]

MI PENSAMIENTO A LA RULETA

Te voy girando a negros los acueductos que a mi sien otean,
los minutos que piden limosna de reposo en el atrio de la
[metralla,
aquellos ventanales ya desiertos, ya poblados de nadas y rosales,
de blancos en templanza y cayados esquivos de sirenas.
Ya no tengo ni temo aquella voz que a nidos me sabía,
la encrucijada tenue donde el amor tenía riesgos de oro
y tristes juegos de lo que no se anuncia en fechas ni almanaques.
Venía un mar andando con muletas de antiguos combatientes
y de sus arpas mudas se elevaban columnas de ya no sé qué gritos
cuando en las tardes nuestras nos llevaba una isla de paseo.

Todo para no ser lo que queríamos,
para dejar encima de tus labios
las cumbres, las acequias, mariposas de menta y verbos rojos.
Hoy me pule el lejos de tu reducto de llamas,
el armazón del eco de tus pendientes
a sotavento de las espumas hipnóticas del pájaro del sueño
y su lazarillo de ciegos escalofríos.
Y lo mismo el broche de presión con que lacra tu boca
pliegos de una aritmética de ternura,
que tus almíbares escorados en los arrecifes de la nostalgia,
que los lobos hambrientos que con la presa del goce
retornan por los desfiladeros de las caricias,
se ensombrecen como el aroma, como el sonido, como el llanto
[y el ademán
si se hacen presentes tus ojeras en las violetas crepusculares.
Y quedas tú, en la noche cerrada de la ausencia,
como un vendaje de alcanfor:
única bandera de claridad victoriosa
en medio del olvido.

[10]

CIUDAD DE RETAGUARDIA

A medida que los escaparates de las calles,
aturdidos por colas y uniformes,
se calan impertinentes de papel de seda
por temor a que los roncos azules de los bombardeos
cuarteen de arrugas de mercurio su tez de arroyo erguido,
tú te ahondas
como un pozo que se buscase el pie sombrío con el umbral
[de su pupila
y te alargas
en las violentas luces rampantes de tus reacciones solares,
y te trasmites
en ondas de simún con garras de tostadas arenas
y me injertas en yema y en punta
tu lengua de bizcocho borracho y de puñal.
Ya no sé si es la guerra esos trenes que llegan a deshora,
y esos relojes en huelga de campanadas,
y esos campos con nidos de ametralladoras que empollan
[cancioneros de plomo,
y esas veletas que mueven el aire de mi rebeldía
o es esta ausencia de cabellos,
y esta cornamusa que me aúlla mares, sangres y lejanías,
y este zodiaco que me constela la baraja de tus plásticos
[divagares
o estos hombres que se acordilleran
queriendo continuarse en melenas de leones.

No sé. Con un otoño de islas invernadas en el pecho,
con quemaduras de tercer grado en ambas piernas,
con desaliento de brújula que confunde los puntos cardinales,
necesito de otros ojos que no sean los míos
para distinguir tus miméticas radiaciones
del universo de la pólvora,
cuando llegan tus hachas
a romperme al armoniun de brisas interiores
que agitan las iniciales abrazadas en los árboles de mis huesos,
bien se amanezcan de trinos,
duerman siestas de lluvia
o se acuesten desnudas de colores en el anillo de tus dedos.

[11]

LOS IMPOSIBLES ME LAMEN LAS MANOS

Tus nuncas de ojos cantando sonidos verdes
en imposibles conjugaciones de llamaradas blancas con negros
[alquitranes,
en jamases cuadraturas de círculos de amor,
liban los enjambres que anhelan la flor de tus hombros.
No me rescatarán a tus aceites aromáticos sobre inquietos
[aguajes
y sin embargo este trazo azul que a través de mis rejas me
[florece tus noches
se curva por los pétalos de tu pilón de mármoles flexibles
como la sonrisa de una vela en las esculturas transeúntes
[del viento.
A veces me acechas con tus rejos buidos desde un fondo de
[rocas sumergidas
o desde una cota artillada que bate un vórtice de alambres
o desde la pedrada caliente de mí mismo
o desde cualquier migaja de los sueños que me conviven
como mieles y sales en la gruta oxigenada de un topacio.
Pero hay un duro cristal que nos separa los rieles
y que sólo se unirán en el infinito de nuestras paralelas
o en los valles rebasados donde nuestros ríos
entraron uno en otro por los soportales de agua abierta.
Ríos que hoy me circulan sus abrazos,
que anudan a mi cuello sus bufandas de vidrios desenhuesados,
que bajan de la menta de tus mesetas a los cardos de mis
[llanuras,
que me hunden a las cavernas más hondas de mis trances vitales
buscando ese mar de olas adentro donde desembocan
deltas y alfaques de sangre, manadores de hombres que se
[estrujan
en los lagares y tanques dolientes de la guerra.

Pero a pesar de todos los nuncas, imposibles y jamases,
el hueco de mi brazo se acerca de puntillas
al cuerpo que te cierran llaves de ausencia,
entre un trino de esquinas que exhalan aliformes oráculos,
para resucitar el clima angélico de un terso paraíso perdido.

[12]

UNA FLOR ENTRE ESCOMBROS

Esta noche te oía descender a los sótanos de mis soledades
[encarceladas
mientras llamabas con tu soplo de carmines a mi sueño.
Era como las ondas que besan las orillas de un estanque
mientras la piedra que las arranca baja a la intimidad del agua
[honda.
Me recorrías calvarios descalzos, cruces astilladas por
[desesperanzas,
parajes de rocas que se atormentan buscándose un zafiro en las
[entrañas,
obuses sin explotar, flechas encogidas de pánico,
calendarios rotos de días verdes encarnando masacres de
[pajaritas de papel,
todo lo que las ruinas desechan por cruelmente desolado.
Me buscabas envuelta en tu escafandra de fuegos, sin conocerme,
y me cauterizabas con tu puñal al rojo el amargo insomnio de
[mis fosos.
Sólo en la fauna plactónica de los sueños abstrusos
me hallarías serpiente de tu huerto, molino de tus senos,
jauría de tus soles y contestación de trompeta a tus azucenas
[inquiridoras.
Abajo encontrarías trozos de ti misma,
manantiales que afilan en tus muslos sus movimientos cilíndricos,
hebras de sangre que cosen el meridiano de tu cintura a una
[palmera,
jaguares que te suspiran con el ritmo pendular de un reloj,
tu voz, hecha un anillo en tus pestañas,
tu jarra de esperas en mi zócalo de mar bosquimano
y mis montes navegando con las velas de tu paladar de almendra
[tostada.
Pero ahora me llaman los cohetes de señales como caminantes
[huidos,
la lluvia repiqueante de las ametralladoras,
la tirante aspiración anestésica de los hospitales
y el golpeteo de las sienes en el tamboril casquete de mi cielo.
Y acaso no vuelva a tener tiempo de pensar que sonríes
a la rosa que te florece y que mirándote se perfuma.

[13]

DÍAS AMORATADOS

De marfil son las ansias que me esculpen tus días sedientos
por todos los rincones que me inclinan a ti,
que me dirigen a los oasis impresos en tus rayas dactilares.
Hay imanes de rosa en el invernadero de tus nardos
para que las mieses que empurpuran un estío de angustia en mis
[siestas
amanezcan trilladas por carros de combate en las pupilas de
[las eras.
Los imanes son las ansias que invernan en tus días de nardo,
que me inclinan las mieses amanecidas en tus oasis de oros
[sedientos
para que los carros de combate impriman mis angustias en las
[pupilas del estío.
Hay recodos de marfil en las sienes que languidecen púrpuras
[dirigidas,
que esculpen mis rayas digitales en tus eras de rosa
donde trillan todas las preposiciones que rigen tu recuerdo y
[el mío.
Y hay oasis que angustian pupilas de combate sobre carros de
[ansias,
y oros que se dirigen a tu amanecer de rosa sedienta,
y recodos de nardos por las sienes de tus estíos digitales.
Y así recuerdos, aguas del pensamiento y vinos del instinto
van, vienen, giran su minué enloquecido,
se repiten en los cohetes de lágrimas del tiempo
y son una insistente letanía de olas semejantes.
Hasta que un latigazo que se enarbola de fuera de nosotros,
de atmósferas incendiadas o de nubes ingenuas,
nos arranca de la peonza que nos trilla la sangre.
Y de estos móviles delirios
está lleno el cojín de mi reposo inarticulado.

[14]

TIEMPO A BORBOTONES

Este instante, neutro en la blanca mirada de lo abstracto,
se colorea de múltiples realidades simultáneas en el racimo
[de lo concreto.
Y arriba, donde el pájaro es pájaro, cruz latina y silbido,
donde las nubes abren la esponja del vuelo al ronroneo de
[los aviones,
donde tus hombros se alabean si me divisan el pensamiento,
dicho instante se deshoja como una margarita en los dedos
[del aire.

Y más abajo, entre prados de nomeolvides y estatuas de sal,
donde te grita un sollozo que es nudo irrompible,
donde la cabellera del mar se peina con las cintas de los
[torpedos,
el mismo instante muere en un caballo reventado por
[espuelas de espanto.
Y más abajo aún, donde germina la verde inocencia de los
[graneros,
donde las minas intentan detener el sol en su carrera,
donde guadianas lloran por las lagunas de sus ojos
la pierna amputada por las sierras del viento,
el mismo instante se empareda con los huesos del universo de
[una madre
que murió muchas veces en el recuerdo de sus hijos movilizados.
Y se hincha en las caderas con polizón de América del Sur.
Y presencia un idilio de morsas en la tarima de los hielos
[polares.
Y se aleja en un horizonte suspirado por velas de sudarios.
Y es cogido por un tren en un paso a nivel de una noche
[de piedra.
Y se despeña con el ademán oratorio de una catarata.
Y se bate en la risa circular de un castañeteo de anemómetros.
Y se abriga a la salida de los teatros con pieles perfumadas.
Pero hay una chispa de ese instante vivo
en que ya humanizado, con venas y polainas, corazón y corbata,
cubriéndose los ojos, se suicida.
Ese en que unas personas se enfrentan sin mirarse
en un campo a traviesa de lodos asesinos.

[15]

SUEÑO DE TRINCHERA

He llorado esta noche un sueño escarchado de nardos y fusiles.
Estabas tú vacía, arrodillada como un caracol en un tajo de alba,
al pie de una ballena clavada en una cruz de alas de menta.
Dos máuseres ardían el cirio resplandeciente de sus bayonetas
y un trapecio de verdes colas de luceros
columpiaban un saxofón equilibrista.
A él tendías la mirada,
ese anillo que se parte en tus cejas y rehace en tus labios.
Pero tú te tentabas sin hallarte en ningún rincón de tu cuerpo
porque la luna te ilumina tan sólo donde mis manos la encienden.
Así que estabas en un éxtasis invertido,
esperando un sólido aire de carne tibia que rizase
la espuma naciente del deseo, chocando en acantilados imposibles.
A lo lejos graznaba la corneja de una ametralladora
que quería ponerse al compás de tu sangre en mis sienes

midiendo tus minutos con los míos.
Después te levantabas y te ponías en lugar de la ballena
y ésta se arrodillaba proyectando un lanzazo de hieles a tu
[costado,
chorro que me caía en rocío de hielo
sobre un horno encendido con ponientes de arrayanes.
Y fue entonces cuando yo te desclavo
poniéndote un vendaje de estrellas machacados con ajos y
[delirios.
Y los tres despertamos en los brazos cruzados del insomnio
de aquel soldado anónimo que vestido con pieles de angustia
canaliza a países donde nunca muere el olvido.

[16]

CON LOS DÍAS CONTADOS

Se sobrevinieron las heces de un rencor lejanamente fermentado
que a ti te hería en tu heroísmo de golondrina lañada
queriendo saltar sobre las cuerdas vocales del grito de mis cimas.
A racimos de vigilias se trasponen las veredas de tus valles
[sonrosados
cruzando por un aire que se siente azul en tus pupilas
y desaliento de perseguir vetustos himnos de fósiles recuerdos.
Por ti arriba subían las sombras violetas de los ritos guerreros,
de los galoneados atardeceres de entonces,
cuando tú y yo teníamos un arroyo
que nos seguía por los bosques como un perrillo de aguas.
Todo era un laboreo de colmenas indolentes.
Por todo retoñaba el abrazo de nuestras venas sueltas
en su libre albedrío de transportar mieles, pétalos de niebla
[o delirios.
Era cuando tú te bordabas en un beso todo el paisaje
y cuando te abrías las peñas que te manaban muslos
o estrábicos moarés con las contorsiones de un espasmo de jade.
Si todas las mariposas han de clavarse en mí con púas de erizo,
rómpeme esta áspera envoltura que me enquista,
no me retengas al pie de este castillo de fríos bisbiseantes,
de cataratas muertas por consunción.
Tú me vives en los años que se me han ido desprendiendo en los
[combates,
en mechinales que tienen el tímpano roto por las explosiones
en los torcidos reflejos de mi sombra.
Pero yo, con la vida a media asta,
veré ahogarse el último marinero
de tu arsenal de azúcar, terciopelo y desatadas lumbres.
Y tal vez figuraré en la próxima lista de desaparecidos,
siendo ya el féretro que encierra los restos de aquel otro
[que era,

de aquel cuyo entierro paseo en el armón de mi cuerpo de
[ahora,
entre las letrillas rumorosamente irónicas que crepitan
anónimas esquelas de la fosa común.

[17]

MANICOMIO DE PAZ

A la oscura pregunta con que los cisnes negros interrogan
a la estrella polar de su destino
contesta toda la Osa con la blanca respuesta de su luz.
Así tus salinas de ternura al cayado de aorta de la guerra.
De un desván de lunas leporinas, lágrimas rotas y zodiacos de
[bruma,
una mano de encaje me estira este camino de intransitables
[nudos,
abandonado en las vías muertas de mis sienes,
y otra mano de espuma me viste sombra nueva para cuando
[regrese.
Una suave penumbra me mulle entonces el atardecer
y me derrama en la nostalgia de tus acordeones ahogados.
Una primavera me llueve tardes que en ti se abisman,
noches por ti abrigadas,
espejos que se hunden en muelles lejanías de gestos y collares.
A mi sed de preguntas duerme tu afán de rosas sin espinas.
A los goznes chirriantes de mis puertas interiores, tus pasos
[de peluche.
Al riesgo de saltimbanqui de mi propia sangre,
la seguridad de tus ojos de firmes horizontes.
A mi insomnio de ratas y luciérnagas,
la vigilia esmerilada de un lago de mercurio en tus caderas.
Esa eres tú, la paz, un manicomio de rosados vinos,
voz que verdea yedras sobre ruinas.
Y mis caballos negros se adormilan en tus pesebres blancos.

[18]

GRÁFICA DE UN HERIDO

Un oscuro rumor de crisantemos
entreabre las puertas y ventanas del día
y anuncia un florecer de músculos y margaritas de hojalata.
Pero nunca se supo cuando las doncellas del aire pisaban
[arcoiris,
ni en qué avidez de un madrugar de mares trabajaban inválidos,
ni dónde hilan las golondrinas la cinta de su vuelo y noche
[aguda.
De esos desconocidos parajes sin meridianos,

por rutas que ignoran las desvoladas piedras de luz de los
[mochuelos,
llegó con paso leve ese plomo que clava un pájaro herido
en mi brazo enajenado.
Todo soplo que haga girar las veletas medio izadas de rubio vino,
toda la vocinglería que un estanque despierta si se le ahoga
[un niño,
la presa que por los arbustos se barrunta un anillo de dientes,
el tornasol de una sábana que cuenta sus imágenes a la sal y la
[nieve
y tus senos con sangre de verdades y elásticas mentiras,
todo esto que una ambulancia descorazona a 60 kilómetros por
[lamento,
se halla ahora en un lecho de hospital
bajo el cuido de un castillo árabe en un alto de fiebre y
[de roca.
Y suben cuarzos ardientes por la gráfica que se afila como un
[lapicero,
lágrimas que ruedan por sus contrafuertes despoblados,
medias lunas que añoran el desierto,
pestañas de almenas encendidas en los picachos de un abejón
[de hielo.
El agua y la palmera brotan de la frescura de una mano en
[la frente
sobre alfombras de ascuas.
Y a este viejo castillo que merodea por mi calentura
le amputarán mi brazo en sus ruinas
transportadas a tus jardines que me piensan entero.
Y yo seré una estatua
y tú serás el río que la mira bajar por la corriente.

[19]

ÉXTASIS ENTRE ESPINAS

De coral es la linfa que sobre ti reposa su piscina de hielos,
coral evadido de lumbres,
lumbres entresacadas de tus vestíbulos de ceniza,
que son redondos alambiques que destilan pálidas amarguras
[rubicundas.
Con tu noche en los brazos de mi noche,
un resplandor rojizo me abreva fuentes de llamas
que corre con el hilo de un cohete de tu mano a mis sienes
y urde marinas deshojadas en telares de niebla.
Bien sé que nuestro ayer de cereza mordida a un tiempo mismo
ha secado sus labios, quemados por escarchas y ausencias,
que los trenes iban repletos de espejos conmovidos por rieles
[asonantes

y que había un laberinto de cipreses perdido en el polo sur
de un canto rodado de jilgueros.
Pero eso era antes, cuando la paz y tú eran hermanas siamesas
y entrabas por mis galerías con tu traje de inmensos imperios
[de avellana
y un dulzor de cilindros resonaba nibelungos en el escote de
[tus ramajes.
Pero ahora que esquía la desilusión ramayanas de saltos mortales
y albas gorgueras de pórfido pulsan trastes de violoncelos
[desgarrados,
las bielas de tus lentas locomotoras cautivas
son espirales de volantes dentro de tu clepsidra y relojes de púas
que miden un calvario aposentado entre los dos vacíos aislantes
de nuestra comunión de espadas, besos y rosas escalfadas.
No hay colores en ti. Todo es un hervor
de malqueridos soles y lunas en degüello que
a gritos de esmeralda
corta un vidrio de sal con un llanto ahumado.
Pero es dulce ver granar las espigas de luz en tu mirada
y retoñar silencios en las caderas de tus móviles oros.
Mi dolor es entonces una quimera lejos del bosque de mí mismo
que sólo quema si lo toca la rabia de mis dedos de ahora.

[22]

EL ECO ILUMINADO

No sé cómo este brote de ilusión pudo burlar los riesgos
de tantos dientes de volcán que rechinaban los belfos del aire,
de tanta migración de bisontes con mugidos de acero,
de tantos agrios abejones que salpicaban la sangre del otoño,
para llegar sin lastimarse la mariposa de su luz
y traerme el eco de la campana mayor de tu ausencia.
Con las alas mojadas por las lluvias de los caminos,
lo miro oscilar
entre tu sed y mi sueño,
entre tu palmera y mi nube,
primogénito de las selvas del mar
y los valles de la esperanza.
Entonces, cuando se suelta los cabellos,
aunque prosigan las balas azuzando la furia de sus tempestades,
la piedra del suceder se afirma en la dureza del instinto
para saltar como una ola sobre tu ramo de curvas,
sobre las corzas que pacen tus nardos.
Y tu mano me grita la llave que te guarda
y mi mano te lleva el lecho resonante de un violoncelo.

[23]

LA FARSA SIGUE AL BAILE

Me llega ahora un rayo de luz ultravioleta que me azula la torre
donde tu gran campana de cocaína repica prados verdes.
Agudísimo, apuñala un vitral hacia un poniente de heridas
[inflamadas
para ilusionar la cabellera marchita de un búcaro convertido
[en silencio
cuando marchaba por un camino de mesa al país del olvido.
Y trae recuerdos de los adioses que parpadean los luceros,
de las rondas de fuerzas siderales que musculan los altos
[espacios,
de la hucha del horizonte donde guarda el cielo sus monedas
[fugaces,
de todo lo desprovisto de carne, sangre y lágrimas y saltos
[de fuegos mortales,
recuerdos de arriba, de las nítidas comuniones del aire con
[su propio regazo
cayendo por sus filos, resbalando mirada vertical abajo,
flamígera espada de un ángel con pico de paloma y alas de
[olivo,
rayo que desciende, arrulla la tormenta de hombres armados
[de garras
y atraviesa los riscos del odio con su largo silbo de paz,
rayo que retoña la tierna sombra de arboledas inválidas
y plañe por los campos el dolor de los frutos.
Así monologaba por mí el fusil,
que empuña aquel que se disfraza conmigo,
antes que el plomo de sus hechos desmienta su sueño luminoso.

[24]

VIDAS A CONTRAPUNTO

Tú me dirás que hay noches en que bordan las estrellas con
[agujas de plata
rostros de altos estores convocados a nieblas.
Yo te diré que hay noches que bordan las sorpresas de los
[golpes de mano
de espaldas al murmullo que corre bajo el puente de mis sienes.
Tú me dirás que las raíces de los sauces de la tierra y el mar
se han dado la cita de la soledad en la red de tus venas.
Yo te diré que hay vidas cuyas órbitas se solazan
fuera del sistema de lamentos que nuestro dolor acaudilla.
Tú me dirás que este año irás a veranear a playas de olvido
y que el albornoz del viento descansará en tu hornacina de
[calvarios.

Yo te diré que hay carreras inusitadas
para dislocar las patas de frío del primer lobo del invierno.
Tú me dirás que deseas verme en tus brazos de frente contra
[cristal
bajo doseles de silencio.
Yo te diré que también en la guerra hay rincones
que ven florecer la paz en el vaso de una mujer desnuda.
Tú me dirás finalmente que tus ojos endurecen las piedras
[que miras.
Y yo te responderé con un sí de horizontes despedazados
al socaire de bellas palabras de humo y de arena.

[25]

LA FLOR DE UNOS MINUTOS

Un azul de cortinas ensancha el pecho de esta isla que convive
[conmigo
y su dialecto de cobre y ensenadas,
en un tira y encoge de mares monosílabos,
me abre la tenaza de unos valles torneados por carretes de
[júbilo,
que son muslos de roca, afiladas gargantas y pájaros-limones,
cuando tú te pronuncias en mis palabras
con acento de domingo poblado de campanas y cohetes.
Y las fuentes sonríen sus fondos de húmedos ojos.
Y los torbellinos descansan en las escalinatas de tus mármoles.
Y van los caminos gateando hacia ti con mis brazos y rodillas.
Y es todo un cabalgar de claveles
sobre espigas inclinadas a tus oestes suspirantes.
Muy cerca, un aire ilusionista,
hasta el codo subidas las mangas del frac blanco,
de una copa de olivos atardeciendo verdes,
sacaba una paloma
que restañaba campos, ciudades, océanos, tu río, mi montaña
y aquel sueño polar de golondrinas.
Y todo porque acabo de recibir tu tarjeta postal
de diez alegrías de diamante
del año en que un estuche
recoge los segundos esponsales de nácar de una perla.

[26]

COMO TODOS LOS DÍAS

Clávate a mi silencio deshojado en la lluvia.
No me vengas con saltos de brisa en arboleda,
que yo no soy ya aquel remo que en tus manos se azulaba como una
[vena más

ni tú eres ya tampoco aquel cóncavo espejo que me empequeñecía
horas, corbatas, kilómetros cuadrados y horizontes.
No te conozco con esa luz que se cree iluminar otro tiempo,
que no tiene memoria de haberse consumido en una alcoba,
leve, levísima, madrugadora túnica
que se apagó en la lágrima que iba a despedirnos.
Déjame que repose en las hojas que caen de este instante de
[olvido
con ademán de almíbar a bordo de una abeja.
¿Cómo vas a creer que lucho por la patria
si crucifico bosques, corono de espinas los ríos,
si condeno a la hoguera pelotones de nieblas?
No me esperes acurrucada en el quicio de esa palabra
ni me pronuncies tus antiguas formas acentuadas con esdrújulas
[rosas,
que suenan a tormenta
bajo estos cielos que no podrán abrigarse en la intimidad de
[tus dársenas
y que incendian las cerillas del odio.
Preferible es que calles, que vivas tu amapola
y que siga llorando el ojo de cíclope del mar.

[27]

TIEMPO QUE SE DESPEÑA

No es la violeta apacible de la tristeza la que esmalta mis horas
ni estas fluyen como llanuras.
Aquí todo habla el lenguaje de ira del clavel escarlata,
de marmitas que hierven,
de bocas que mascan frenos irrompibles.
Y el tiempo salta,
tiene relinchos de potro salvaje
y se retuerce como una raíz.
Todo sucede a puñetazos, a desgarrones, a patadas, a gritos.
Tú misma emerges en cálidos borbotones amoratados
de tierras donde el insecto hembra del deseo
devora al macho que la fecunda.
Es la esfera armilar de la guerra
que hace trizas zodíacos de ciudades
y círculos de niños que juegan con soldados de plomo,
cuando la manzana podrida de la discordia
obstruye los oros comerciales
de continentes a la deriva.
Y ni siquiera a ti, pájaro mío,
te dejan la sombra de un árbol en que dormir.

[28]

DOCUMENTAL DE UNA AMAZONA

Atardece el obús con su escolta de sienes mordientes.
De un calendario cuelga
un
9
olvidado
como un aviador que hubiese abierto el paracaídas
sobre la llanura de un tiempo enemigo.
Y es esta hostilidad que me rodea
la que me va retoñando diente a diente,
más mía que mis manos,
tan tuya como un traje.
Soy meollo de incendio.
Y pasa la cinta de ametralladora del río
hacia la retaguardia
filmando una secuela ya casi adormecida en sus embudos,
después del cuerpo a cuerpo
de la piedra y del árbol contra los huracanes de las balas.
Esta hora me acerca a tus auroras asonantes
y te siento pasar a galope tendido
por mis sangres amartilladas.
Y el silencio a tu paso se me incorpora
con
el
silbo
de
una
serpiente.

[29]

YA TÚ ERES LA GUERRA

Un palio de calmas crujientes azucena tus pensativos campanarios
y obnubila tu trono de volcán al servicio de aluviones
[amedrentados
y tu desplome de las cotas de un sueño
sobre olorosas maderas de alcázares de amor furtivo.
En tu barranco te goza el sufrimiento de arriates de escorpiones
que se nublan en las madrugadas de un recuerdo de sauces
y se triunfan en un anhelo de inocular veneno a distancia
cuando esboza el deseo su espiral de brazadas florales
manteniendo el *statu quo* entre el ascua y el granizo,
la lumbre y el hielo
y nuestros bordes de seda y basalto.
A raudales se marchan los trenes de las horas por los rieles
[del viento

y el insomnio que se desangra por estrellas de mar.
La isla de tu soledad está colmada por las edificaciones de
[tus plenilunios
y de perillas que abren el armario de tus figuras de cera
que derriten la cercanía de tus ritmos salteados.
A todo trance se desvela la muchedumbre de blancos silencios
que rayan los escalofríos de tu piel
a lomo de estrías de capilares oriflamas.
Y todas las morbideces que se maduran en tu carne desplegada
[de trigos
no hace avanzar el paso del plomo que se imagina con alas
así como el llanto no se resigna a graduar los ángulos de una
[desesperanza.
Tu prólogo nevado desmiente tu epílogo de ígneas voracidades
y en cucaña por la voluntad abajo de un tiempo que fluye de ti
se matizan los oros que me recorren los atajos de la sed.
Y seguirán las devanaderas de un suceder de pino batiendo
[verdes aureolas
que codo contra ramas vigilan
la apendicitis de trincheras de unos campos de combate
que te conocen de verte huir en el uno blanco de mis pupilas,
que han visto pasar la ola de tu indolencia ululante
y estallar su bomba de espumas en los acantilados de mi sombra.
Y mucho más al sur de un bólido desengañado,
cerca del hambre de una llovizna con peineta de madroños,
se refugia en el hoyo de aire de un espejo
el gesto de un sol, un sol de espadas, la espada de un gesto,
que mide el área de un triángulo de temores
con la altura de un proyectil antiaéreo.
Ya ignoro qué verdad
puede remitir el caos de palabras que gesticula el odio.
De hierro, de cemento, de niños evacuados y disparadas hambres,
de todo lo que golpea duramente mi ámbito de rizos y de blondas
está atiborrada la rosa de tu cuerpo,
eclotándome sus corolas de furia en cámaras sensibles
donde labraba las piezas de celuloide de un castillo de paz.
Todo se ha hecho trizas. Hasta tú misma,
que has florecido la guerra de tus propias savias.

[30]

TRACA DE DEFORMACIONES

Pero yo no seré
el arco que despuebla los armiños del arpa que te pulsa.
Será alguna de las posibilidades caleidoscópicas
que me habitan la cabaña del riesgo,
la que en el umbral de tu bienvenida

suplantará esta verdad completa que hoy me afirma.
No sé cual de los mil y un rostros adoptará mi natural espejo.
Acaso, a oscuras en la niebla de mis ojos,
oiré cómo la luz patina
tus blanquísimos óxidos de huellas insepultas
por esas avenidas que zarpan de tu cuello
a rumorosos cantiles satinados.
Acaso veré, sumergido en algodones el mundo,
que el silbo de una flecha ensarta el trino de un pájaro.
O que será mi boca la heredera de mi brazo perdido
cuando hagan girar mis dientes conmutadores eléctricos.
O que la espina dorsal reptee una díscola S embriagada,
incapaz de concebir un idilio de vidas paralelas.
O que blasfeme el residuo de una margarita de combatientes
a quien se preguntó con un si...no de miembros destrozados
el éxito de la conquista de un olmo.
Y retrocederán las cepas más y más sus remolinos de nudos.
Y tus despavoridos gritos en llaga viva se asomarán a los
[balcones
pidiendo socorro a mares, a vientos, a montañas
y a niños que no hayan aún estrenado la tragedia de su carne
al ver la duela de mi cuerpo impostora del tonel de mi cuerpo,
la tubería rota de mis venas del árbol exultante de mis venas,
el brusco laberinto de mis nervios del sedante vaivén que los
[engolfa,
la rueda, de la fresa; la risa, del sepulcro; el amor, del
[bombardeo
y la ira de un papel de fumar, de un adiós asesinado por
[lágrimas.
Todo estará cifrado en claves de agudísimas espinas.
Y hablaremos a un cielo único con palabras distintas.
Y chirriarán sentimientos inarmónicos el frote de las ideas.
Y yo seré siempre la blasfemia corporal de tu lira de néctares.
Y no pudiendo ser los mismos
no se conjugará tu tiempo de rosa
con la ruina de mi pronombre personal.
Y es que la guerra seguirá anidando en el corazón de la paz
y todos tus latidos no podrán abatir la presencia de mis nieves,
mis inasaltables trincheras interiores
a pesar de cubrirlas mis olivos y zurearlas tus palomas.

ROMANCERO CAUTIVO

[1936-1940]

NOTA PRELIMINAR

Este Romancero cautivo *se compone de* Con el alma en un hilo, En el puño del recuerdo *y* Agenda de un prisionero.

Con el alma en un hilo *fue escrito en el campo de concentración de Villa Cisneros, salvo la última parte —«Luna nueva»— que redacté en Dakar, después de la evasión del desierto. El poema narra la odisea de 37 deportados, desde Santa Cruz de Tenerife a Río de Oro y la fuga final de los mismos a la entonces África Occidental Francesa, hoy República del Senegal. El éxodo se sitúa entre el 19 de agosto de 1936 y el 28 de marzo de 1937, día en que nos hicimos con el Fuerte Militar de aquella colonia, en colaboración con los soldados que en ella prestaban servicio, y nos apoderamos del buque Viera y Clavijo, que condujimos a Dakar. En un principio estos romances de la deportación se titularon* Con el puño en alto. *Pero al tener conocimiento posteriormente, ya en Valencia, de que se había editado en Francia un libro con el mismo título, opté por cambiarlo para evitar confusiones. El texto, tal como hoy ve la luz, fue salvado de los registros a que estábamos sometidos, merced a haberlo copiado, con un lápiz muy fino, en las hojas de un estuche de papel de fumar, al que había desconectado las páginas escritas, y al que llevaba siempre en el bolsillo como objeto de consumo. Gracias a tal procedimiento de ocultación pudo burlar la saña de los guardianes, considerándolo como un inocente útil de fumar.*

En el puño del recuerdo *data de 1940, siendo compuesto en la Prisión núm. 2 de Baza (Granada), sita en la iglesia de Los Dolores, habilitada como cárcel, y en cuyo camarín vacío de imágenes se nos autorizó reunirnos a cenar la Nochebuena de aquel año a los trece compañeros que realizábamos funciones auxiliares en aquella casa de oraciones convertida en mazmorra.*

Por último Agenda de un prisionero *lo escribí en la Prisión núm. 1 de Baza entre 1939 y 1940. Faltan algunos trozos que no he podido recuperar.*

P. G. C.

CON EL ALMA EN UN HILO

CUARTO CRECIENTE

I

De las prisiones flotantes
—mar dormida, cielo claro—
de Tenerife salieron
treinta y siete deportados.
Fue un diecinueve de agosto,
día de mi cumpleaños.
Luces de duelo y de tierra,
de la ciudad, de los barcos,
por el aire, sobre el agua,
tendían sus largos brazos.
En medio de la bahía
el trasbordo presenciaron
la luna del desconsuelo
y un pelotón de soldados.
En la tercera del «Viera»
uno tras otro, encerrados,
entre un río de fusiles
y un bosque de sobresaltos,
camino de Río de Oro
hacia Las Palmas zarparon.
Atrás quedó la familia,
quedó el amor desvelado.
Y todo el mundo fue llave
sobre los hombros amargos.
Azotea de mi casa,
calle alegre de mi barrio,
si el viento por mí pregunta
decid que voy desterrado.

II

Si brazos nos despidieron
también nos reciben brazos.
Anoche fueron las luces,
hoy los muelles despoblados.
Ni un pañuelo se estremece
sonriendo a nuestro paso.
Todo tiene la desnuda
dureza de los basaltos.
Entre uniformes sin alma
y un cielo redondo y bajo
va amaneciendo la angustia
de La Isleta en los picachos.
Alambradas, bayonetas
y oscuras voces de mando
tejen la tela de araña
donde sufren los forzados.
Hasta en la arena se enciende
el contraluz del espanto.
Una soledad sin fondo
nos va pasando la mano
por la frente, por las venas,
endureciendo los labios.
¡Campo de concentración
donde el tiempo se ha parado!
En un reloj de chabolas
seiscientos hombres sangrando.
Le dan cuerda dos sargentos
con cornetas y vergajos.
La flor de la chulería
abre el día a latigazos.
Los reptiles del insulto
silban aquí su fracaso
y el sordo pulmón del odio
respira por todo el campo.
Quema el aire, duele el sol
y las horas, chirriando,
van dejando en las espaldas
lenguajes amoratados.
Saludos de los amigos
con silencios apagados.
Aquí la voz se desliza
más baja que los vocablos.
Las cuatro son de la tarde
y regresamos al barco.
Nuestra escafandra de plomo
se rompió al salir del campo.
¡Hijos del alma! —nos grita,

en las esquinas del llanto,
una madre que nos siente
raíces de sus costados—.
La noche va ya cayendo
y a Fuerteventura vamos.
Un horizonte de sombra
se levanta a nuestro paso.

III

Quien te puso Puerto Cabras
no supo dar en el blanco.
Banderas, once banderas
fatigan el aire claro
y sus colas de azafrán,
insomnes en el espacio,
buscan la amputada aleta
cuadrangular del morado.
Por la tostada llanura
pasean con lomo tardo
movibles gibas de arena
y dunas de dromedarios.
Su sed la isla arrodilla
en la palma de la mano
y el agua la sed devuelve
hecha sal en nuestros labios.
Allá, en el muñón del muelle,
desembarcan los forzados.
El mar y los centinelas
—fiel la cuerda, duro el arco—.
Y la tierra es a los pies
lo que a unos ojos vendados.
Punta extrema de Canarias
que pisan los deportados.
Sobre su espaldar de piedra,
a pleno sol, almorzamos.
Y otra vez a la bodega
treinta y siete deportados.

Tiende sus alas de sombra
el pájaro del cansancio
y el sueño busca su nido
a la sombra de los párpados.
Afuera, todo está abierto.
Adentro, todo cerrado.
Y dentro y fuera, una aurora
nos espera rojeando.

IV

Chata amanece la costa
del continente africano

y a fuego lento la arena
se dora como un lagarto.
Bajo la jaima del día
Cabo Juby, recostado,
baraja las amarillas
letras de su abecedario,
a las puertas del desierto
y a orillas del mar salado,
mientras le cierne la luz
fina llovizna de mármol.
Con el fortín y las casas
están jugando a los dados
el agua con jaique azul
y el arenal calcinado.
Camellos juega la arena
y el agua juega balandros.
Para treinta y siete presos
—tanto monta, monta tanto—,
si todo el mar es desierto
o es desierto el mar rizado.
El mediodía florece
como un molusco bivalvo.
Y en sus espejos de nácar
mueve el recuerdo sus ramos
entre un norte de nostalgias
y un sur de vidrios descalzos.
Las islas tendrán ahora
gruesas arterias de llanto,
volcanes de ojos rebeldes
y valles de senos agrios.
La ausencia posa en los rostros
sus mariposas de raso
y a sus colores se asoman,
como a lúcidos ventanos,
paisajes que se suicidan
abriéndose los barrancos
ante una ola de flechas,
de espadas y de incensarios.
El imán de los recuerdos
orienta con su reclamo
pájaros con alas rotas
y con los ojos saltados.
Laberintos, galerías,
manantiales solitarios,
fluyen por el cauce roto
de cada prisma truncado.
Y está la espuma en el mar
florida como un naranjo.

Y fuga el aire sus velas
en sus transparentes saltos.
Y hay un telar de crespones
dentro del pecho girando.
Allá, a lo lejos, el sol
apaga su gran topacio
y la noche habla al oído
con la voz de los remansos.
—Dame tu palabra, noche,
para tenerla en la mano
y que el vacío me palpe
lleno de un hueco de algo.

V

El mar de las agonías
bate en los acantilados
que la isla de la espina
levanta en cada forzado.
¿Cuántas miradas su lomo,
y cuántos adioses blancos,
y cuántas lágrimas vivas
traerá a los deportados?
Azul ayer, azul hoy,
azules la sal y el llanto.
La piedra del optimismo,
azul, redondea el faro.
Azul al pie del romero
con el grillete azulado
de aguas que corren aprisa
sus destinos de cobalto.
Pasan las nubes, las horas,
colinas de hombres armados.
Pasa la melancolía
lloviendo rosas y astros.
Y va reflejando el mar
los pechos deshabitados
de todo azul. Las sirenas
entre hielos naufragaron
una mañana de julio
con dientes de leopardo.
Y hay un mar de olas adentro,
sin puertos ni meridianos,
donde un filo de cuchillos
graba tatuajes de agravios.
Río de Oro está a la vista
de rodillas sobre el llano.
Prende el mar su alfil de agua
del arenal en el flanco

y el desierto clava al mar
su alfil de arena al costado.
Y está en el medio la ría
y en medio de ella el poblado
con turbante de cal viva
y pies de azúcar quemado.
Otro puerto. La inquietud
despierta oscuros caballos
con orejas de mercurio
tensas a lo inesperado.
En la cubierta, uno a uno,
se despiden los forzados.
Unos siguen a La Agüera,
los otros aquí quedamos.
Duras, las bocas se aprietan
en la fusión de un abrazo
que a la mañana le rompe
el corazón en pedazos.
Nunca la pena calzó
tan charolados zapatos
ni silbó el viento en la duna
un tan desolado canto.
Adiós. Adiós. A pañuelos
juega el aire con los brazos.
Y un mar de arenas engulle
veintinueve deportados.

LUNA LLENA

I

¡Cómo llovieron sorpresas
el día del desembarco!
Juntad corzas, caracolas,
arcoiris, ojos zarcos,
arenas, islas, gaviotas,
gritos y troncos de álamo.
Mezclad un cielo de alfanjes
con mausoleos cifrados,
una pizca de laurel
y un avestruz disecado,
nieves de las altas nieves
y sal de sales abajo,
y veréis un corto muelle
como en el cristal de un mago.
Y sobre el muelle, en dos filas,
veintinueve deportados.
El oso polar del frío

navegaba el aire blanco
con velámenes de hielo
y tundras a cero grados.
Y éramos en la mañana
un puñado de guijarros
donde tiritaba armiños
el viento desmantelado.
Allí, en la rampa aterida,
tuvo lugar el traspaso.
Turbantes, jaiques, babuchas,
hombres de pimienta y clavo,
recogieron los proscriptos
del pelotón de soldados.
Dos orillas de fusiles
marcaban el cauce blando
del andar por las arenas
finísimas del verano.
Llameaban las chilabas
en azules candelabros
que al descubierto ponían
duras pupilas de cuarzo.
Las gumías retoñaban
sus medias lunas de mayo
en el balancín flexible
de ecuadores bronceados.
La tierra, echada en el suelo,
y el suelo, lento, manando
por el párpado dormido
del horizonte del llano.
En el confín amarillo,
lejos de todo contacto,
cuatro tiendas de campaña
nos estaban esperando.
Sus cuatro senos de lona
con sus arterias de esparto
daban erectos al viento
su pezón desconsolado.
Órdenes, órdenes ciegas,
órdenes a piedra y barro.
Por cada orden desviada
hay en potencia un disparo.
Cien ojos, millares de ojos
brotaban por todos lados
para no ver sino un cielo
con la piel de un toro bravo.
Y en esa piel una nube,
y en cada nube un calvario,
y en el calvario la luna
del sufrimiento aumentando.

La luna que corneaba
veintinueve deportados.

II

Siguió lloviendo sorpresas
el día del desembarco.
¡Qué clepsidra de martirios
aquel domingo temprano!
La serpiente del calor
hacía ondular el campo
tendido como una oblea
sobre un mantel arenado.
Dejó el viento de saltar
a piola los dromedarios
mientras caía el silencio
de las ramas de lo alto,
un silencio ya maduro,
redondo como un durazno,
que extendía en la llanura
sus terciopelos y rasos.
Era algo vivo. Se oía
correr la sangre en los vasos,
el gemir de las distancias
y el nadar de los pescados.
Por la pulpa del silencio
iban, hacia el hueso amargo,
picos, palas y azadones
a hombros de los forzados.
Amarilla era la luz
y el arenal calcinado.
Estábamos prisioneros
dentro de un hueco topacio.
Bajo una capa de arena
siglos dormía un estrato
de conchas y caracolas
con los iris apagados.
Y el pico lo despertaba
sus costillares cavando.
Y de pronto, en la mañana,
puntiagudos, se alargaron
la sombra blanca del miedo
y el cuervo de los presagios.
«Estáis abriendo la fosa
donde seréis enterrados».
La muerte, allí, tan cercana
que eran suyas nuestras manos.

La muerte, allí, entre montones
de amores fosilizados.
La muerte, echada de bruces
sobre huidos océanos
que olvidaron en su fuga
los fondos petrificados.
Se fue espesando el silencio
como un almíbar dorado.
Y allá por el mediodía
siguen los picos cavando
al compás con la creciente
luna lunera de mármol.

III

¡Ay agua, cómo cayeron
los cerdos sobre tus nardos!
Ya no enhebrarás collares
de piedras por los barrancos
ni bordarás tus deseos
en el cojín de los lagos.
La serpiente de tu cola
no se enroscará en los charcos
ni tus muslos torcerán
laberintos ni meandros.
Todo, todo lo perdiste
en plena flor del verano.
Un mediodía de moros
vestidos de azul y blanco
a tu cuerpo de cristal
dieron martirios de barro
en un pellejo de cabra
con intención de gusanos.
Cómo mordía la arena
tus transparentes ovarios,
y tu conciencia de vidrio,
y el azogue de tus brazos.
Cuánta pena daba el verte,
toda herida y toda llanto,
cuando a la tarde inclinada
regresaron del trabajo
en hormiguero de sed
veintinueve deportados.
Con tu soledad de bruces,
huérfana de todo halago,
eras el perro sarnoso
de la caseta del diablo.
Y aunque la sed rojeaba

mordidas crestas de gallo,
latía bajo sus ascuas
un corazón tan humano
que por no sufrir tu suerte
se suicidó en nuestros labios.
También era sed tu sueño
de ser nube en el espacio
y destilarte con hebras
de tu propio cañamazo
una nueva cabellera
en el telar de un chubasco.
El agua presa. La mira
la esponja seca del llano
cual si la arena cubriese
la tendida piel de un fauno.
El agua en ruinas soñaba
entre cuerpos fatigados
con yedras de celuloide
sobre castillos opacos.
El agua, turbia, sin voz
y sin diamantino rango.
El agua sin el verdor
del apellido de un árbol.
Tu exilio era nuestro exilio
y tu llanto nuestro llanto.
Lo mismo a ti que a nosotros
los hombres nos deslunaron.

IV

Sobre la arena se tiende
la gran ruleta del llano
y por su tez amarilla
rueda el viento despeinado.
También el desierto tiene
su red de arterias, su raudo
sistema de aortas blancas
y su corazón de salmos.
Y aunque la arena palpite
bajo el sol con pulso rápido,
el piramidón del viento
le corta sus arrebatos.
Pero llegó el tiempo sur
y segó el cuello del diálogo.
Y de tu sien te caíste
como un globo desinflado.
Adiós, adiós tus columpios,
tus carambolas y saltos,

tu circo, tus mil timones,
tus barbas en desamparo.
Adiós tus minas de azogue,
tus hombros alabeados,
tu sombrero de medusa
y tus pañuelos de talco.
Igual que un sarmiento ardía
tu perfil precipitado.
En los bordes de la asfixia
trabajaban los forzados
abriendo una carretera
sobre la frente del campo.
Ausentes, semidesnudos,
oscilaban como tallos
de un tórrido invernadero
ensombrecido de esclavos.
Hervía la luz y en ella,
alas, plumas, vuelo y canto,
bajo el soplete del sol
se desoldaban los pájaros,
buscando el tronco de sombra
que daban los deportados.
Tan sólo el tabú rompían
de acercarse a nuestro lado
la viva muerte de aquellas
salpicaduras de ícaros.
Empollaba la llanura
del espejismo los lagos
con sus pestañas de juncos
bordeando los ribazos.
Y como ciudad lacustre
suspensa de un sueño vago,
en el espectro del agua
sus pies hundía el poblado.
Imperios muertos de sed
circulaban por los labios
carbonizando palabras
y derritiendo basaltos.
Y vimos cómo los cuerpos
hasta la mar se alargaron
con el latente deseo
de ser témpanos nevados.
Aquella noche el desierto
envidió a los ahogados.

V

Esta mañana llegó
la noticia como un rayo.
Al pobre Francisco Sosa

sin dar cuartel fusilaron
a la hora en que se apagan
las estrellas y los faros.
Desde aquí se oyó tu muerte
y los gritos desgarrados
de las calles al taparse
los oídos con las manos.
Cayó contigo la escuadra
que venía navegando,
tras la concha de tu frente,
día y noche a libertarnos.
La brújula de tu pecho
dio su rumbo a los disparos
y un abanico de plomo
destrozó tu almitazgo.
Tú limitabas al norte
con delirios proletarios.
Al sur, con las injusticias.
Al este, con desencantos.
Y al oeste, con un cielo
de cabellos y de abrazos.
Y todo se hundió en los filos
de un amanecer aciago.
Fue a las seis de la mañana.
Todas las piedras del patio
marcaron la hora exacta
de tu corazón parado.
Tallos, raíces calientes
de enardecidos cinabrios
germinaron de las balas
con que tu cuerpo sembraron.
Por el suelo sesteaban
lentos alfaques delgados.
La sombra que proyectabas
se equilibró a tu tamaño
igual que se cuaja el aire
en el sueño congelado
de los espejos, que son
su imagen yerta y su osario.
Y en el cajón de los muertos
a enterrar se la llevaron,
rígida ya y sin vaivenes
como el instinto de un astro.
Así cayó para siempre
uno de los deportados.
Ya no vendrán, no vendrán
tus barcos a liberarnos.
Tras el cantil de tu frente
murieron los océanos.

Ay pobre Francisco Sosa
en las islas fusilado
a la hora en que se apagan
las estrellas y los faros.
Las amapolas te enciendan
sus recuerdos encarnados.

CUARTO MENGUANTE

I

La madrugada subía
por los últimos peldaños
cuando tiró el centinela
la dura piedra de un alto.
Como una mujer desnuda
sobre la copa de un árbol
la noche se maduraba
con savias de sombra y raso.
Estaba arriba, en las sienes
del Camino de Santiago,
bebiendo constelaciones
en la concha de la mano.
Estaba abajo, en las selvas
petrificadas del llanto,
desanudando los ríos
de un nadir de deportados.
Estaba allí, a la derecha
de un sueño de dromedarios,
muy cerca de donde nacen
arquitecturas de mármol.
El silencio apacentaba
sus zafiros toros mansos,
las jofainas del olvido
y las velas del ensalmo.
Y de pronto, el cabo guardia
abrió al silencio los labios
de una guzla, fumarola
de sonoros fuegos fatuos.
El desierto se encogía,
iba su lomo ondulando
a una cita de serpientes
en un vértice afilado.
Y era la guzla alambique
donde se iba destilando
la noche —mujer desnuda
sobre la copa de un árbol—.
Cayó roto el aro verde
de sus ojeras, los saltos

de sus senos en la nieve
de una asamblea de nardos,
su primavera de muslos
y sus cabellos de sándalo.
Y poco a poco surgían
palmeras, ojivas, arcos,
minaretes y nostalgias
en bloques de agua labrados.
Y eran dientes los sonidos,
y alhambras los ojos claros,
y mezquitas los perfumes,
y oasis los pies lejanos.
Y era un rumor de botellas,
y era un quebrarse de vasos
en mates vuelos de abejas
y almendros cristalizados.
La guzla fue lentamente
su surtidor apagando
y otra vez volvió el desierto
a dormirse sobre el llano.
El centinela siguió
pespunteando sus pasos
mientras que una turbia niebla
envolvía en su sudario
escombros de melodías
y torres de lodo blanco.

LUNA NUEVA

I

Y vino al fin de puntillas
el momento deseado
igual que una fecha roja
en un negro calendario.
Tú te acordarás, Sahara,
si es que a ti también el fascio
no te fusiló las dunas
o te concentró en un campo.
En el allá de la arena
se acostó el fuerte temprano,
su sien repleta de lobos
y los bolsillos de esclavos.
Y en un allí de chabolas
colgado del mes de marzo
la evasión, que maduraba
con sangre de deportados.
Y llegó la medianoche
con un fusil en la mano.

De las tiendas de campaña
nervios de metal brotaron
poniendo en pie libertados
y sueños aherrojados.
Los soldados y nosotros,
como labios contra labios,
sorbíamos la aventura
de luz y de zumos agrios.
Y eran los pechos trincheras
que avanzaban por el llano
con retiemblos de cristal
y escalofríos de mármol.
Sonaban sordos tambores
y un lento tirar de garfios
adentro, abajo, en lo hondo
de interiores subterráneos.
Nos andaban los instintos,
piedra y cartón, al asalto:
blanco y hielo de la angustia,
estímulo de venablos.
Puños de sangre caliente
en el Fuerte golpearon
con la sed y las cadenas
de los trabajos forzados.
Tú por llegar el primero,
ay camarada soldado,
la luna negra del odio
te atravesó con su dardo.
Y mientras tú te vaciabas
por los corredores largos,
llenando de sus silencios
tus cántaros dionisiacos,
el Fuerte todo respira
secos aires proletarios,
y late con nuestras venas,
y amanece en nuestros brazos.
Aún con sueño en los ojos
nos ve cruzar el poblado,
río de acero en la ría,
flecha escapada del arco.
En el azul, a lo lejos,
trompo en el sol, está el barco
que asaltó nuestra vanguardia
con los mástiles en alto.
Y después, la mar abierta.
Y en el puente, vigilando,
la ametralladora mira
desdoblarse al océano
con sus ciudades de espuma

sin cárceles ni rosarios.
Y al calor de los fusiles
tripulantes y soldados
van moldeando una aurora
por aguas del mar abajo.
Y la bandera española
vuelve a tener su morado.
Dakar, orilla caliente,
ceja negra, firme trazo,
arranca al fin los grilletes
de veintitrés deportados.

EN EL PUÑO DEL RECUERDO *

El camarín de la noche
guarda un puñado de amigos.
No creáis que se divierten:
están celebrando un rito.
Hay muchas vidas descalzas,
muchas estrellas con frío,
muchas voces que nos hablan
con la lengua de un cuchillo,
la gran mano de la ausencia
llena de nidos vacíos
y muchas sonrisas muertas
ya sobre labios dormidos.
En la presión de la noche
todos parecemos filtros
de pensamientos lejanos
y de amores desvalidos.
Nos oímos por las venas
cruzar un llanto de niños,
latir angustias distantes
y hacerse el recuerdo vino.
Nochebuena entre barrotes,
cerrada como un castillo
que proyectara su sombra
con un gesto pensativo,
tú vivirás en nosotros
por encima del olvido.

* Prisión n.° 2 de Baza, Nochebuena de 1940.
Asistimos a la cena: José Garrido, I. Plaza, Francisco Jiménez, Francisco Castillo, Avelino Hornos, Gregorio Sánchez, Antonio Tortosa, Manuel Galán, Rafael Sánchez, E. José Vicente, Francisco Pérez, Andrés Fernández y Pedro García Cabrera. 13 en total. Número supersticioso para muchos andaluces. Pero no para nosotros que veíamos la cara de nuestra muerte diariamente. *[N. del Autor.]*

AGENDA DE UN PRISIONERO

I

PRIMAVERA EN TINIEBLAS

Y amaneció la posguerra
descabellando luceros.
Nadie la creyó cautiva
de un crepúsculo de gestos
ni quiso saberla nadie
empuñadura de acero.
La frente pensó del agua
que llegaría batiendo
con palomas mensajeras
el ala libre del cielo.
Pensamos el agua y yo:
dos palpitantes espejos
en cuyos fondos temblaban
los olivos del silencio.
Los ayer toros de lidia,
los toros bravos del fuego,
mugiendo por los caminos
y liberando los pueblos,
fueron del alba desnuda
los desmandados cabestros
que rumiaban de esperanza
dianas floridas de almendros.
Pero cruzaron los días
con un áspid en los senos,
un llanto de calabozos
y un acerico de trenos.
Las valvas de la ternura

BIBLIOTECA GENERAL

cerradas permanecieron.
¿Dónde, dónde los refugios
de cálidos terciopelos?
Sin retoñar hojas verdes
los horizontes siguieron.
De tu ilusión, larga cola
de un bizarro romancero,
sólo te restan las huellas
de un epitafio de sueños
embalsado en la mejilla
transparente del recuerdo.
A mí también me sollozas
coronas de crisantemos.
Y me miras y te miro,
lágrimas de un mismo duelo,
salmos de hiel y vinagre,
panales de un avispero.
Las antiguas golondrinas
las picotean los cuervos.
En las venas se me ahondan
los cristales del encierro
y volutas de corales
sostienen mi cautiverio.
El entredós de las horas
bordaremos con denuedo
aunque la sombra anochezca
en la gruta de mi cuerpo.

II

MARTIRIO DE PANTALONES

Ay raya del pantalón,
angustia de mi reflejo.
Tu filo ayer de cuchillo.
tu tajo sin titubeos,
la flecha de tu caída
sin barrocos arabescos,
recta como una mirada
puesta de pie en un trapecio,
caminando por los puntos
de un vertical hormiguero.
Ay raya del pantalón,
hoy elegía de un preso.
Florete ayer invencible
donde se cortaba el viento
su peregrinar de sedas
y el motín de sus cabellos.

Hoy lleno de amelladuras,
fintas y caracoleos,
llanto de biseles rotos
en los ojos del lamento.
Con tu zig-zags melancólico
de acordeón marinero
navegas de la nostalgia
los múltiples hemisferios
y se alborotan contigo
mis leones soñolientos
ya cansados de rugir
jaulas y desfiladeros.
Y se te pierde tu cauce
por atajos y barbechos
trenzando deltas de olvido
en bosques de sufrimientos.
Y te astillas y te quiebras
dispersa por los senderos
que fueron lona plomada
sin dobleces de pañuelo.
Ay, laberinto de arrugas,
espiga de mi desvelo.
Ay raya que me suspiras
el calambre de mi vuelo.

III

LA HERNIA DE LA DERROTA

Las cuerdas de una guitarra
me rasguean en el pecho
barrotes crucificados
sobre colinas de hielo.
En una larga sonata
que me llueve sangre adentro
torvos reptiles de sombra
y limaduras de hierro.
Están en ellas tremando
escalofríos y miedos,
órbitas y pulsaciones
de amores que ya se han muerto
y retoños de esperanzas
a mis cenizas injertos.
Una mano me deshoja
de allá, de mares muy lejos,
no sé si espinas, caricias
o la V de sus dedos.
En mi dolor sincopado
de garras, ternura y duelo,

la incertidumbre derrama
su cubilete de insectos.
Velámenes de temores
y timoneles suspensos
cruzan su enigma de brazos
en la espera de mis puertos.
Y en estas vivas tinieblas
me están sin pausa doliendo
los racimos que maduran
las savias de los afectos,
y los latidos del hambre,
y el más leve movimiento
de puñal en la penumbra
confusa de los recelos.
Me punzan, me desazonan
tantos aguajes guerreros,
tantos paraísos rotos,
tantas moradas de fuego.
El aire de la derrota
en cada quisque es un gesto
que acantila el egoísmo
de vender el pensamiento,
los cariños más azules
y las brújulas del beso.
Hasta por tomar el sol
se quiere cobrar dinero.
Y una guitarra prosigue
rasgueándome en silencio
barrotes crucificados
bajo la piedra del cielo.
Te juro, bala de plomo,
que en ti sólo está lo cierto.
Mas no saldrán, no saldrán
mis sándalos a tu encuentro.
Me estoy buscando un paisaje
con una corza durmiendo.

IV

SUICIDIO

Le llamaban «Pajarito»
y se voló a los luceros.
La oscura flor del castigo
con sus pétalos sangrientos
espejeaba amapolas
en sus trigales morenos.
Y entre un azul de campanas

quitó su dolor de en medio.
Desde arriba, desde el alto
lirio morado del riesgo,
como un botón que se salta
en el ojal de un chaleco,
se liberó de sí mismo
abrazado a su tormento.
Y fue un pedrusco caído
en un estanque blasfemo
que desvaneció sus ondas
en las orillas de un cero.
De las conchas del oído
en voz baja le nacieron
lenguas de claveles rotos
y cabezas de jilguero.
Resonó lúgubremente
su espalda de violoncelo,
donde violetas, corales
y ascuas de odio escribieron
un abc de alaridos
y miniados escalpelos.
El aire del mediodía
lamíale con sus perros
una estatua de glaciares
e interiores ventisqueros.
Y en la página del patio
fue el punto final grotesco
del signo de admiración
de la torreta del templo.
Que el responso del olvido
no halle descanso en tus huesos.

V

LA MISIVA DE LA MUERTE

Con pausa de mes y medio
al pantano de la espera
se asoma el primer correo.
Y era el pantano una frente
que pensaba retrocesos
de ideas de miel marchitas
en la culata del tiempo.
La emoción tensaba el aire
con mejilla de pandero
y un sostenido redoble
nos levantaba del suelo.
Lluvia de cejas fugaces,

islotes de ojos despiertos,
retazos de callejuelas
que adiós un día plañeron,
voces que claman en pie
mesándose los cabellos,
brazos, labios y amapolas
en la distancia entreabiertos,
toda una esfera armilar
de zodiacales recuerdos,
meridianos de ternura
y expectantes paralelos,
se dieron cita de abejas
en el desván de los ecos.
Con su mensaje afectivo
aleteando en los dedos
cada uno se refugia
en un mutismo estratégico.
Y sobre su ola redonda
estamos todos latiendo
de la alegría en el atrio
y del temor en los médanos.
Somos flechas disparadas
del arco del pensamiento
que salvamos en un brinco
tres años de sangre y fuego.
Y esta frágil catacumba
donde las horas contengo
de súbito se oscurece
de aullidos lastimeros.
¡Cuántas agudas piteras
alanceando a lo lejos!
¡Y cuánto, Dios, has nevado
por los ausentes senderos!
La gran mejilla del aire
se ha desgarrado en un trueno
y los tambores barrenan
un alboroto de anzuelos.
Con sus filos de puñales
y letras de sauces muertos,
a nuestros días cerrados
se acercó el primer correo.
Y aún su espiral de angustia
no me levanta el asedio.

VI

ALFOMBRA MÁGICA

Por la madrugada arriba
el pasillo está durmiendo.

La blanca estrella del frío
profundiza bajo el techo
tal hondura de algodones
que la noche suena a hueco.
Todo es un charco mental
clarificado de cieno
que se anega del reposo
en el pensativo espectro.
Y es una pista sin nudos
y de homenajes angélicos
donde se escucha flotar
la mano inmóvil del tiempo.
En este clima inefable,
calmo nirvana sin sexo,
se ausentan las sulfataras
que amarillean infiernos,
el aguijón de la espina
y las muecas del veneno.
Han de venir de las calles
transeúntes del incendio
alertas de centinelas
y fusiles al acecho
que alarmen rayos de luna
sobre un remanso de presos.
Han de llegar desde afuera
los lívidos centelleos
de un resquemor de zarzales
con espolones siniestros,
de cuchillas afilando
rencores siempre despiertos,
la furia de los sayones
y las cruces del desprecio.
Han de llegar. Pero ahora
el pasillo está durmiendo
con un sueño de cautivos
derramado por el suelo.
En un corredor igual
y en avatares idénticos
el manso pan de los mitos
debe tender en su adentro
la fuente azul de la carne
y el vino de los misterios.
Han de llegar. Pero ahora
sigue el pasillo durmiendo.
Contra el mal de la zozobra
es la noche un amuleto.

VII

DESCARTES PARA LA MUERTE

Como cartas de baraja
están formados los presos.
Vienen pasando revista
hombres vestidos de negro
que traen un as de espadas
atravesado en el ceño
y una escalera de bastos
subiendo a su pensamiento.
Buscan descartar las filas
de nuestros oros risueños
con un acíbar en copas
de sombríos tintineos.
Si se plantan ante ti
y señalan con el dedo
tu vertical medirá
la nieve de un signo menos.
Contra su jaque de alfiles
no hay enroques halagüeños.
Es la inquietud quien preside
estos mudos parlamentos
en cuyos grises escaños
se desmelenan los retos
de la venganza que ansía
saldar escollos de reos.
A cualquier hora del día
se repite el mismo juego.
Surge leve la pesquisa
de puntillas sobre fieltros
y rechinan las ganzúas
cumpliendo su ministerio.
La misma sombra se mueve
con un vaivén de sabueso,
ya medio desengrudada
de la intimidad del cuerpo.
Y va girando la noria
con sus cangilones llenos
de los vidrios del agravio
y agudos resentimientos.
Ay de ti si te simulan
guarida de bandolero
o te creyeran bengala
de algún pálido cortejo.
Tendrás que decirle adiós
a la camisa y al cuello.

Y hasta a nuestros propios piojos
retorcerán el pescuezo.

VIII

ROPA COLOR DE SUPLICIO

El ay de la ropa blanca
más que gemir por los suelos
me desgarra la calina
en que flota el sentimiento.
Y se me entra por los ojos
con sus arrugados cielos
de calamares oscuros
y nubarrones inciertos.
No importa que los jabones
te sometan a tormento
ni te avecinen mis manos
los armiños del esfuerzo.
Siempre color de garbanzo
y un vago son de oro viejo
como conciencia empañada
de graves remordimientos.
Y aunque mi saña te amase
no logra arrancar el dejo
de la palidez marchita
que te separa del hielo.
Contigo sufro el destino
de bullones macilentos
y tu otoño de tristeza
apaga mis pebeteros.
Y es tu faz lento sollozo
y tus sietes son lamentos
que salpican los afanes
de las yemas de mis dedos.
Con qué redonda sorpresa
me estanca el descubrimiento
de esas lagunas de aire
donde se ahoga mi empeño
de cerrar tus comisuras
con el vampiro de un beso.
Mis puntos y costurones
de cirujano inexperto
te llenan de cicatrices,
zi-zags y garabateos.
Y tu piel descorazona
el *puzzle* de los remiendos,
que a bordadas zanquilargas
se escoran a sotavento

de los agrios arrecifes
donde sin timón navego.
Y cuando creo domada
la criba de tu universo,
me desalientan de pronto
en la tarde de tus lienzos,
los caracoles vacíos
de un enjambre de agujeros.
Y mi aguja se abandona
a tus delirios sin freno
mientras le enjugo la hebra
que llora su ojo de acero.

IX

AÑO NUEVO ENTRE BARROTES

Sobre el caballo de Atila
—sueltas las bridas al cuello
y galopando ilusiones—
ha llegado el Año Nuevo.
Una manada de lobos
viene azotando sus remos.
Los lobos con que los hombres
han caldeado el invierno.
Piafaban en sus ijares
charoles calenturientos
y un penacho de neblina
humedecía sus belfos.
Crinado de sangre y luto
iniciaba su trayecto,
devanando las arterias
en la rueca de un allegro.
Lo oíamos balbucir
junto a montones de muertos
y relinchar en la noche
trágicos fusilamientos.
Pero con guata de olvido
nos acolchamos el pecho
y con látigos de júbilo
le salimos al encuentro.
En jocunda algarabía
desfilábamos los presos,
arrastrando las cadenas
de aposento en aposento.
No era aquella zarabanda
ni una broma ni un festejo.
Era un rito que se abría
en la túnica de enero

como una amistad caliente
desbordada de aleteos.
Cuando pasó a nuestro lado,
brida suelta, largo cuello
y galopando ilusiones,
llevaba un casco deshecho.
E izamos de la alegría
los caídos masteleros,
saltando a piola de rosas
los insomnes parapetos
que al final emparedaban
las furias del año viejo.
Aquella noche volvimos
a cruzar prados libertos,
jinetes sobre el galope
tendido de nuestros sueños.

X

ESPONSALES SIN NUPCIAS

Esta mañana la cárcel
ha gustado un caramelo.
Fue una gotita de miel
sobre panales acerbos.
Azorada como azogue
en un estuario de ébano,
llegó con el paso alado
de golondrina en alero.
El velo que la esfumaba
tenía un temblor de sexo
arrullándose en la viva
rosa trémula de un trémolo.
Allí, a la sombra de mármol
que aplastaba con su peso,
en la celda sorprendida,
se salmodió al casamiento.
Todo insinuaba la espesa
amargura del ajenjo:
el capellán y las luces,
los padrinos y el tintero.
Los cirios se condolían
en luminosos siseos
de aquella estampa sin alas,
medio caída en un cepo.
Hubo un rumor de hojas secas
cuando ella dijo «te quiero».
Por él contestó la vena
más florida de su huerto.

Y mientras el aire sordo
abría su gran bostezo
y el sacerdote doblaba
vestiduras y preceptos,
una silla, en un rincón,
cobró intimidad de lecho.
Las palabras se licuaron
en opacos cuchicheos
de hiedras humedecidas
trepando labios sedientos.
Un cañamazo de rejas
sus manos entretejieron.
Sólo ellas se desposaron
en sus latidos concretos.
Y en aquel frío vetusto
de cripta de monasterio,
se miraron largamente
y después se sonrieron.
Y ella se marchó soñando
con paraísos inéditos
y él se detuvo en la linde
de sus días prisioneros.
Afuera, sobre los hombros
alabeados del cielo,
las palomas rubricaban
sus amores en el viento.
Y eran blanca despedida
los adioses de sus vuelos.

XI
MATAN EL CAMPO A UN PASTOR

Cuando entró por el rastrillo
del grave establecimiento
traía oliendo su sombra
a tomillares y espliego.
Sus cuarenta y siete años
nunca encerrado lo vieron.
Sólo ahora encanecían
al sentirlo prisionero.
Y sus minutos silvestres
en aquel recinto estrecho
tenían filos y astillas
de hachazos en un madero.
Siempre estaba de la puerta
tras un suspiro entreabierto
cual si estuviese mirando
por mágico catalejo.

Presentía ver las risas
de sus dos hijos gemelos
y los rebaños de ovejas
almidonando los cerros.
Sus caramillos de sangre
atisbaban en su puesto
de cazador de murmullos
ahuyentadores del tedio.
Y en una turbia mañana
que se enarcaba a destiempo,
un relámpago furtivo
quemó sus ojos abiertos.
Fue un disparo de fusil
que con su bronco desprecio
de pólvora sin entrañas
y ofrendas de desafueros,
ensangrentó en la intuitiva
pantalla de su cerebro
el espejismo de risas
de sus dos hijos gemelos,
las ovejas de la magia
almidonando los cerros
y la ojera de las tardes
declavada de vencejos.
Al fondo de sus pupilas
dos estanques lastimeros
aullaban ahogados
en una noche de cuervos.
Y entre vagidos de estrellas
recitando iría al cierzo
por olivos y vaguadas,
largos romances de ciego.
Sus cuarenta y siete años
fueron sauces verdinegros
que detrás de su dolor
daban escolta a su entierro.
Y dejó de oler su sombra
a tomillares y espliego.

XII

EL FANTASMA DE LOS BULOS

Aunque fosos de tristeza
a las sienes pongan cerco
y cierren mares de angustia
interiores archipiélagos.
Aunque sea cada hora
muralla de aislamiento
y alce púas y cerrojos

el candado del asedio.
Aunque envenenen las aguas
de más nítido abolengo
y guarden a plomo y barro
pensativos azulejos,
no habrá oasis que madure
sus palmas en el desierto
ni polo sur que patine
sobre nevados secretos,
que no burlen las consignas
para su almíbar tendernos.
Aquí se sabe la hora
de imaginarios relevos,
en qué instante el caracol
emergerá de sus cuernos,
el país en que los hombres
llevan una estrella dentro
y cómo deben dormir
la serpiente y el mochuelo.
Sólo se ignora que somos
manzanas de un mismo cesto,
cuentas de un mismo calvario,
letras de un hosco alfabeto.
Y aunque se digan palabras
que suenan a compañeros
la amistad no se descalza
la reserva de sus zuecos
ante las iras de cuarzo
que laceran el terreno.
Pero seguirán llegando
los más variados sucesos.
Que al pie de un rosal de nubes
se ha encontrado un cementerio
de mariposas doradas
en frentes de guerrilleros.
Que en una playa remota
yace encallado un torpedo
donde llevan las gaviotas
a malmorir sus polluelos.
Que las flores de la dicha
son como labios bermejos
y sus frutos tienen toda
la redondez de los senos.
Y que una aurora pervive
entre montañas de presos.

XIII

ORFEBRES DE SUS QUERENCIAS

La prisión se gusanea
de argentados golpeteos
y urden lianas cristalinas
sonoros bosques frenéticos,
que se abrirán en la tarde
de violetas terciopelos
al compás de una eclosión
de anillos y de luceros.
Mas estas horas nacientes
tiemblan rodelas y yelmos
y deshacen sus martillos
sobre el yunque de los ecos.
Son las monedas de plata
que se están amaneciendo
en gotas de aire dormido
con un dogal en el cuello.
Sus lunas van levantando
circulares campamentos
y por cerrados caminos
despliegan albos rodeos
para ceñirse a sí mismas
con un abrazo perfecto.
Poco a poco, bajo su ala
redonda, van escondiendo
las fechas, las iniciales,
sus espigas de centeno,
los cuarteles de nostalgias
y sus perfiles escuetos.
Y así, su ayer se convierte
en un hoy de mausoleo,
imagen rota y continua
de un acontecer adverso.
Después rodarán ternuras
sobre sus arcos bohemios
por los vértices distantes
donde se anillan los pueblos.
Y sus pulidas arterias
florecerán los recuerdos
de nomeolvides azules
en el latir de unos dedos
que esperan, casi llorando,
la alegría del regreso.
Y el amor será suspiro
y el anillo ausente beso.

XIV

ENTRE LA FUGA Y EL MURO

Los amigos de Jaén
eran un todo homogéneo.
Su firmeza fue cortada
de un sólo tajo de cedro.
Surgían de una sonrisa
de vida clara, en el centro
de su surtidor de penumbras.
Y hablaban con el acento
de paisajes combatidos
por rachas de sangre y fuego.
De su intimidad sin motas
se miraban al espejo
y veían en su luna
el árbol de su esqueleto.
De tanto y tanto mirarlo
encarnaron su reflejo.
Y en voz baja se llenaron
de pájaros insurrectos
que destrozaron sus plumas
contra jaulones y cepos.
La dentellada del alba
puso fin a su proyecto
de abrir una brecha de oro
en la caverna del trueno.
Por albergar tanto soles
en encinares quiméricos,
por convencer a la espina
de que trocara en cerezos
el puerco espín de las zarzas,
fue su muerte digna de ellos.
Yo no sé si pondrían
en el bolsillo el pañuelo,
el cinturón y la sombra
en aquel trance postrero.
Pero si sé que llevaban
el corazón en su puesto,
la rebeldía en su sitio
y el amor en su joyero.
Y se apretó la tenaza.
Sus ademanes fraternos
si amanecieron en Tauro
en ceniza atardecieron.
Paz a sus carros blindados,
a sus vivos rascacielos
de manantiales dormidos

y a los folios del proceso.
Paz también a los gusanos
que hayan de poblar sus huesos.

XV

GITANO ARDIENDO EN SU LEY

En la celda más oscura
destaca el gitano enfermo.
Toda la noche pasada
la ha rebasado pidiendo
entrañas de grajo blanco,
miel de flores de romero
y un trébol de cinco hojas
que ocultaba en el chambergo.
Gitano de buena ley,
gitano mondo y derecho,
que le robaría al alba
su diadema de luceros.
En su manta de colores
moldeaba un camafeo.
Sonaba a bronce su rostro
y su perfil aguileño.
Y tenía en la mirada
un negro polo magnético
que atraía con sus luces
las pestañas de lo ajeno.
La guerra fue para él
una zambra de embeleso:
¡tres años sin que la Guardia
Civil charolara el pueblo!
Los cortijos y majadas
todos los días lo vieron,
en un caballo arrogante,
cortar las crines del viento.
Caballo que persiguiera
en otros lejanos tiempos,
la ralea de los suyos
por trochas y vericuetos.
Cuán dulce clavar la espuela
en los ijares soberbios
que hacían volar tricornios
tras de un ayer de jamelgos.
Qué emoción la de empuñar
aquellas bridas de cuero
con una G y una C
graznando y casi gimiendo.
Era majo y receloso

como un picacho en deshielo.
Por una moza de sangre
se jugaría el pellejo.
Pero que no le mentasen
el derramar de un tintero
ni la herradura de un martes
ni el músculo de un culebro.
Se cansaría su faca
de herir a diestro y siniestro.
El corazón de los trigos,
la Biblia y el Evangelio.
En la celda más sombría
sigue el gitanillo enfermo
con los ojos escalfados
de flores de invernadero.
Y está volviendo a pedir
miel de flores de romero,
entrañas de grajo blanco
y las alas de un murciélago.
Con estos tres ingredientes
y un conjuro de hechicero
dicho tres veces seguidas
quedaría sano y bueno.
Pero con una excepción:
que el trece no salga al ruedo.

XVI

PARTIDA DE DOMINÓ

«Pata Perro» y el «Vedija»,
«Choto Triste» y «Malos Pelos»
se están jugando un cigarro
y la ración de pan negro.
El dominó es de cartón.
Los jugadores, hollejos
de esas naranjas que crían
los agrios del desenfreno.
Y van surgiendo las fichas
maniatadas a su gesto.
El tres uno, con su paso
ladeado de cangrejo.
El cinco blanca, un cometa
con cabellera de hielo.
La anemia del blanca uno
y el cinco seis opulento.
La desgracia del dos tres
con su nariz de podenco.
Y la gran noche de lobos

del doble seis agorero.
La partida se abroquela
en alcaloides goyescos
y la trifulca descubre
sus circuitos y magnetos.
Duerme una morsa nupcial
del doble blanca en el témpano
mientras la ronda el pingüino
del uno cuatro en silencio.
Y comienzan a estallar
los cohetes del denuesto.
Al doble dos, la balanza
que pesa los desaciertos,
le ahorcaron los platillos
en manos de «Pata Perro».
La pelota, en el tejado,
esquiva a los cancerberos
y más que caer, quisiera
ganar la grupa del cielo.
El cinco tres veleidoso
se ha sentido panadero
y diez tantos de una hornada
le ha dorado a «Malos Pelos».
Pero el triunfo es un espino
y quien intente cogerlo
se ha de desollar el pan,
los cigarros y los dedos.
El gato de la prisión
—un ovillo amarillento
devanado en un topacio—
está sin duda intuyendo
que una guerra no se acaba
aunque le afeiten los cuernos.

XVII

EROS ENTRA EN LA PRISIÓN

El caserón se engalana
de varoniles destellos,
entregándose a una fiesta
de piropos y requiebros.
Tiene el corazón alegre
y los músculos risueños
porque el reposo de piedra
que germina su silencio
ha hundido las pantorrillas
en ebrios vinos añejos.
Y se esponja y acicala,

y le rebrillan los hierros,
relamiéndose de gusto
como si fuera un mozuelo.
Y es que el corredor más alto
del frío establecimiento
—calvario, pasión y muerte
de un saldo de mosqueteros—
las mujeres han poblado
de sonrisas y cabellos.
Así rizarán sus frentes
joviales mariposeos,
casi tocando las líneas
de un verde renacimiento.
Desde hoy, en los tejados
y ventanales senectos,
la gracia se bordará
como llovida del cielo.
Y en sus arcadas claustrales
será dulce sacrilegio
los nidos claros de los
melodiosos hemisferios
que modularán volcanes
de lumbre y desasosiego
en las tiendas de campaña
en que meditan sus senos.
Y emocionará su mole
con los sonoros torneos
que lanzarán serpentinas,
río arriba del gracejo,
por los reptiles que ondulan
las márgenes del flamenco,
los ayes del «cante jondo»
con sus esguinces y quiebros,
y rodarán cuesta abajo,
de la ingenuidad en su afelio,
la brava melancolía
de los zortcicos norteños.
Y en el cisne de la tarde
navegará por el véspero,
como una flor de nostalgia
en el tallo de un gorjeo,
tu voz, Conchita, cargada
de mieles y sortilegios.
Y sentirá el caserón
que retoñan sus sarmientos
con besos de novia guapa
y pámpanos versallescos.
Y nos saldrán hojas verdes
a las presas y a los presos.

XVIII

OTRO AIRE NOS RESPIRA

La túnica de la vida
se vuelve a ceñir al cuerpo
con sus arenas calientes
y sus oasis de helechos.
Poco a poco la ilusión
tantea valles inciertos
cuidando no despertar
un sobresalto de ciervos.
Y abancala torrenteras
y oscuros derrumbamientos
con murallas de esperanza
hacia el este de los sueños.
Yo la escucho derramarse
como una nube de incienso,
volutas escaladoras
júbilo arriba subiendo.
Y las antiguas pirámides
se yerguen sobre sus féretros
pasando, azules, por ojo
soledades de desierto.
Un manantial de ternura
brota de ocultos veneros
y las tristezas aclaran
sus cristales cenicientos,
al presentir que una estrella
fluye en los labios resecos.
¿Qué importan los precipicios
de los ahoras adversos,
todas las geografías
de las hieles y el secuestro,
si en su pleamar de auroras
el mar sonríe a lo lejos,
y es cada ola una ruta,
y velamen todo el viento,
y los zarpazos se irán
por donde mismo vinieron?
La ruleta de los días
no se detendrá en su juego:
el alba siempre amanece
dorando picachos negros.

LA ARENA Y LA INTIMIDAD

[1940]

PRÓLOGO

La arena y la intimidad *es el poema del desierto. Se recoge en él la antinomia de dos modos existenciales contrapuestos. El divagar perenne de sus granos, con semised de infinito, con su movilidad perpetua asordinada, y la quietud del conjunto, de yacente reposo de piedra, enmarcada en sus curvas amplias, que se despliegan con solemnidad de órgano de catedrales resonantes. Este su sentido dialéctico se enlaza a la concepción lírica de dos libros anteriores. Participa del espíritu que informa a* Transparencias fugadas, *el poema del aire en movimiento, y del eterno estar de* La rodilla en el agua, *el poema de la isla, como una campana sumergida en los rumorosos cobaltos del mar. El desierto, en el tránsito de la piedra al vuelo, realiza la síntesis de estos dos mundos inconciliables. Y es como una sien inmensa que corporeizara el abstracto latido de la huida, como un ala donde se hubiera petrificado un desvelo de lejanías incendiadas.*

Batida por estas fuerzas de signo contrario, las que pesan y las que vuelan, y la piedra se pulveriza y reduce a su mínima expresión para arrastrar el mensaje de su propio aliento contradictorio, en el cual reside su poderosa y fraguada unidad.

Trazado este árbol genealógico del desierto —el aire y la isla como antecesores— este poema, desechando la pintarrajeada anécdota de lo pintoresco, ajeno a coloraciones raciales, se ordena, primero, con el arenal *en una visión totalitaria de dunas, subsuelo, horizontes y oasis, miembros integrantes de su anatomía geográfica, interpretada líricamente; de su todo dorsal, maduro de sed y espejo de verano. Luego, como un prisma lenticular, su inmensidad se descompone en los* granitos de arena, *tamizados estos y cernidos objetivamente, desarrollando el poema inicial, el cual se deletrea en sus juegos, en sus oros y en sus matices desolados. Y, finalmente, su deslizamiento por el plano incli-*

nado de la subjetividad, en convivencia con arterias, nostalgias y pensamiento, refractándose y repercutiendo en la cóncava caracola de la intimidad.

Y son suficientes estas líneas para no extraviarse en el laberinto de imágenes del poema.

P. G. C.

EL ARENAL

Con tu cuerpo de besos de paloma
y tu vida de puntas de pestaña,
libélula de sed, sueño candente
engendrado en los bordes de las llamas,
yaces, en el acorde de tres mundos,
anfibio del color, la luz y el agua.
Los continentes, vuelo de tu piedra;
pero cernida, lenta, desplegada,
ritmo de caracol e imán de seda
que el anhelo sin fin del viento arrastra.
Y como el mar, vaivén. Tormenta muda
tu corazón, tus pulsos, tus entrañas,
todo planchado, a superficie todo,
dormido sobre el Ángel de tu Guarda.
Dormido, sí, dormido en tu regazo,
creciendo mientras duermes, aquietado
de locas pesadillas, sin conciencia
de saberte crecer, de que cabalgas
a lomo de tus dunas, tan custodio,
tan ceñido a la concha de tu espalda,
tan tuyo en todo tú, tan sangre tuya,
que te vuelve a hallar donde te vayas.
Y el aire, receptor de tus llanuras
de tus rizos de sol, como las aguas
lo son de tus mejillas sumergidas
en el fondo del mar. Y la distancia,
la multiplicación de tus ternuras
en bajos, curvas, senos y avalanchas.
Harén de tu arenal, que todavía
en el estuche de tus sueños guardas.
De todo tu esplendor, sólo el alfanje

que en tu ceja perdura, se solaza
y afila su horizonte contra el cielo
de tus constelaciones legendarias.
Y el coro general de las gumías
con que curva la luna su luz blanca
en los hombros tendidos de escorzo
de tus arquitecturas apaisadas.
Eso y tu soledad. Esfinge y llanto
que reposa en el eco de tus playas
y se frena en tu inmenso mediodía
por el nudo de paz de tu garganta.
Por ti el silencio es pájaro de olvido
que la sombra marchita de las alas
extendió su dosel en la llanura,
sepulcro y oración, desierto y jaula.
Y te cruzas en todas direcciones
con la desolación a las espaldas,
leyéndote en la palma de la mano
tu destino de alteza desterrada,
y tendido de bruces en tus dunas,
siempre con perspectiva de una rana,
te incorporas un poco a la deriva,
de par en par abiertas las ventanas,
por ver si te divisas en las sienes
el color del latido de una planta.
E infecundo también. Las maldiciones
quemaron tus ovarios de sultana
y tu arrullo de madre fue aventado
en los pliegues calizos de tu masa,
en el osario de tus sales hondas,
en las palpitaciones ya apagadas
de los viejos moluscos que se amaron
en sus iris y orientes, ciegas balas
que disparó el instinto en la marisma
que al canje de los años fue tu cara.
Si tú mismo supieses lo que encierran
tus estratos profundos, si te hablara
la reja de un arado en los oídos
la lectura imposible de tus páginas,
sabrías que sostiene tu indolencia
un pedestal de vidas inmoladas,
amores y ternuras ya hechos tierra,
agonías de mármoles y estatuas.
Con la muerte de tu seno movedizo
sólo retoñas la desesperanza.
Así, los manantiales que bosquejan
medusas frías en sus venas claras,
las selvas que concentran sus rumores
en el nido de luz de una esmeralda,

las urbes arteriales que se rondan
las húmedas pupilas de sus plazas,
los cisnes del amor y los idilios
que florecen sus rosas con el alba,
que huyen y abandonan, pies ligeros
que en el paisaje de otros climas danzan.
Sólo puede brotar tu invernadero
el dolor de una estéril llamarada.

GRANITOS DE ARENA

I

Yaces, como el acorde de tres mundos,
en la tremante playa de tu orilla.
El aire de fugadas transparencias,
la rótula en el agua de las islas.
Una estirpe de islote se presiente
en tu modo de ser, puerta cerrada
abierta por la mano de la muerte
a las innumerables caravanas.
Y en tu profundidad como en tu orilla,
en el norte polar de la esperanza
y en el sur de los riesgos te comportas
medio lago sin voz, media montaña,
ajeno y vivo, todo indiferente,
un otocisto que apagó sus lágrimas.
¡Qué intimidad la tuya, sin embargo;
qué afán eterno en darte fiel en alma
de avidez y de carne puntiaguda!
¡Y cómo se aposenta tu mirada
real, tangible, dura persistencia,
petrificado rayo que se palpa
en todo cuanto mira, que se filtra
hasta por la raíz de las palabras,
allí donde los granos de tus ojos
sus redondas partículas resbalan!
De cuando roca firme, aún recuerdas
ciudades que se alzaron en tus faldas,
mezquitas y moluscos, sinagogas
con turbante de luces entramadas.
Y son los espejismos tus recuerdos,
quimeras de remotas lontananzas
que emergen del arcón de tu memoria
con la pompa solar de un cuento de hadas.
Castillos en el aire de tu arena,
naipes con que eternizas tu baraja
de oasis como sexos, escondidos
entre las celosías de tus palmas,

y el insomne océano que se mece
en columpios de azul y malaquita,
síntesis de contrarios conjugados,
en tu abierto crisol se dieron cita.
La isla como voz de continente,
desarrolló su cuerpo en la mentira
de un ala que se tiende en tu llanura
a imagen de una larga despedida.
Después el océano, sobre el ala
momificada, fósil, semirrígida,
te trabajó, a sus gotas semejantes,
con sus continuas idas y venidas,
y te enseñó a ondularte las planicies
y a reptear tus márgenes tranquilas.
Y el aire, con sus amplias claraboyas
y el valsar de tus órbitas vacías,
propició tus reptiles para el vuelo
que antes el mar embarrancó en tu orilla.
Y así, en la encrucijada de tres mundos,
desperezas tu hipnosis adormecida.
Pero los tres a un tiempo coexisten
en el acorde de tu gran mejilla,
y mientras que se atigran tus estuarios
tu voluntad de roca se hace trizas.
Una sed de mudanzas te enajena.
El mar, el mar, el mar: fuente insumisa,
rescoldo de tus calmas aparentes
y motor agitado de tus días.
Y el ancho velamen de un sollozo
lo que en el fondo de tu ser palpita.
Sollozos de las aguas y los aires
y velamen de piedra entumecida.

II

Y la piedra accionó. La piedra, dura
de corazón y músculos de acero,
labradora tenaz de continentes
por valles, montes, páramos y cerros.
La quietud con su abrazo de hechicera,
los cerrojos dormidos del silencio,
la muda frialdad con que obedecen
los perfiles rocosos a su centro,
todas las fuerzas que en tu ser gravitan
sus razones de helado mausoleo,
se sintieron tocadas por la gracia
de la varita mágica del viento.
Y eres la consecuencia imperativa
de quien, sin alas, quiso urdir el vuelo.
La piedra se fragmenta en frenesíes

por conquistar entonces el imperio
que la distancia en su cristal prolonga,
andando y desandando sus senderos.
Y escucha cómo un pájaro se mueve
en la mole compacta de su pecho,
que bulle un alentar de juegos niños
en el meollo de sus golfos secos,
que se espuman las olas del reposo
y se desfleca el nudo de su cuerpo.
Horizontes de cuerdas musicales
tienden a su mutismo el cautiverio
de sus largas congojas, que se ausentan
buscando de la luz el baño ciego.
Y por volar las rocas se desgranan
en los granos de arena del deseo
y, fundiéndose en sedas las aristas,
los basaltos se dan al movimiento.
Y están casi en el trance que concilia
la sangre en llamas con el frío eterno;
puntitas de alfiler petrificadas
en la gota viviente de un insecto.
Así van tus mensajes transmitidos
en el vaho tangible de tu anhelo;
de nubes amazonas, unas veces,
a lomo de añoranzas de camellos;
de ángel anunciador de la tormenta
por la cúpula tersa de los cielos;
de vela sin timón y de andanadas
que se resuelve al fin en llanto nuevo.
Pero allí donde vayas van contigo
la avidez infecunda del desierto,
tus hambres insaciables de hojas verdes
y la desolación de tus espejos.
La luna de las aguas no ilumina
tus noches de profundos desconsuelos.
Y es que el amor no dora su semilla
sobre tus calcinados sentimientos.

III

Sí, como el mar, vaivén. Pero en voz baja,
más orilla que abismo, más retablo,
sin rumores que turben tus silencios,
sin que en tus noches amanezcan faros,
casi en secreto trajinando el ansia,
apenas removiendo tus rosarios
de cuentas como gotas, como nudos
que no funden sus límites exactos
a pesar de vivir hombro con hombro,

indomable firmeza que legaron
a la enana progenie de tus puntas
los salvajes fortines del basalto.
Las olas de tus dunas se mantienen,
con un pairo expectante, en el serrallo
de tu propio confín, como varadas
en gigantescos lomos de cetáceos.
Tus mareas, levísimas, se ondulan
en el tira y encoge de tus granos,
a compás de la sístole del viento
y al ritmo de la diástole de un trasgo.
De tus ondas emergen las sirenas
y son las rosas de agua de los lagos
que el espejismo floreció en la fiebre
de tu sólido mar emulsionado.
Sirenas te disfrazan tu llanura
con manantiales de sonidos falsos,
humedeciendo la ilusión violenta
de quienes crucen tu sediento osario,
que también en tu costa solitaria
cobra vida el espectro del naufragio.
Sin velas y sin blancas navidades,
las gibas turbias de los dromedarios
pasean laberintos y timones
por las tostadas rutas del verano.
Y si la estela no te riza el jaique
de tu planicie de oro con sus lazos,
tus vastas soledades se despeinan
con las huellas rimadas de los pasos
que incrustan sobre ti las caracolas
vacías e incompletas del acaso.
Y como el mar, también, tus iras hondas,
tus castillos profundos, tus palacios
de ojivas y ajimeces, sumergidos
en el dolor de un suceder amargo.
Un dolor de vendimia y de ausencia
en tus bajorrelieves perpetuado.
Y la sal, y el gemir, y los amores
también como en el mar, ternura y llanto.
Un llanto que se evade de lo cósmico
para bordarse con calor humano.

IV

Y nunca dices ya, más tarde, luego...
Tú estás siempre presente en el abstracto
infinito de la acción desnuda,
en un tiempo que brota de tu espacio.
Y son todos tus verbos lentitudes,

un sereno pasar sin sobresaltos,
descompuesto el resorte de la prisa,
sin conocer la hamaca del descanso,
movimiento uniforme que ni aviva
ni retarda tu ritmo acompasado.
Y ni la espuela azuza tus ijares
ni el freno te reprime de tus labios.
Péndulo indiferente de la inercia
que no saca de quicio los reclamos
del desorden, que brincan locamente
por las montañas rusas del espasmo.
Pero nunca te paras un momento:
en tu lenguaje es imposible el alto.
Y en el riel de tus verbos, de puntillas
tus pasiones isócronas marchando,
cronometras tus días, tus impulsos,
tus mitos, tu prisión y tu marasmo.
Hasta que el sueño a que tu fin camina
se haga libre al sol, vuelo dorado.

V

Dormido, sí, dormido en tu regazo,
con todos los instintos vigilantes.
Las feroces jaurías del silencio
alambran el cordón de tus umbrales
y la muerte protege el laberinto
de tus empedernidas soledades.
Como en un gran abrazo de ternura,
contra ti mismo, su perfil deshace
y cría paternal los horizontes
que luego de tus ámbitos se evaden.
Sumidos en la cala del reposo,
los glóbulos dorados de tu sangre
trillarán sus latidos por las sienes
de la lente cegada de tu estanque.
Pero tu oreja permanece atenta
como una concha que se oyera el aire
de los viejos recuerdos que murmuran
en el pulido cuello de sus nácares.
Y estás entre dos polos adversarios,
en el istmo neutral, equidistante
del ímpetu que asciende y se desfleca
y del lecho caído en el que yaces.
Ni indecisión ni duda. Vas al vuelo
aunque aún te asegures los amarres
a tu hangar de meseta esclavizada,
a la ciega pupila de tu cauce.
Dormido, sí, dormido en tus confines;

soñando que un galápago gigante
aletea en el sol de la llanura
hacia cumbres y cimas de cristales.

VI

Creciendo mientras duermes, alelado
de espera y de silencio, recogido
en tu lecho de abiertas pesadumbres,
coaguladas tus monotonías
de cielos, de camellos, de horizontes
en el disco sin luz de tu pupila.
Creciendo mientras duermes, sin embargo.
Los arenales de tus faldas rizan,
jinetes son, que en ímpetu guerrero
se lanzan al pillaje y la rapiña
apresando en sus redes ambulantes
los cercados que medran en su orilla.
Y así, a tus sueños de sirena inmóvil,
añaden el botín de sus conquistas.
Creciendo mientras duermes. Tus graneros,
con sus riadas de piedra, multiplican
tus largos de ternura, sin conciencia
de saberte crecer, de que confinas
sólo con el titán desasosiego
que martillea tu melancolía.
Y no sabes que estás cuando descansas
en plena madurez de tu vigilia.

VII

Y no se duermen en un punto muerto
tus infinitos, mínimos taladros.
Con su inquietud de hormigas presurosas,
los aguijones clavan sin descanso
en la carne del viento, en la colmena
de un oscuro rincón de deportados.
La lluvia pertinaz de tus avispas
duele en sus duros arabescos agrios
y repica en los múltiples tambores
que tensa el día por los aires bajos.
Y te adentras a fondo en los vestidos,
en las nostalgias de talón alado,
en las mil y una noches del insomnio,
en los ojos del pan, en los zapatos,
martirio y cruz de todos los remansos.
Hasta en la voz del pensamiento te hallas
oyéndole volar, hasta en los tramos
de las últimas sangres que recorren

mis relojes de besos y de halagos.
En todo cuanto viva, aliente o sueñe
se filtra la agudeza de tus granos.

VIII

Un oscuro dolor de auroras rotas,
cavernas de ternuras artesianas,
laberintos de orientes apagados,
relámpagos de nítidas sonatas,
caracolas que ungieron su recinto
con un beso de vivas porcelanas,
piesecitos descalzos de moluscos
que del amor cruzaron la enramada,
encendiendo la hoguera del deseo
bajo la luna llena de las aguas,
combates de los celos irisados
y torpe parpadeo de las valvas
que abrieron la sorpresa de sus luces
y cerraron sus dientes de tenaza;
toda la dulce fauna que al instinto
dejó sepulta en sus rosadas playas
al huir hacia los fondos de los mares
en brazos de una líquida esmeralda,
ya en fósiles y piedra convertida,
reposa de la arena en las entrañas.

IX

Allá por los remotos ventanales
donde el calor eclipsa la mirada,
donde la arena hierve sus tortugas,
donde todo es volcán, simún y lava,
allá, en la lejanía, el espejismo
sus espectros acuáticos levanta.
Prestímano modelo, siempre escondes
en el sagrario que tu pecho inflama
un vivero de frescas apariencias
que siembras a voleo entre tus ascuas.
Tu desnudez subida hasta los hombros,
de los jarrones de tu sed, te sacas
lagunas que bordean sus ribazos
con vibrátiles juncos y pestañas;
arroyos de cristal que piensan nieves
en la frente de luz de la distancia;
poblados cenicientos que se inclinan
sobre el loto plomizo de las aguas;
largas colas de nardos y azahares
que por el llano su canción arrastran;

lacustres caseríos que se hunden
en un cauce sutil de rosas blancas;
y ríos, y meandros, y pantanos,
imágenes ardientes de tus lágrimas,
que en un jadeo envuelto de calina
lloran calenturientas en tu cara.
Lloran por tu subsuelo de horas idas,
por tus conchas de amor petrificadas,
por el acerbo cántaro latente
de penumbras que fueron lunas claras
y por el silbo muerto de las sales
que te recorre con su onda amarga
tu noche de sepulcro, tu tristeza,
tu osamenta de células calcáreas,
oxidados los muelles de la sangre
en tu rígida perla funeraria.
Una isla sin puertos que murmuren,
sin abrigos, bahías ni ensenadas,
túmulo soterrado, impenetrable,
donde el recuerdo de la mar se guarda,
se tendió junto a ti, duerme contigo,
oyéndose el sollozo que te escarcha.
Que el ángel de la paz y el del silencio
te cubran con la sombra de sus alas.

X

Por las tostadas rutas de la arena
una aurora caída se complace
en trazar con sus blancos alquiceles
el recuerdo de un sueño de ciudades.
Nace de ti, de abajo, de tus fondos,
incólume al trotar de las edades,
que cruzan con un cuervo en cada hora,
y una aguda piqueta en cada instante,
y en cada mano, un ruiseñor que canta,
y en cada boca, rojos madrigales.
Nace de ti, de tu memoria abierta,
aun a remolque de tus mocedades,
impresa en tu tiempo indefinido
con las duras facetas del diamante.
Nace de ti, de tu conciencia plana,
herida por acíbares solares,
que, redivivo, su fantasma orea
por el estrecho vaho de tus calles,
y se levanta de tus pies quemados
con un alba de nieve por turbante,
ebrio de sal, magnífico de espuma,
bordando el espejismo de un encaje.

Y la sed se retrata en el espejo
de los blancos fulgentes de sus cales,
desrizando el cabello de calina
sobre tus hombros cálidos de amante
que espera ver llegar las caravanas
en la túnica envuelta de un celaje.
Nace de ti su copo de blancura
que con la lengua su costado lame;
de ti, que te sugieres las arenas
en una epifanía de rosales;
de ti que te vislumbras todavía
sultana de tus regias soledades.
Y brota de su fronda el espejismo
igual que una paloma del boscaje.

XI

Y tienes en un lago de quimera
una princesa pálida cautiva
que dispara en el arco de la sed
las flechas de unas aguas cristalinas.
Brújula de ilusiones temerarias,
imán de caravanas fugitivas
que buscando el cristal de un riachuelo
por la ruleta de tus riesgos giran,
polo y constelación de la esperanza
y latido y reloj de la agonía,
perfidia de los áridos topacios
que de húmedos zafiros se iluminan,
lamento de la angustia sofocante
y arrobador efluvio de la dicha,
todo un prisma de bellas claridades
coronado de rosas y de espinas.
Y una sirena de cabellos de agua
en su gruta de sedas submarinas
brindando a los sedientos caminantes
la guzla de un arroyo en la sonrisa.

XII

Y oasis como sexos escondidos
que el día enciende y la noche apaga.
Y tu vientre moreno que se tersa
alrededor de verdes columnatas.
Y dunas como muslos que se agitan
con un leve temblor de hocico y llama.
A plena libertad de tu intemperie,
en tu redonda intimidad dorada,
tus órganos sexuales se descubren

y en tus arenas mismas se recatan.
Por tu cruel solario, los peligros
cierran tu desnudez a la mirada,
y las brújulas borran tus recintos
y los dragones de la sed te guardan.
Sólo a tu cuerpo mágico se acercan
los diedros cautelosos de las jaimas,
el viento que se abrasa en tus simunes
y el ninfómano grito de las llamas.
Y oasis como axilas que bostezan
en un doliente hastío de esmeralda.
Y dunas, como bíceps desafiantes,
erguidos en defensa imaginaria.
Y toda tu belleza inexpugnable
es del león la miel en la garganta.

XIII

Harén de tu arenal. Por todas partes
de la sed se rehacen las murallas
que ocultan sus anillos de serpiente,
a nivel de tus pulsos derribadas.
Harén de tu arenal. Perpetuamente,
tus siemprevivas de cilicio irradian
un oro transeúnte de leyendas,
que sonriendo lunas y azafatas
incuban un enjambre de gumías
al pie de la quimera de un alcázar.
Harén de tu arenal. Nadie se acerque
a pisar tu belleza derramada,
que de tu rostro de pandero inmóvil
el simún vengativo se levanta.
Harén de tu arenal. Llueve topacios,
amarillos de andar de llama en llama,
anegando en almíbares flotantes
de tu estío la aleve catarata.
Harén de tu arenal. Todo está abierto;
pero la muerte ronda tan cercana
que las venas se duermen al arrullo
que brota del aliento de sus brasas.
Harén de tu arenal. Sobre dos tibias
sus llaves de marfil están cruzadas.

XIV

Llora la línea recta por tu vientre
sin hallar de un refugio la acogida.
Y es en vano que busques el secreto,
recta de corazón, de tu agonía.
Ni la distancia quiere hablar contigo

ni las dunas entienden tu sonrisa.
Aquí es la curva la que dicta todo:
el paisaje, los hombres, la armonía...
Es curva la distancia que se aleja
esquivando las dunas encendidas,
y la ceja sutil del horizonte,
y el cinturón estéril de tu dicha,
y la guzla que mana en sus sonidos
los labrados encajes de la ojiva,
y el alfanje que tensa en entrecejo
de tus grandes planicies amarillas,
y la indolencia de pausados giros
y las lunas en flor de las gumías.
Todo, todo el desierto, que reptea
como un estuche de doradas víboras,
se levanta y se acuesta rodeado
de manojos de curvas pensativas.

XV

Que no busquen la sombra del desierto.
Se la han bebido sus resecos labios,
apurando su lámina hasta el fondo
de sus enardecidos subterráneos.
Que no te busquen, no, que no te busquen.
La amarillenta sed de los topacios
vislumbró un espejismo de humedades
en tu grávido rostro de pantano.
Fuiste sorbida, sí, fuiste sorbida
de tu penumbra envuelta en el sudario.
Yo vi cómo te hundías mansamente,
desnuda, sin asirte a ningún árbol,
y sin que nadie el duelo despidiera
de las arenas por la asfixia abajo.

XVI

También como los ríos te desbordas
si los hornos al rojo de tus iras
revientan tu caldera de simunes.
Arde, entonces, el aire. Y la sonrisa
blanda, perenne, moldeada en cera,
oro dulce, aridez y lejanía,
se alebresta, crepita y se retuerce,
y rompiendo el dogal que la cautiva,
se lanza en los aludes de las llamas,
veloz en su ocasión de golondrina,
a inflamar la llanura somnolienta
y a desflorar sus lánguidas orillas.
Y es la de San Quintín de las arenas

ardiendo Troyas y clavando espinas.
Y todo tú te agolpas a tu cara
congestionada al fuego de tu arcilla.
Y tu cara es la clámide del llano,
cañamazo de sedas fugitivas
que resuelve los pliegues y bullones
de sus raseras fraguas encendidas,
buscándose la clave delirante
con que abrir los costados de su enigma.
Entonces son las olas desmandadas
que danzan locamente sus esquinas.
Entonces son las trombas que se entierran
y exhuman en constante algarabía.
Y entonces son los vuelos anulares
aletazos de fiebre en tu mejilla.
Son tus vuelos. El vuelo de la piedra
que se agiganta del simún herida.

XVII

En tu mundo no casan los objetos
con el nido habitual de su tamaño.
Tú ahílas los camellos y los hombres;
el galope del viento y sus caballos;
las gacelas, las nubes y el sollozo
en tu convexo espejo esmerilado.
Y tienen de los géiseres altivos
el pensamiento de su vena en alto.
Y sus postes se aguzan anhelantes
como subidos en inmensos zancos
que la distancia enturbia y emborrona
vistiendo sus perfiles con andrajos.
Aquí la luz se burla de los seres
convirtiendo el acorde de sus rasgos
en un montón difuso de aletones
y rigidez de péndulo parado.
Y es que tu afán de vuelo se deforma
en un bosque de mástiles alados.

XVIII

Y ni siquiera un árbol que te endulce
con el turbante de su copa verde.
Ni un fugaz pensamiento de neblina
en la concha irredenta de tu frente.
Ni un puñado de pájaros que latan
una rosa de trinos por tus sienes.
Ni en la babucha de tu pie moreno
un ramito de hierba que te alegre.

Ni concibe el hervor de tus arenas
el beso de diamantes de una fuente.
Aquí todo es un fondo bizantino
con sus reflejos áureos perennes,
que no admite un agravio de colores
a la nostalgia de un cariño ausente.
Cariño de mezquita acongojada
disuelta en el recuerdo de tus pliegues,
y que aleja la miel sobre tus labios
con su aurora de blancos alquiceles.

XIX

Tú tienes un sentido religioso
con tu casulla de dorados fuegos,
postrado en oración de lejanías
en la comba solemne de tu suelo.
Yermo y ardiente como un alma en pena,
sobrio y callado como un nazareno,
ninguno tan humilde y tan asceta
como el ángel caído del desierto.
En un místico arrobo de armonías,
apretado al sayal de tu silencio,
los tardos girasoles de las horas
se nutren con la savia de tu sueño.
Tu libre soledad de anacoreta
se recluye en un éxtasis eterno
con ese medio tono arrodillado
con que pulsa el olvido al movimiento.
Pero esa soledad semisalvaje
no conoce la nieve del invierno,
ni las primaverales tentaciones,
ni el llanto del otoño amarillento.
Sólo el estío de crujientes rayos
halla en tu desazón abrevadero
para domar sus ímpetus de llama
luchando con la arena cuerpo a cuerpo.
Su dolor se levanta en tu retiro
como una maldición de los infiernos,
encendiendo tu hoguera de pasiones
y avivando la tea del desvelo.
Y suena como un órgano la duna
cuando las manos ágiles del viento
frunce de tu entrecejo la sonrisa
que se allana en la cuenca de tu pecho.
De hinojos a la sombra de tu muerte,
con tu casulla de dorados fuegos,
espera tu esperanza a que contigo
entre volando por tu cielo adentro.

XX

Tener la sed por límite rodante;
castigar tu sopor con la fatiga
de tus bélicos granos de mostaza,
siempre en lentas andanzas fugitivas;
uncirte a tu bregar de abejas locas
que hundieron su estilete en tu mejilla,
quedándose después recién clavadas
con un temblor levísimo de espigas;
emerger y borrarte a cada instante
sin que tu faz traduzca la mentira
de tu quietud aparente de astro muerto
que se ciñe a tu órbita de vida
y manar incansable por los bordes
del párpado de sol que se perfila
allá donde tu arena con el cielo
se desposa, se funde y acaricia.
Tu calma es todo eso: paradoja
bordada en el cojín de una ironía:
el movimiento que se piensa erizo
y el reposo que quiere ser ardilla.

XXI

Con empaque de hidalgo que bosteza
en la panda llanura del hastío,
el paso somnoliento del camello,
tic tac de un desgarbado fatalismo,
va midiendo las horas que se cuajan
en el reloj de arena del camino.
Lleva en sus ojos una estrella ciega
y en la giba la duna del fastidio,
y un sobrio campaneo indiferente
de badajo en el cuello del destino.
Rumiando de la sed la enjuta aulaga
que crece en el picacho de sí mismo,
más que el vivo esqueleto de una hoguera
es la torre truncada del castillo
que levantan los aires de la arena
en su juego de naipes amarillos.
Y eres un rey de espadas mendicante
sin la espada pendiente de tu cinto.
Un hidalgo arruinado que bosteza
en la panda llanura del hastío.

XXII

Vibrante como un toque de cornetas
se levanta en el sol la lejanía.
Y es un clarín de fuego todo el aire

y un grito de topacios las arcillas.
Violencia de la luz que se desmanda
en el pecho arenoso de tus iras.
Quien se acerque a tu foco meridiano
ha de llevar la noche en las pupilas.

XXIII

Por ti el silencio es pájaro de olvido
que en el treno que aduna tu calvario
moduló de la sed la jaula viva,
sus barrotes vertiendo por el llano.
No se sale de ti, llega tan sólo
hasta donde terminas con tus rasgos;
ni un paso más allá, ciega obediencia
de quien rompió la cuerda de su canto.
De majestad se esponja tu ala hueca
a pesar de tu acerbo celibato,
y tu adustez madura se endurece
como la sombra de un reloj parado.
Caído en tierra, con las plumas rotas,
sin presentir el brillo del asfalto,
apenas si te mueven los caimanes
en cuyos cerros de oro estás posado.
Y tu cuerpo es la piel de las arenas,
sueño de luz mollar de sus ojazos,
que anidó su horizonte para siempre
en la abierta fogata de sus párpados.
El pájaro de olvido del silencio
sufre aquí la condena del basalto.

XXIV

Lejos de las banderas de jardines,
de los puertos de sienes murmurantes,
del hogar con alfombras y tapices,
del vivo chapoteo de los mares,
de las urbes que encauzan sus rumores
por las venas abiertas de sus calles,
del amor que florece los paseos,
de los largos caminos ululantes;
lejos del movimiento y las corbatas,
de los cisnes, charoles y ramajes,
te engolfas a dormir, acurrucado
de tu silencio en el tendido jaique,
con tu desolación de lunas rotas
sobre tu seca esponja de arenales.
Y lee en la palma del olvido
tu destierro de pétalos y nácares
sin ruinas, ni pendientes, ni arrolluelos,

sin vendimias, ajorcas, ni trigales.
Tu destino de alteza desterrada
a fuego se burila en tu semblante
con luces y horizontes, resplandores
libertos de los filos de un alfanje.
Y entregas a la rosa de los vientos
tu pobreza de tonos venerables,
solo, sin que un pañuelo se sonría,
en la hueca redoma de los aires.
Solo con tu tristeza de ojos claros
y un infuso dolor de pedernales,
mientras arriba, en la brocal del cielo,
juguetean los bólidos fugaces.

XXV

En el rostro sañudo del desierto
los oasis son grandes esmeraldas
que engarzaron su bosque de fulgores
en el anillo de un zodiaco en llamas.
Atavismo racial con que la piedra
solemniza los verdes que en su infancia
tremolaron erguidos horizontes
sobre las horas de pechera blanca.
Reflejo que otros tiempos enquistaron
en la gruta sensible de tus ramas,
bien con estalactitas rumorosas,
bien con estalagmitas de las algas.
Y así la traición de tu ternura
eterniza remotas resonancias
de tierras que jugaron a ser mares
y mares que jugaron a ser playas.
Y son islas que emergen de la sed,
al viento la melena desplegada,
clavando los lunares de la vida
sobre el lomo mortal del panorama.
Panorama que encierra en su agonía
un verde resonar de campanadas.

XXVI

Mirando sobre el hombro de las dunas
surge la cabellera de las palmas.
Y su pregón riente se transmite,
en el mensaje de la luz dorada,
como un escalofrío de hojas verdes
que ondulase las lentas caravanas.
Atrás queda el tormento de las horas
con la fiebre enconada de sus llagas,

el tambor de los soles redoblantes,
la ventosa cruel de la añoranza,
la sirena falaz del espejismo
vestida con las gemas de un alcázar,
toda la teoría de suplicios
que se esconde la arena bajo el ala.
En medio de la sed de la llanura
el oasis es dulce vaso de agua.

XXVII

Por tus agrios martirios errabundos
también el goce tiene su morada.
Se aposenta en el trino de verdura
que alborea un repique de esmeralda,
en la raíz profunda de tus pozos
que ahondan el diamante de las aguas,
en una tibia sombra de palmeras
bajo los quitasoles de sus ramas,
en los huecos de paz de los oasis
abren en las arenas abrasadas,
en el triunfo dorado de los mitos
y las bocas murientes de las jaimas.
Y en un júbilo tierno de indolencia
cruza sobre un recuerdo Scherezade,
con un cántaro lleno de leyendas
y un yatagán dormido en la mirada.

XXVIII

Tu corola de adelfas clandestinas,
tus manzanillos de ternura falsa,
sedifican tus quietas mansedumbres
sobre el salto atigrado de tus llamas.
No hay nada tan falaz como ese abrazo
que entre sedas oculta su tenaza,
como el vórtice raudo de traiciones
que viste de la oveja el agua mansa,
como ese medio tono arrodillado
con que la guzla del tormento encanta.
Y vas a la deriva de tu noche
mintiendo una alegría de alborada.
Pero todo es dogal de sombra y luto,
pero todo es nadir de estrella amarga.
Con la muerte en tu seno movedizo
sólo retoñas la desesperanza.

XXIX

Sólo puede brotar tu invernadero
el dolor de una estéril llamarada.

Un violento dolor que se revuelca,
quemado en tus praderas derribadas
de fiebres de centauros zodiacales,
de soles que fundieron sus entrañas.
Y en sus cepos se tuestan impasibles
tus ovarios salobres de sultana,
la llama de tu voz, los sinapismos
que avivan los torrentes de tus fraguas,
los hornos de la asfixia y las serpientes
que silban de la sed las oriflamas.
Y ondean los trigales de tus luces
su cosecha de inhóspitas bengalas,
su frenesí de hierro enrojecido,
su verano de mieses agostadas.
Con tu suelo de arcilla irredimible
y en tu rostro de puntas de pestaña,
sólo puede brotar tu invernadero
el dolor de una estéril llamarada.

LA ARENA Y LA INTIMIDAD

XXX

Te siento contra mí dándome vueltas,
sitiado el corazón y la mirada.
Y si agrios son tus sures, tus ponientes
a mis trigos le muestran la guadaña.
Y tus nortes son cepos y espejismos.
Y tus estes, los filos de una espada.
De lejos y de cerca, va la muerte
noche y día tocando sus rondallas.
Y arropas tus sigilos avizores
en tus lentas enaguas de campana.
Y escuchas de mis venas los latidos
en tu sueño de inmensa telaraña.
Y me rondan los corros de tus dunas.
Y tus voces de alfanjes me amenazan.
La rosa de tus puntos cardinales
es un cerco de fosos y de lanzas.

XXXI

Como minutos, sí, como minutos.
Como latidos, sí, como latidos,
tus granos —no, no son tus granos, no—
pretenden adentrarse en mi recinto
de venas, de ilusiones, de bengalas,

para hacerse un juguete con mi ritmo.
Y te siento llegar desde muy lejos,
descalzo, polvoriento peregrino,
afilando tus besos de paloma
contra la rueda de tu fatalismo,
y esperarme después, acurrucado
de mis islas ausentes en el quicio,
para saltar sobre mis claras selvas,
y secar el arrullo de mis nidos,
y derretir su frente de esmeralda,
y beberte las aguas de mis ríos.

XXXII

Tú te entremetes por mi sangre adentro
estrechando tu exilio contra el mío.
Y me abrasa la sed de tus abrazos,
aún estando a la sombra de mí mismo.
Y pones en las cruces de mis días
las pompas de jabón de tu espejismo.
Y me hablan un lenguaje de ternura
tus curvas inclinándose a mi oído.
Toda tu cabellera se derrama
en mi anterior desierto pensativo.
Y siento que tu arena es ya mi arena,
que van sobre los tuyos mis caminos,
y que una luna llora en nuestro cielo
dos vidas paralelas y un destino.

XXXIII

Como en los duros filos de un alfanje
la duna desolada de mi cuerpo
va hacinando el acervo de mi sangre
al vaivén de la arena del recuerdo.
La oigo en mí, latiendo con mis venas,
afirmándose al árbol de mis huesos
y batiendo la isla de nostalgia
naufragada en la ola de mi pecho.
Sus mínimas agujas impacientes
van desde mi balcón a tu silencio
y vienen de tu giba a mi llanura
en un trajín constante de hormiguero.
Y en tu éxodo de granos lacerantes
confundes con el mío tu desierto
y te echas a dormir sobre mi angustia
cual si estuvieses en tu propio lecho.
Y pasas de ti a mí tu poderío
haciéndome acerico de tus juegos.

XXXIV

Al pie de los regatos de las horas
vivaquean tus soles de magnesio
y saltan a mis huecas soledades
retorciendo serpientes y sarmientos.
Una brizna de acíbar fue bastante
para agostar mis pámpanos risueños
y calzar mis planicies interiores
en la tórrida horma de tu fuego.
Mi sien es vibración de tus hogueras
y tu hoguera de sed, mi desaliento.
Y por ti se levantan mis mañanas
y por mí merodean tus camellos.
Vamos del uno al otro mutuamente
trasegando el recíproco deseo
de amanecer un día en los armiños
que desnudan un témpano de hielo.
Y en mi hamaca se tiende tu indolencia
y en tu espera se anula mi tormento.
Y somos dos pisadas superpuestas
en la cinta de un único sendero.

XXXV

Ya no sé si mis horas son las tuyas,
si es el tuyo o el mío este desvelo,
si el corazón me late en las arenas
o si es la arena voz del pensamiento.
Si me doy a tu abrazo no me hallo,
si me busco en mí mismo no me encuentro.
Y estoy entre tu alfanje y mi garganta
en un aire sin alas prisionero.
En esta encrucijada de ponientes
mis límites por ti cruzan abiertos,
y mis sures desaguan en tus nortes
y en tus nortes se apagan los luceros.
Y no saber dónde mi mar comienza
ni dónde se termina tu desierto.

XXXVI

Tú siempre en tu apogeo luminoso
y yo siempre en la cueva de un eclipse.
Tú, en un pleno de graves girasoles;
yo, en la pregunta alígera de un cisne.
En tu rostro descansa permanente
la catalepsia de oro de una esfinge;
en el mío, una alondra de ternura
bisela el serpentín de sus perfiles.
Tu intimidad se aleja de la mía...

Ambas tienen un hueco inteligible
a pesar de vivir puerta con puerta
y de rodar tu luz por mis declives.
Y es que allá, en tu horizonte de ola muerta,
tu soledad desborda tus aljibes,
y dentro, en las espumas del recuerdo,
una mano lejana me sonríe.

XXXVII

Pero también hay brazos que sonríen
allá, por tus nidales de hojas verdes,
palpitándote frescas esmeraldas
en el yunque emotivo de las sienes.
No es todo en ti vibrante lejanía
ni parva arrebatada con tus mieses,
que gráciles neuronas de ternura
agitan abanicos en tu frente.
Sus velas de molinos oficiantes
harinan el calor de tus ponientes,
abren a la esperanza ventanales
y las arenas del desierto muelen.
Es el fuego, la sal y el agua dulce
que a la violencia circundante ofrece
el salvaje mesón de los oasis,
recóndito en la taza de su fuente.
Y sus manos se alargan y acarician,
siempre joviales, sonriendo siempre,
clavando la bandera de su bosque
en las raíces de tu sed perenne.
Tú también, como yo, en la lejanía,
ante un ala de raso te conmueves.

XXXVIII

Porque te escucho, tibio, en mis umbrales
mirándome a los ojos fijamente;
porque sigues mis pasos gota a gota
degollando a los míos tus lebreles;
porque sangra añoranzas familiares
un jirón de mi vida entre tus dientes;
porque soy el granito más amargo
de todos los que brillan en tus sienes;
porque tengo la voz sobre tus ascuas
y mi estrella descalza hacia tu oriente;
porque soy una sombra de ti mismo,
la fogarada de la sed me enciende
los campos y las venas que me sondan
las ciudades, los ríos y los puentes.

XXXIX

Por su esfera sin números ni horario
el estío circuye tu corola
y mi cuerda de sangre va cosiendo
a tu mudez mis golondrinas rotas.
Ellas, luego, de vuelta, me repiten
las campanas ardientes de las horas,
y tus rítmicas aspas me voltean
y en mi frontón tu soledad rebota.
Me las oigo crujir celdas abajo,
remontar los pinares de mis lomas
y caer como piedras en un lago,
despertando en mi azul saladas ondas.
Las oigo, sí, las oigo en mi silencio
dilatar sus redondas caracolas,
buscando unas cortinas que me llueven
los húmedos cabellos de una aurora.
Y se vuelven a ti como llegaron,
pensativas, sedientas amazonas,
con las manos vacías crepitando
el gesto de sus cardos en derrota.
No son iguales, no, no son iguales
las golondrinas rotas de las horas.

XL

En tu reloj de arena y mi clepsidra
tu imagen con la mía se desposa,
y por cada segundo de tus tildes
tiembla el idilio claro de mis gotas.
Pero tú te has bebido con sus picos
los pulsos de cristal de mi redoma,
y en vez de sus diamantes me has dejado
el vendaval de sed de tus esponjas.
Ya soy igual que tú. Mis arboledas
perdieron de su clámide la sombra,
y en mis fondos, gemelos de los tuyos,
se apagaron los iris de las conchas.
Yacen petrificados tus amores
en la forma sin agua de una ola,
y en el negro subsuelo de mi cripta
hay fósiles recuerdos que me lloran.
El árido reloj de tus arenas
y los buitres rapaces de tus horas
vaciaron gota a gota mi clepsidra
y le abrieron el pecho a mis palomas.
Desde entonces enlutan su perfume
las niágaras audaces de mis rosas

y. se alzaron las dunas que el desierto
en mi desnuda intimidad prolonga.
Y soy igual que tú: fosca planicie
despojada de enjambres y de aromas.

XLI

Cribado por las púas del destino
soy una aguda espina entre tus zarpas
que por la carne adentro de tus soles
hinca el leve aguijón de la nostalgia.
Nada importa que vibre en tu remanso
mi flecha de cristal recién clavada;
indiferente, sordo, mi agonía
es un granito más en tus espaldas.
Y aunque sientes cruzar a todas horas
por el redondo cauce de tus llamas
las ágiles gacelas de la ausencia
y el grito desgarrante de la aulaga,
tu corazón quemado no responde
ni al verdoso latido de una planta,
ni al látigo que silbe sus serpientes,
ni a la mano que llore de añoranzas.
Y es que todo lo miras con los ojos
de la piedra yacente de una estatua.

XLII

Este paisaje duele en la mirada
un agravio de vidrios y cauterios.
Nadie lo arrullará. Ninguna boca
le ha de brindar un vértigo de besos.
Todos se alejarán de su melena
rugiente de leones y de fuegos.
Sólo hubo un mar, huido de tus conchas,
que aún transita las sales del recuerdo,
sales que son cadáveres de espumas,
sarcófago salobre de un mar muerto.
Sólo ese mar y yo: dos soledades
en el túmulo blando del silencio,
que atadas al grillete de tus dunas
velamos tu crisol en cautiverio.
Sólo ese mar y yo, llanto y espina
que tatuara el dolor sobre tu pecho.

XLIII

Con las hoces agudas de tus luces
has talado la sombra de mi selva,
y es toda mi riqueza este calvero

donde el rostro de un sol relampaguea.
Mudas están las fuentes de mis ríos,
secas están las redes de mis venas,
y por tu ala de bronce derretido
las rubias mariposas de la ausencia
han quemado su vuelo a contratiempo
en la derrota de tus curvas ciegas.
Todo lo arrasas con las avenidas
luminosas que inundan tus arenas.
Pero algo quedará. Queda mi sueño
abierto en el atril de tus hogueras,
inasible cucaña de tus iras,
altísima y azul luna lunera.
Y será inexpugnable a tus volcanes
mi caracol de blancas primaveras.

XLIV

Golpeas de tal modo mi horizonte
que me amellas los filos de la vida.
Me persiguen tus dardos insistentes,
de tu arena me acosan las jaurías.
Y no hay en mí refugio ni morada
que a tu inquietud de azogue se resista.
Todo el yo me descubre tu presencia
sin perdonar cairel, fleco ni guija.
Revuelves la madeja del lamento,
el estuche que guarda las caricias,
la cola de cristal de mis sirenas,
la yedra y los lagartos de mis ruinas,
los zodíacos de signos familiares
y el contorno silbado de mis islas.
Todo me desordenas y recorres
en tu afán de encontrarte las orillas.
Y me cambias a veces una arteria
dejando en su lugar una gumía.

XLV

He sentido tu sed contra mi boca
y pisar en mi sangre tus camellos.
Tenía aún echadas las persianas
sobre el canto de gallo de mi sueño.
Me estabas esperando, como siempre,
a la entrada del día por mi cuerpo,
con todas tus lejanas soledades
próximas al estuario de mi lecho.
Tus granitos de arena se acogían
a la mata de sombra de mi pelo,
tentaban de mis ojos las pestañas

y subían al globo de mi pecho.
Íntimo, pequeñito, enarenado,
alfombra de infantiles balbuceos,
tenías ese aire de ternura
que amansa las pupilas de los perros.
Eras otro distinto, rezumante
de savias dulces e inefables cielos.
Y apretando tu sed contra mi boca
y pisando mi sangre tus camellos,
lanzándote a tu hogar de lejanías,
recobraste tu tono de desierto.

XLVI

Con la sábana de tu olvido al hombro
y en los labios tu vaso de cicuta,
filtras por los canales de mis venas
las raíces del árbol de la angustia.
Nacen de ti, de los silencios hondos
que contienen estanques de amargura.
Parten de ti, de las serpientes vivas
que sus colas reptean en tus curvas.
Y subiendo por tallos espinosos
derraman en mi cáliz de penumbras
de tu calvario la encendida arena
y de tu estío las violentas frutas.
Y queda mi avidez entre los foscos
surtidores de llamas de las dunas,
más topacio de sed que los topacios
que amarillan la sed de la llanura.

XLVII

A pesar de tu gesto pensativo
tu rugir es de tigres y leones.
Y arrugas tu entrecejo de simunes
aun cuando en un desmayo te acomodes.
En el severo mármol del reposo
tensas la aguda orquesta de tus soles
y ocultas la ponzoña de tus garras
en la jofaina llena de tus cobres.
Nadie fíe su paso a la terneza
que incitan tus dormidos horizontes:
dentro del laberinto de tus dunas
se extravían los sures y los nortes.
Que nadie juegue, no, que nadie juegue
en tu ruleta el querubín de un goce,
que a pesar de tu gesto pensativo
tu rugir es de tigres y leones.

XLVIII

La rosa de los puntos cardinales
pierde aquí su trinar de direcciones
y una sed que a sí misma se devora
ha usurpado del tiempo los relojes.
Es ella la que mide y la que tasa
agonías, minutos, corazones...
Y no late, ni avanza, ni transcurre,
coagulada en su avidez insomne.
Es ella la que agosta tus estiajes,
la que seca el jardín de los colores,
la que con su odio a muerte martiriza
avestruces, miradas y horizontes.
Y se tiende en los anchos de tu arena
su ventosa insaciable, su deforme
mezcla de esclavitud y desasosiego,
clueca que incuba pairos de crisoles.
Tú deshojas la rosa de los vientos
preguntando a sus pétalos enormes.
Pero no te dirá, no dirá nunca
dónde los ríos su secreto esconden.
Y has de morir quemada por ti misma,
sin encontrar de la frescura el norte,
en esa hora eterna de suplicios
que no marca el tic tac de los relojes.

XLIX

Por cruzar tus flamígeros cilicios
mis pájaros del alba ya están ciegos;
son un canto de arena, son los granos
que cubren la extensión de mi desierto.
Tan hondo me has calado sin sentirte
que a la voz de tu sed responde mi eco,
y son tuyas mis cámaras vitales
y tuyos son los bordes del lamento.
Nada resta de mí. Tus pedernales
tomaron posesión de mis viñedos,
y con tu angustia y con la mía al hombro
multiplico por ti mi desaliento.
Te has ensanchado, sí, te has ensanchado
por los bosques y mares de mi anhelo.
Y llegan tus orillas por mis lares
más allá del nacer del pensamiento.
Te has ensanchado, sí, te has ensanchado
al dilatar mi llanto tu desierto.

HOMBROS DE AUSENCIA

[1942-1944]

Este cuadernillo poético se desliza por la misma línea, desde el punto de vista tectónico, de Transparencias fugadas. *Pero la génesis de ambos poemas ha seguido un camino inverso. En* Transparencias fugadas *se descendió de lo abstracto a lo concreto. Partiendo de una vivencia intelectualista, de la capacidad cósmica de juego, del placer de gozar la propia aventura en el ámbito de sí mismo, fue objetivada esa pura sed metafísica en el aire en movimiento, en un como anhelo jubiloso de recorrerse en volandas. El aire, allí, se humanizó levemente, a la manera de un intelecto, en la medida que recuerda el mar el rumor de una caracola.*

Hombros de ausencia, *por el contrario, no fue amadrinado por ninguna preocupación de índole intelectual. En la fuerza humana del sentimiento tuvo su arranque, si bien, para contener el desequilibrio que produce su suelta potencia avasalladora, ha sido tamizado de centelleos excesivos. Ha ascendido, pues, de lo concreto a lo abstracto. A pesar de ello, no deben ser consideradas ninguna de las variaciones del poema, ninguno de sus tiempos líricos, como un paisaje de abstracción, sino, todo lo más, como análisis espectral de la ausencia. El rumor de la sangre nunca deja de darle sombra y lo que pudiera parecer en él evasión no es evasión pura: es sólo uno de los rasgos individuales de la ausencia, expresión de su propia naturaleza, reflejo de su materia de lejanías.*

El poema se cristalizó en endecasílabos, no por un intento de restauración formal clásica, ni por una de esas falsificaciones neoclasicistas. Tampoco por considerar el endecasílabo, que es verso que siempre viste de frac, en función de su destino anímico, expresivo de determinados caracteres poemáticos. Ni, análogamente fueron tenidos en cuenta

su severidad, su elegancia ni su ponderado empaque, los cuales no dejan espacio al quiebro y malabarismo acrobáticos del octosílabo ni al fatigoso jadeo del alejandrino. Surgió, por tanto, el endecasílabo como cauce natural que condujese el agua de río de este poema. En una identidad de rostro y espejo. Como dos amantes en su noche de bodas.

Isla de Tenerife, 3 de julio de 1946.

P. G. C.

I

Por largos corredores extasiados,
por abiertos silencios y escaleras
de caracol girando sin destino,
doy con la frente de aire de la ausencia
en el dormido rostro de un espejo.
Se destensa el cristal viendo mis sienes
y equilibra, en su fondo, agua que piensa
en la azogada infancia de los ríos.
Y su amarra soltando transparente,
en baja voz, con húmeda palabra,
desangrado de todo movimiento,
más objetivo que una corza herida,
transcurre por los ojos de mis puentes
como la vena líquida del tiempo.

II

Me incorporé en la voz de un aire vago
y abrí, de par en par, sueños, cristales,
puertas, venas y márgenes oscuras.
(La hora, con neblina, y el momento,
perdido en un espacio de nostalgia).
Me hablaba desde un ámbito de nadie.
Tan sólo yo y mi sombra, pensativos,
rodábamos la bola de la ausencia
por la rampa sin eco de la nieve.
Y al retornar con mi silencio a cuestas
fui dejando entreabierta en mis umbrales
la mitad de mi sombra, por si acaso
quisiera el sueño vivo de mi cuerpo
huirse de sus valles interiores.

III

Me hallaba recorriendo mis paisajes
con un rumor de conchas en las manos.
Tenía paz de mármol en la frente
y anchas voces de amor en las riberas.
Me llamaban por tardes de heliotropo,
por ciudades perdidas en la niebla,
campo de té y pájaros dormidos.
Y escalé mis castillos en el aire,
descendí amaneceres y colinas
y liberté de su cintura helada
el ceñidor de piedra de una fuente.
Pero ¿qué cosa continuaba en vilo?
¿Qué sueño espoleaba mi ternura
para oírla llamándome cercana
desde selvas, distancias y caminos?
Y proseguí corriendo enajenado
detrás de aquella voz de caracola,
de gacela translúcida en llanura.
Cuando al volver un íntimo recodo,
me encontré con la curva de la ausencia
en los hombros desiertos de la nieve.

IV

Dentro las lontananzas de mis ojos,
en un alba de plumas transparentes,
navegaban los cisnes de la ausencia.
Han debido doblar la fresca noche
de las curvas de río de tus sienes,
los amarillos párpados del día
y los rosados músculos que ensayan
translucirse en el gesto fugitivo
de las vivientes ráfagas de aire.
Habrán dejado atrás sangres dormidas,
voces descalzas, álamos con frío
y el medio caracol de tus ojeras.
Y acaso sus silencios espectrales
fueran tan sólo sólidos recuerdos
que al saltar de tus hombros a los míos
volvían nuevamente a tus orillas,
maduras ya de blancas soledades.

V

No es florida esta ausencia. Tiene un como
sueño diferencial de alta ternura

que se acantila en témpanos de hielo.
Pero se me entra tan adentro, tanta
dura muralla en mi interior derriba,
tan a lo vivo me destila todas
las trincheras de sombra que me envuelven,
tan fluido naciéndose me nazco,
que ya soy una circular vidriera
que se levanta en vilo, que trasmina
un transparente vaho de dulzura,
como si el cuerpo mío se soñara
dócil columna de cristal de roca.

14 de junio de 1942

VI

Te has ido sin llegar. Y yo, contigo,
burlando mis aduanas verticales,
me he marchado sin irme. Lentas horas
afluyen su cristal contra mi frente.
Por ella rueda el tren que te ha traído
y organiza el paisaje caravanas
de llanuras y valles desmandados.
Me siento resonar en lejanías
que te acompañan sin abandonarme,
que no salen de mí y están muy lejos,
que, atándome a tus fugas, encadenan
la íntima evasión de mis costados.
Y en la última gruta de mí mismo,
alguien que me conoce gota a gota,
—amigo predilecto de mi sangre—
por altos logaritmos de ternura
y en sólidos baluartes ulteriores,
me vive este momento en otra parte.

20 de junio de 1942

VII

Ya todo estaba en orden. Cada sueño
en su exacto lugar. Cada quimera
en su blanco tibor de porcelana.
Puestos en fila india los minutos,
con su número al hombro los instantes,
limpias de niebla las escalinatas.
Y tu ojera en la tarde. Y las canciones
durmiendo su espiral en los gramófonos.
E inventariadas las melancolías.

Y en un remoto embalse las noltalgias.
Y cuando reposaba en equilibrio
a la sombra mental de mis basaltos,
un recuerdo moviéndose en voz baja
objetivó mis líquidas ausencias
en un precipitado de cristales.

24 de junio de 1942

VIII

De elásticas paredes interiores
cuelga el reloj parado de la ausencia.
Tengo en la mano todos los minutos
que me llegan de ti. Yacen, vacíos,
sus leves trajecitos estelares,
las blancas zapatillas con que suelen
andar y desandar mis laberintos,
su mudo gesto de algodón en rama,
la gota de su historia, su cernida
y como inmóvil voluntad de lluvia,
los diminutos glóbulos de nieve
donde corporeizaron sus latidos;
todos ellos iguales, asilados,
con tal ingravidez de aisladores
como si en sus entrañas incubasen
mínimas pajaritas de papel.
Y al poner en mi hora los silencios
y dar su campanada mis confines
salen todos buscando por las selvas
la clara urna de cristal del tiempo.
Pero nunca podrán reconocerla
porque nunca sabrán que se ha llenado
con la voz de mis propias lejanías.

IX

Saliéndome por pórticos dormidos
vuelvo a mi oscuro punto de partida.
Pero aunque quieran impedirme el paso
obstáculos de huidas esperanzas,
aunque me desordenen espesuras
y se crucen de brazos mis caminos,
a pesar de la bruma de los sueños,
saltando de tu voz a mis costados
ganaré mis planicies interiores,
leve de sombra y alto de alegría.

Y desde sus colgantes atalayas
divisaré a lo lejos de mí mismo
las pensativas islas del recuerdo
por el mar inclinado de la ausencia.
Entonces ya podré sin extraviarme
con los ojos vendados recorrerme.
Y en todas partes te hallaré conmigo,
oh dulce caracola que me fluyes
la fiel intimidad de la distancia.

2 de julio de 1942

X

La noche se tendía en tu llanura.
Y era una inmensa rueda de molino
molturando los granos de mis islas
tostadas en el fuego de un domingo.
Tú tenías un sueño entre las manos
y una paloma blanca en tu designio:
paloma que arrullaba mi recuerdo
y sueño que prestábale su nido.
Te oías mi presencia tan cerquita
como una caracola en los oídos.
Y era el frufrú de tu amistad de seda
pasando y repasando por mis vidrios,
a cuestas con su harina de ternura
y los íntimos odres de sus vinos.

XI

Tú estabas entre músicas y trajes
definida en tu fuga y en tus gestos;
mitad por la planicie de la ausencia,
mitad por las vertientes de tu cuerpo.
Mas nadie presentía que yo estaba
bajo el arco de río de tus sienes,
ni en el quicio gentil de tu palabra,
ni en la viva cornisa de tu frente.
Nadie lo presentía. Y sin embargo
tu amistad se miraba en mis espejos.
Y de su mate surtidor brotaron
los chorros de distancia del recuerdo.

XII

Me reconozco en esta niebla pura
más que en mí mismo. Su ovejita blanca
tiene franquicia para andar mis horas,
para pensar conmigo tus mesetas,
para leer en ellas tu alto gozo
con un vocabulario de molinos.
Me siento en tu llanura interpretado
desde la vena última hasta el río
que cruza bajo el puente de tus ojos.
Y en esa niebla pura de la ausencia
vive tu voz, su polen de ternura,
como bajo una tienda de campaña.
Y todo yo, contigo, me distancio
sin echarme de menos. Me trasiego
a climas hondos que hacia ti me acercan,
quedándome insinuado solamente
en la verdad del cuerpo que me anima.

5 de julio de 1942

XIII

Siempre me está rompiendo despedidas
la ampolla de cristal de la distancia.
Me fluye sin cesar, me desordena
en una emigración de claraboyas.
Se me alejan la frente, los minutos,
el leve percutor de los latidos,
mi amistad con barrancos y piteras,
la historia de mi voz, tus arcoiris,
y la presión azul de la ternura
al nivel de tus mares transeúntes.
Siempre en el istmo de las fugas mías,
entre el cuerpo cautivo en que me busco
y el continente alado en que me pierdo.
Y apenas queda en mí cosa distinta
que un simulacro vertical de ausencia.

9 de julio de 1942

XIV

He dejado al arbitrio este recuerdo
traspasar mi dintel. Yo no sabía
—lo juro por el trébol de seis hojas

y la diáfana cebra de la lluvia,
lo prometo también por la memoria
que de tu voz tendrán los manantiales—
que el recuerdo es la frente del olvido
y mi frente el espejo de la ausencia.

9 de julio de 1942

XV

No queráis encontrarme. Será inútil
abrir los campos, registrar las leguas,
volver los horizontes de costado.
Ni tú siquiera, frente de arroyuelo,
que hasta logras plasmar a la carrera
la desnudez impersonal del viento,
podrías conseguir imaginarme
en la fórmula mágica del agua.
No investiguéis el curso de las venas,
la noche de las cajas de caudales,
la blanca mariposa de la nieve,
ni el caracol estéril del suspiro.
No me busquéis ahora: será inútil.
Pasaríais sin verme ni escucharme.
Estoy dentro de mí, pero tan lejos
que hasta ya de mi nombre me he olvidado.

13 de julio de 1942

XVI

He puesto mi silencio a medianoche
y en el balcón a refrescar las sienes.
Apagué las nostalgias, las ideas,
los últimos visillos interiores.
Todo quedó cerrado: mi alta vena
con que salta a la comba la alegría,
la cenital vidriera de los mares,
los sótanos del llanto y la penumbra,
la porcelana ausente del recuerdo.
No se oía ni el eco de la sombra.
Tan sólo conservaba su albedrío
el seno flotador de la dulzura.
Y ahora, en el capullo del reposo,
un frígido reborde se soslaya
a flor de nieve, a lontanar de ausencia
como si la cantera de la noche
la vetease el mármol de una voz.

17 de julio de 1942

XVII

Llevo leguas buscándome y hundiendo
las manos en el pecho de los ríos
sin encontrar la gota en que pudiera
hallarse mi presencia abandonada.
Tengo ya los barrancos aprendidos,
mullida la memoria de los trenes,
rotas de tanto andar las lejanías.
Y en todas partes doy con el vacío.
Todo fue por seguirte en los carbones
de los cantos rodados de las horas.
Y ahora, han sido tantos los silencios
que he cruzado en voz baja, tantas letras
de viejos silabarios han mentido
sirenas, tantas noches desplegaron
murciélagos de insomnio en mis vigilias,
que ya no sé en qué sueño me he dejado
el santo y seña para dar conmigo.

18 de octubre de 1942

XVIII

He tallado en tus mármoles lejanos
la fina soledad de mis palabras.
Y una mental arquitectura en vuelo
motiva su oleada transparente.
Si pienso, te edifico. No en la línea
que te detiene al borde de tus nardos.
Sino en la vaga ondulación perdida
más allá de la brecha de tu frente.
Ámbito que no admite exploradores,
sin aire azul, de ingenuas hondonadas,
geografía virgen que preludia
el fondo de silencio de los lagos.
De ahí me llega toda esta palabra,
aún en boreales inocencias
y sin abrir los ojos todavía.
Palabras que me dejan al oído
un delgado rumor de caracola.
Con ellas te edifico si te pienso
esculpida en mis mármoles ausentes.

26 de octubre de 1942

XIX

Como tú, libertad, oh ausencia mía,
juegas en mis trapecios de colores.
Yo, tu circo, tus gradas expectantes,
tu naipe al alimón, tu anillo al dedo.
Me haces de cada músculo un camino
para lograr, altísima, mis sienes,
tú que tan honda, hondísima, entreabres
el alfa de tu vuelo en mis raíces.
Y al ascender calzadas interiores
hasta el nido de águila del gozo,
le das un doble eje a cada día,
médula virgen, torre de homenaje,
donde tú, libertad, velas las armas
que nunca te han de herir, oh ausencia mía.
Tan al pie de mi voz tu sombra nace.

29 de octubre de 1942

XX

Sin saber por qué rampas imposibles,
astrónomo caudal de mis espacios,
me hallo ahora en las torres de mis sienes.
Una tal soledad de verticales
me traspasa a cuchillo lontananzas,
hombros de amor, redondos como lluvias,
lirios de sombra y ángulos descalzos.
Detrás de la mirada pensativa,
ojos de estatua, blancas oquedades
le pisan los talones al silencio.
¡Cuánta lisa pared! ¡Qué despoblado
rostro de esfinge y diáfana amargura!
Sólo cuando —nostalgia de mis venas—
de nuevo concerté la paz conmigo,
tu recuerdo de fresa patinaba
en los fríos glaciares de la ausencia,
casi al alcance de mis propias manos.

14 de abril de 1943

XXI

Pasaron las gacelas de la brisa
con tu dulce recuerdo en el costado.
Se durmieron, entonces, los arroyos.

Ocultó el caracol sus cuernecillos.
Pararon su reloj los girasoles.
Cerró los ojos graves el lagarto.
E inclinó su cabeza la azucena
sobre la mano abierta de su aroma.
Y fue todo tan blanco, tan corola
de paz, tan porcelana sensitiva,
que del capullo inmóvil del silencio
surgió la mariposa de la ausencia.

17 de abril de 1943

XXII

Descortezando tu aventura, noche
blanca interior, alcánzome en la alondra
que te vive mi sueño, más dormida
que la obsesión de alberca de una espalda.
Fuera de ti, las nieblas, las penumbras
de anegadas orillas, los silencios
del austral continente del olvido.
Dentro de ti, la corza de la ausencia
al pie del arcoiris del recuerdo,
el ademán que filtra la nostalgia
sobre el largo sollozo de las sombras
y tus hombros, al pairo de mi frente,
con todos sus armiños desplegados.
Noche blanca interior, amiga mía,
escaladora de mis altas sienes,
para que sea yo tu propia luna
cierra mis valles y ábreme tus lirios.

26 de junio de 1943

XXIII

Este silencio cósmico que ahora
afila en las estrellas mi garganta;
estas lomas redondas que me alejan
dentro de un frío corazón inmenso;
este cristal sin fin; estas llanuras
que me vuelan sin irme y sin traerme;
esta fuga total, ya desprendido,
liberto de mi sangre, sin que el eco
del sueño de una sombra me recuerde
que he tenido dos manos, que he cruzado
a cuestas con mi voz y mis esquíes

por la leve cornisa de los vientos,
jinete ya de soledades puras,
me han dejado tan sólo por fronteras
esas profundas bocanadas de aire
que duermen en su fondo los espejos.

27 de junio de 1943

XXIV

Con el tiempo embalsado y la distancia
a flor de labio y corazón de ausencia,
girándome en un rol de soledades,
doy vuelta a los basaltos del recuerdo,
a las finas palabras de la lluvia,
a tu amistad de río y sombra verde,
al ecuador que arrulla tu cintura.
Y mientras que me iba descubriendo
en nuevas lontananzas pensativas,
desde el extremo ausente de mí mismo
alguien rompió a cantar islas y mares.

27 de junio de 1943

XXV

Arde ahora en su lámpara el recuerdo.
En la frágil blancura de la llama
se me ponen de pie nardos y armiños,
copos de nieve y hojas de ternura.
Oigo transparentarse los confines
de tu voz, y tus manos, y tu gesto,
y aún el caracol de la nostalgia
en el aire parado de la ausencia.
Me afirmaba el vacío. Me poblaban
la auroral desnudez de los mosaicos,
la forma de tu lira abandonada,
la conciencia de mármol del silencio,
todo el mate blancor de soledades
que el lago azul de la distancia hiela.
Pero aunque sólo nadie esté conmigo,
¡es tan alegre ver caer la nieve!

4 de julio de 1943

XXVI

Me soñabas arroyo de tu frente,
corriendo por la margen de la ausencia
en torno a tus vocablos pensativos.
Me dijo un árbol: ¡párate! —y seguía
por la ternura abajo de las aguas.
Unos caminos exclamaron: llévanos
hasta la gota última a que llegues.
Y a todo prefería mi espejismo
de blanco caracol desanudado.
Pero te levantaste de puntillas
para poner un girasol en horas,
y entonces, por el cauce de tu brazo,
me subí hasta las puntas de tus dedos.

14 de noviembre de 1943

XXVII

Nada queda de ti que viva lejos
de mi amistad de loto, en el estanque
donde te orillas diáfanas vertientes.
Tus millas de aire blanco, tus palabras
de élitros verdes, tu interior de vino,
tu delantal de espumas sensitivas,
las inmóviles aspas de tus brazos,
todo me gira alrededor sin verlo
y a punto de nacérseme en los ojos
de una mañana azul, que te debele
nieblas, que asuma tus seguros gestos,
que te desnuden la veloz distancia,
y me dejen tendido en tu meseta
con una corza suelta por mi sueño.
Pero aún los relojes de las fuentes
siguen corriendo, sin marcar la hora
de entrelazar mi soledad contigo.

4 de febrero de 1944

XXVIII

Es dura esta esperanza de que al verte
seguirás siendo ausencia. Para entonces
retornaré a buscar en la penumbra
la que ahora refluyes del silencio.
Te alzarás desde el fondo de mis ojos

en un esbelto surtidor de nardos;
tendrás un corolario de promesas
y un silogismo de cristal de roca;
pasarás por el arco de ti misma
oyéndote reír a ruiseñores;
pero siempre serás la resonancia
de un dédalo de sombras casi vivas,
de un artesiano pozo de ternura,
bajo la llave echada de mi cuerpo.
Y acaso habrán de ser mis propias alas
—blancas de introspectivas evasiones—
las que ya, por los siglos de tus hombros,
se hayan de florecer en los almendros
de todas las futuras primaveras.

7 de febrero de 1944

VIAJE AL INTERIOR DE TU VOZ

POEMA DE LA AMISTAD

[1944-1946]

PRIMERA JORNADA

SITUACIÓN Y ELEMENTOS DE UN PAISAJE EMOCIONAL

Voy ahora camino de mis venas
con la sonrisa al hombro. Me precede
una senda de nardos bemolados,
eje de rotación de estas planicies
bordadas con un sueño de gacelas
a orillas de un estanque pensativo.
Sus frentes de cristal son como espejos
que idean mis trigales interiores
ondularse en un viso de amapolas,
que miran la manzana del afecto
dividirse en dos cúpulas gemelas
en las sienes de un búcaro de mares.
Desde las altas cimas de los riesgos
contemplo las acequias de mis lavas
divagando coágulos de angustia
entre bosques de estatuas derruidas
por los valles timbrados con el silbo
del largo adiós de una vigilia en marcha.
Si no te presintiera, cuerpo mío,
sostén de mi corona de eminencias,
espacio de estas ráfagas insomnes
ajustadas a un vuelo de iceberes,
pájaro de mi voz, zodiaco abierto
de mi espectro vital, me creería
cráter lunar o pozo abandonado
incubador de larvas de ciclones.

BIBLIOTECA GENERAL

Briznas sobre estas rocas inasibles,
me planean polícromos recuerdos
en sus abstractos laberintos mates,
me fluyen a un estero de nostalgia,
me ciñen a las curvas siderales
de una melancolía sin fronteras.
Y debo descender hombros abajo
pues un compás sin ritmo todavía
me incita con efluvios musicales
a recorrer paisajes que florecen
sinfonías más ávidas que nunca
de hundirse en el regazo
que encierra el corazón de las palabras
si, vírgenes aún, están desnudas.
Sortearé los múltiples picachos
que me escuchan bajar hacia los ecos
de un olvido de arenas que se rizan
contra el rostro de aire de la ausencia.
No detendré mi paso en las veredas
que vienen de mi ayer. Traen las huellas
de los viejos prejuicios incrustados
en un campo a traviesa de ilusiones,
de lirios como lágrimas que fueron
mesones de las altas madrugadas
perdidas en la noche,
de tantos lloviznados calendarios
—rojos de amor y negros de tormenta—
que al ajedrez jugaron con mis horas
en la piel luminosa de los días.
Todas estas imágenes poliédricas
son grifos aspirantes que quisiesen
volverme de aquel tiempo a las espaldas,
retroausentar mi hoy, manumitirme
de estos vilanos de cristales rotos
que escarchan de aluviones puntiagudos
la respirable herida de mi atmósfera.
Más al fondo de mí puede que broten
las galerías de mis nieves hondas
durmiendo boreales ventisqueros
con una voluntad de porcelana.

Acaso alguna boca cristalina
con la fría sonrisa transparente
de la última náyade ahogada
en el verso de égloga de un río.

Tal vez una cautiva cabellera
ya en el azar impresa de un eclipse
o un ánfora de hielos amorosos
con una vaga ensoñación marina

o una llama roída por el fuego
de su cósmica arcilla enajenada:
toda una colección de golondrinas,
dulces espuelas de un raudal de oboes,
que dejó la semblanza de sus pulsos
en el párpado ardiente de mi alero.
Oh días taladrados, oh mejillas
de soledad, tambor de aire vacío
que marca los redobles de los ecos.
Bordearé las cumbres que me piensan
pastor de incertidumbres,
aquí donde los ojos
que espigan las praderas de la lluvia
enhebran de la luz la infancia de oro
—miradas recién hechas en la fuente
que mana de un costado de la aurora,
silabeos de pámpanos,
guedejas— que serán acto y lenguaje
en el nadir de una amistad de trigo.
Debo andar a la altura de mi pecho
pues el timón de nardos que me guía
zigzaguea relámpagos enanos
como un acordeón de mariposas.

Y sigo esta madeja devanándose
que no sé dónde irá,
qué rumbo lleva, qué sorpresa viva
guardará su piñata de horizontes.

La miro por debajo de sí misma,
cuatro grados al sur de aquella tarde
entreabierta en el tallo del encuentro,
pétalos de dos fechas convergentes
en la corola ardiendo de la guerra.

Y la veo doblar recodos de agua,
cabos que me penetran gozo adentro,
puntas de la ilusión donde se amarran
los cables de unas conchas que recuerdan
el rapto de sus íntimos orientes,
oh banda de cristal que condecoras
los mares de mis costas interiores.
Navégame las calmas,
canta tu amanecer sobre las crestas
de los gallos de espuma de mis olas
y tus nardos serán puente de plata
por cuyas pasarelas jubilosas
huirán dentelladas y jaurías
acosadoras de mis ciervos blancos.
Bajo estas ondas mudas se encabritan
vórtices de puñales al acecho,

la neblina de rosas que enmascara
la flecha venatoria del instinto,
las sirtes que se engullen
el equilibrio azul de un alma sola.
Pero yo duermo con la voz despierta,
oh, tú, carlinga mía, que desbordas
el ritmo impar de un cántaro de estelas.
Oh chalupa a mis músculos atada,
submarino y avión de los deseos,
buche de sal y vértigo de escollos
prendidos a la red de mis arterias.
Oh pleamar de velas triangulares,
labio y orilla, múrice y jadeo
de tus profundos frenesíes de algas.
Oh saltos de tritón tornasolado,
lancha donde navega oceanías
el ramo de marfil de mis cuadernas.
Oh espiral y redil de los suspiros,
bitácora de nortes de ternura,
cómo braceas, cómo te levantas
sobre el ancho acueducto de tu frente
balanceando la guirnalda en ruta
hacia la inusitada primavera.
Cómo te encrespas, cómo te defiendes,
líquidos pirineos de esmeralda,
cerrándole a los nardos el camino
de la nítida isla que transcurre
en el aliento de su estar varada:
noche, día o crepúsculo;
raíz, estrella, sed, puño o cilicio;
daga, tigre, huracán o garra viva,
tic-tac de sol o pálida burbuja
del ordenado sueño de la nada.
Y sigues, esquiadora de mis hielos,
ya dulce imán de un polo constelado.
Qué alta seguridad la de tus remos,
cinta velera más que riel alguno,
entre los torbellinos solidarios
que sacuden tu gracia de amazona.
Y avanzando por ti sobre mí mismo
te presiento llegar por mis arcadas
que alabean el mármol de tu escorzo
como un latido tuyo en mis confines.
Y cuán libre te dejan mis lebreles
entretenidos en jugar las letras
de tu nombre de nácar con el mío.
Si mis mares resisten a tu paso
es porque siempre floten tus audaces

rastros del caminar, total presencia
de ti cuando te alcanzas a ti misma
en un desbordamiento de llanura.
Mas escucha el secreto pensamiento
de esta gran cordillera de vaivenes:
«Blanca vela que cruzas mis umbrales
como una vía láctea caída,
sé tú mi corazón —trino y molusco—
en la concha perfecta de mi pecho.
Me ceñiré a tu cuerpo sin mojarte
la sombra que recluyes en tu nido.
Me haré una gruta en mis adentros de agua
dócil como un espejo al recogerte.
Me tallaré en facetas porque logre
balizar tu blancura las tinieblas.
Si quieres zambullir seré escafandra;
si quieras volar seré gaviota;
si frío de coral, verde manguito;
cristal de roca para tus collares
y abanico de espuma en una playa.
Seré lo que tú quieras que yo sea,
siempre que no me quiebren las mudanzas
mi voluntad de sonreír al viento
aún cuando sal me llore la memoria,
pues soy aquella ola que a Leandro
le sirvió a su cabeza de almohada
cuando las zarzas del amor helaron
su brulote de sangre a la deriva».
Yo no sé si oirías estas voces
donde la soledad vivaqueaba
a ras de tu carrera en mis andenes.
No sé si detendrías la mirada
por este repertorio de estaciones
con nombre de tus gestos y ademanes.
O si llena de ti proseguirías
como el mensaje de la luz de un astro
transportando las frutas del color.
Rendido de fatigas mercuriales
me tiendo a descansar.
En la mano borrosa de la noche,
por un cauce de nardos bemolados,
un horóscopo riela ambigüedades.
Y un ingrávido elixir me descorre
cortinas y cerrojos.

PRIMER SUEÑO

MODÚLASE LA FUERZA INSTINTIVA DEL AMOR

En tus nardos blanquea mi reposo
y la noche se enreda en mis pestañas.
Un oscuro silencio de ebonita
—(Oigo abrirse una puerta lentamente
y alguien sale de mí que se aproxima
a esa tierra de nadie donde todo
matiza el arrabal de su sentido)—
me duerme a pierna suelta corredores,
sótanos de castillos enjaulados
y túneles que bordan, río a ciegas,
el caracol maduro de lo incierto.
¿Qué piensan estas sombras? ¿Qué escenario
—cenáculo de paz, casa de olvido,
anestesia de un orbe de inquietudes—
ocultan tus dormidas bambalinas,
súbitamente biombos animados?
¿Qué mano es ésta que de pronto nace
por detrás de una nuca irrevelada
y bulle en los ancones de mi pecho
dedos de miel y pájaros heridos?
¿Qué aliento poderoso es esta llama
que hace de mi tamaño una sonrisa?
¿Quién embriaga estos labios que modulan
el silbo de coral de cada vena?
¿Quién amanece en esa tina clara
que abrillanta el espejo de las fuentes?
¿A qué esa larga cola de azahares

con que el agua nupcial corre gozosa
antes de hundir su brazo de murmullos
en el tálamo azul del océano?
¿Qué himno de esperanzas se avecina
para eclotar los troncos hojas verdes
como lenguas dispuestas al idilio?
¿Quién liberó estas fuerzas de mi yugo
para que se levanten de sí mismas
hurtándose a mi voz y respirando
sólo la servidumbre de sus alas,
ellas solas, purísimas, insomnes,
cual guijarros irguiéndose del fondo
de la inconsciencia húmeda de un lago?
Como en una intemperie de alusiones,
con perfiles de aliento y nebulosa,
se soslayan sus cuencos esfumados
e, implumes todavía, corporizan
un perfume, una esencia, una mirada,
insinuándose apenas en su quicio.
Son hormas de los signos del lenguaje
con que se hablan fervores
desde un foso de floras y de faunas.
Son figuras de pasos en alfombras,
almendros de expresión sin ornamentos,
las raíces descalzas de un zodiaco
que muestran los prodromos de la vida
como en los taconeos de las danzas
los pómulos de rostros primitivos.
Y tú, piedra; tú, esquina; tú, ventana,
¿qué esmalte de ilusión habéis libado
para tener la tez de una muñeca?
¿Dónde están las clavijas que os tensan
esa alegre mejilla de tambor?
¿Habéis soñado acaso con que un seno
os henchía en melódica oleada?
¿Cómo habéis heredado tanto lujo
hasta ayer en ascética pobreza?
¿Se ha ceñido el corpiño de la aurora
a vuestro despertar esta mañana?
¿Cómo tenéis la luz que los insectos
derraman en la noche de sus bodas?
¿Le habéis robado al aire que os palpa
la imagen de sus márgenes desnudas?
¿Por qué el grano de arena de ese germen
cree tocar el cielo con la mano?
Y tú, violeta, flor que en mí te ahondas,
¿qué escuchas en tu celda de colores
con las mullidas savias que te aúpan

hasta la plenitud de tu belleza?
¿Qué beso de interiores terciopelos
ha abierto en tu corola su sombrilla?
¿Qué sueño transparente te ha vestido
con esa juventud que te desnuda
hasta dejar tu forma en pleno vuelo?
¿Qué vena oculta, qué mensaje oscuro
has captado en el cáliz de ti misma
que te desborda sin salir de ti?
¿Es qué celebras hoy tu cumpleaños
envuelta en el quimono de tus brillos?
¿Es qué vas a romperte en mil pedazos
y antes quieres subirte a tus aromas
en un martirologio de hermosura?
¿Te ha dado un ruiseñor los buenos días
o te ha llamado un caracol hermosa?
El volumen del mundo se ha aumentado
con este alojamiento de energía,
suelto el cabello, la sonrisa en alto,
bacante enajenada que desata
el vendaval de arrullos de las selvas,
que conmueve las yemas de las rocas
y desvela los ojos de los puentes
y bate el corazón de las ciudades,
cuyos semblantes son ondas táctiles
de una ancestral llamada de armonía,
convocatoria para el ciclo nuevo
de un júbilo en volandas renacido
que se transmite en ciegos radiogramas
a través del trinar de cada cosa.

¿Llámase así, escorpión, esa pulsera
abierta a los paseos de la luna?
¿No te habrán, ave lira, equivocado
con tu antena emisora de arcoiris?
¿Te dicen gallo a ti, cresta del alba,
despertador del beso y de la ojera?
Por tu silbo y tu cruz, pájaro en vuelo,
¿se aludirá bajo tu nombre que eres
sismógrafo de amor y de anilinas
inscrito en el diamante de la altura?

¿Pero qué caramillo va cantando
esta fiesta de vinos gozadores
por el fuego, la mar y la montaña?
¿Qué detiene a ese rudo marinero
ante la rosa abierta del camino,
entablándose un diálogo latente
entre la flor que cree ser pupila
y la pupila que se siente rosa?

¿Y por qué ese silencio transfigura
la gota de rocío en una lágrima
y la lágrima en gota de rocío?
Se alejará el marino, mas la rosa
sentirá los ovarios fecundados
como por un rumor de mar ausente
y en el azul el arpa de una vela
se ceñirá a unos ojos que sonríen
con el más bello rol de movimientos.
Todo es palpitación y muelle arranque.
De lo concreto, en los cabales odres,
se fermentan los pulsos de lo abstracto
con un latir de anís, menta y canela.
Las mismas sombras que del sueño nacen
tienen como un recuerdo de saberse
inundación de negras cabelleras
sobre la piel de una mujer desnuda.
Y una gran sensación flordelisada
prelúdiase en un prisma de alegría.

SEGUNDA JORNADA

ESTADO LARVARIO DE LA AMISTAD. AFECTO INASEXUADO

Otra vez en camino de estas venas
que no son las de ayer. Víbranme ahora
como templadas cuerdas de guitarra
en un resonador de alta ternura.
Debe haber comenzado ya el deshielo
de un sensible glaciar o haber caído
en los brazos cruzados de mis valles
el telar de equilibrios de la lluvia.
Me silban torrenciales sus arroyos,
delíranme sus flautas mis dominios
como una romería de serpientes
buscando una caverna en mis costados.
Sus estelas de curvos bisturíes
me precintan el cepo de una isla
suspensa de los filos de una espada,
me solfean un júbilo de eclipses
y rubrican el álbum de mis nieves.
Pasan en una larga singladura
por el balcón volado de mi frente
y dejan en mis sienes alentando
un paisaje de estío con cigarras.
Vosotras recorréis mis estafetas
desafiando borrascas, principios
y las bocas de lobo más oscuras.
Os cargáis a lo largo del mensaje
que por los hilos tensos del instinto
trasmiten a los vasos de mis norias

el destino veloz de las ruletas.
Me desmandáis de toros mugidores
los últimos sillares de mi cuerpo,
que no termina en mí sino prosigue,
saliéndose a castillos en el aire.
Y me arrojáis las redes de canales
del victimario pulpo en que resido
para apresar el pez que por las rutas
de la risa y el llanto se devana
sin degustar la arena presentida.
Yo bien quisiera asirme a vuestra cola
de líquidos cohetes circulares
y del cenit mental de mis trapecios
lanzar a los extremos de ti misma
la traslúcida serie de sus aros
para verlos llegar de tus florestas
como una teoría de ecuadores
regresando a su cálida morada.
Ellos me contarían de un torrente
que holgaba en el regazo sin orillas
de una pequeña flor ilusionada.
La historia de aquel árbol solitario
que retoñóse en sal de lejanías
esperando ser hombro de una vela.
La sugestión de un aspa de molino
que se piensa huracán vuelto de espaldas.
Y cómo llega el viento a medianoche
a dormir en el lecho de los ríos,
dejándoles recuerdo de su sueño
en ese frío que se busca el rostro
a través del camino de un espejo.
Todo ese mundo mágico que juega
al estira y encoge sus elásticas
mareas de ternuras inefables
a pesar de sus firmes apariencias.
Pero ya la mañana de tus nardos
trina en la alegre voz de la distancia
el madrugado pecho de mis mares.

Las olas se tendían a lo lejos
como una derribada escalinata
de mis arquitecturas interiores.

Y en medio de sus mármoles abstractos,
reflejos de buriles transparentes,
tallábanme la idea de mi cuerpo
en un fluido pensamiento de agua.

Fui pensado garita de quimeras,
episodio veraz de la alegría,
errante contraluz de la zozobra

y espectador de un drama de basaltos.
Fui pensado también en acericos,
en el impulso musical del ansia,
en la lupa convexa del deseo
y en un yo de inminentes golondrinas.
Mas ante el peso vivo de mis venas
todo fue un raciocinio de cristales.
Entonces un sendero trasmarino
se hundió garganta abajo de turquesas,
sondándome los íntimos refugios
donde conspiran sueños que se rompen
en pedazos de oscuras rebeldías.
Pero antes bordeamos una fosa
en la que sonda y yo nos detuvimos.
Su tubular angustia contenía
mascarillas de gestos y ademanes,
vaciadas ya de la efusión caliente
que henchía sensitivos clavicordios,
palabras de escotados horizontes
y los peluches jóvenes del tacto.
El cartílago duro del silencio
tapiaba con sus vidrios hembranosos
la niebla de unos élitros dormidos.
Sin tener unas manos en las mías
daba hielo mirarse tan adentro.
Como en cámara lenta, sorprendida
a través de un lejano telescopio,
se perdían de vista en el vacío
mariposas lunares arronzadas
sobre un blanco terror de terciopelos,
gelatinosos cascos de medusa,
la hiedra frágil del escalofrío
absorta en barométricos ramajes
y formas de murciélagos caídas
de disparos a estrellas cinerarias.
Estaban con su luz deshabitada
en la linterna sorda del olvido,
con los vagos relieves que perduran
en el hueco relieve del recuerdo,
gélidas huellas de un rumor de termas
desodoradas ya de los agudos
minaretes calados del anhelo
y las guijas fulgentes del agravio.
Tú, camino, que saltas mis penumbras
con las rodillas firmes, mis barandas
de puente levadizo sumergido
y mis geografías transeúntes,
desvía los alertas de tus nardos

de esta noche aterida que me clava
hasta el puño su hoja de tinieblas.
Por el dedo en la sombra de tus labios,
mírelos de puntillas tu mirada,
que no pongan en pie tus aladares
su pálido aullido de marfiles.
Déjalos bien dormir en los embriones
de su espejismo astral, en sus orugas
de gusanos de aire siniestrado,
aquí, en esta abadía de mis aguas,
siempre huyendo de sí, siempre buscando
el témpano buido que destila
la universal presencia de su fuga
en su hogar que se ronda permanente,
no estando donde está y estando fijo
a su trasiego de hombros y de curvas
por dédalos de sal a la carrera.

Este mar que me mira respirando
y palpa mi rumor con su destino
de barajar neumáticas demencias
es el zafiro que me sube el pecho
hasta la gran planicie que en mis sienes
rompe a volar campanas aurorales,
trayéndome en las nubes del sonido
islas maduras bajo un sol de arpas,
arpas dolientes como dromedarios
que cruzan por la sed de mis llanuras
camino del naciente de tus venas,
donde la miel de la amistad trabaja
panales como rosas que difunden
el sueño de dos frentes paralelas
en las que hace gimnasia un paraíso.

Vuelvo a enfilar tu voz luna lunera
en las cuerdas vocales que modulan
el aria de un cantar de meridianos.

Todos parten a dar la vuelta al mundo
con su flexible espalda de remeros
por la esfera armilar de mis tendones.
Y ordenan un tumulto de ciudades,
y prestan longitudes a mis sueños,
y arponean arterias invernadas
en la roja vivencia de unos labios.
Nada importa que a cuestas me susurren
el diáfano linaje de las nieves,
la cenicienta historia de las brumas
y el osario de besos a distancia
que habiéndose perdido entre cerezas
acostaron sus hielos para siempre

en el semblante frígido del polo.
Ni importará que lleguen enjoyados
con zarcillos de auroras boreales
ni que traigan sus árticas saetas
una doble intención de corzas blancas.
Tan pronto como lleguen a los nardos
que siguen caminándome ternuras
fundirán en su cálida corriente
la yugular de su trayecto helado.
Pero de nuevo me hallo en la alegría
de correr por mis venas a tu encuentro.
Van en persecución, alucinadas
de un remoto temblor de conchas vivas,
de emisoras perdidas en la niebla,
de las vueltas y esquinas de una sombra
y de un grillo que canta no sé dónde,
desde algún agujero vespertino.
Van en persecución, desparramadas
por los tórridos valles de mis pliegues,
el sangriento tapiz de mis taludes,
mis relatos de níveas cornisas
y los desfiladeros de mis huesos.
Buscan, pero no logran señorío
mas que la forma abierta de la huida,
la presencia de estar en otra parte
y la contrafigura del insomnio.
Y siguen revisando mis espejos
sin descubrir un gesto abandonado.

Me registran las cámaras vitales,
el rostro de mercurio de mis fuentes,
los sótanos de un llanto sin salida,
las ramas de los últimos adioses
y un olvidado éxtasis de cruces
atormentando orgánicas colinas.
En todo estás y en nada te descubren.
Amontono los cielos y mis rocas,
espío galerías convergentes,
pongo escuchas en todos los parajes.
Y es en vano que quiera aprisionarte.

Siempre la larga escala de tus nardos,
cuando ya la pretendo humanizada
entre mi espada y mi pared finales,
se iza por veloces ascensores
a los bordes de mármol que contienen
la nítida frontera de tus rosas.

El coro de mis venas me proyecta,
desde el fondo de mí, por las calzadas
que desandan sus lenguas verticales

en red mural y fuego sostenido,
rumbo a una madrugada sin riberas.
Y sus bielas me giran incansables
en una dirección desconocida.
Ninguna soledad dentro de un río,
ni el adiós de una mano en las tinieblas,
podrán llorar el eco solitario
del duro caracol de mi desvelo
trepando la cucaña de tu sombra.
Espérame en lo alto de tu pelo,
próxima a aquel latido que regula
el orden de mi voz, en la que ahora
despierta el acto puro de saberte
el propio acontecer de mi sonrisa.
Espérame en el sol de tus cabellos:
tengo que hablar contigo enredaderas,
tardes como un cerrar de acordeones,
avenidas que pasan con el dedo
sobre el verde silencio de sus labios,
campos de vid y trenes que se alejan
por la curva sin fin que nos limita.
Te quiero hablar ciudades y palomas,
la luz meditadora de mis noches
con un libro de estrellas en la mano,
inciensos de volutas afectivas,
horas en pie y alcázares vacíos.
Y mientras yo te busco bajo el agua
tú ya estás en el aura que me envuelve
cortándome tu ausente primavera
en el preludio en flor de mis almendros.

SEGUNDO SUEÑO

APARICIÓN DEL OBJETO AMOROSO

Con el oído en tierra de mi cuerpo
—de bruces en la artesa de mí mismo,
a oscuras la espiral de mis relojes
y en un cepo de inercias—
me escucho galopar en tu distancia.
En las hojitas verdes del sonido,
en estos cielos ávidos que bajan
a beber en un cuenco de grisúes
los ecos de un letargo de horizontes,
en esta fuerza alada que se basta
a derribar zodiacos y titanes,
en los vivos heraldos del silencio,
tu primavera acústica se acerca.
Y llega por planicies interiores,
por delgados senderos verticales,
de puntillas pisando alas heridas,
en volandas de vidrios transparentes.
Te esperaba en las verjas del insomnio
y es en la arena de mis playas hondas
donde la caracola de tus nardos,
apaisada de nácares dormidos,
despierta en los delfines de mis venas,
reposa en un latir de porcelanas.
Ella eres tú, manando el soliloquio
de las aguas en vilo de los mares
y los anales diáfanos del viento.
De sus fríos cerámicos de concha
sube el frufrú de una amistad de seda

en un rumor de sangre transparente.
Esa eres tú, volumen de mi sueño
y espacio de mis tardes pensativas.
Oh estrellita de circo, te has caído
desde el alto columpio de mi frente.
No me digas que no. Se te conoce
en esa punta izquierda que te dobla
la babucha oriental de la aventura.
No me sigas negando. Te prometo
que no te borraré de mis penumbras
ni ha de rondar tu alcázar de muñecas
un viviente cerrojo de dragones.
Dime que sí, que fuiste bosquejada
al nivel del costado de la ausencia
por un redondo volapié de armiños.
Te dejaré jugar contigo misma
en los cabellos sueltos de las fuentes.
Y tendrás carne blanca como un río.
Y en tus nítidos fondos los reflejos
te moverán la voz del pensamiento
con lengua de cristal.
Alargaré tu nombre de llanura
hasta el pie del anillo de mis sienes.
Y tenderé mi voz en tus mesetas
cuando las soledades me desborden.
Ellas serán espejos donde puedas
extraer la raíz de mis glaciares
elevando tus manos a mis sienes.
Y tendrás altitud de cordillera
y vibración de selva en tu espesura.
Así te iba sacando poco a poco
del costado de agua de mi sueño.
Pájara pinta, pícale los labios.
Verde limón, madúrate en sus senos.
Isla de mayo, súbete a sus hombros.
Fuego apacible, córrele las venas.
Alta caricia, vuélame en su frente.
Trigo, reclámala. Tórtola, arrúllala.
Y cuando por mis venas tropezaba,
tanteando vitrales y paredes,
a gatas por estrechos pasadizos
y a cuestas la espiral de mis relojes,
buscando una salida en las tinieblas,
me descubrí de globo derribado
en el amanecer de una sonrisa.

TERCERA JORNADA

ENCUENTRO EN LA PLAYA CON ELLA DORMIDA

Blandas de luz las aguas de mis sienes,
nadadoras de sal y de ternura,
gano la tierra firme de tus hombros
en el friso de nardos de tu sueño.
¡Qué campanada de cristal de roca,
dura a mi pie, alada en su regazo!
Oh, nieve dulce, oh júbilo de mármol,
que atináis con la forma verdadera
de la real presencia de mis fugas.
Estas si son miradas, ojos míos,
en las que vivaquean los contornos
de una isla invernada entre mis hielos.
Quedan atrás cerradas galerías
en donde el tiempo cuaja sus arterias
cristalizando médulas de río.
Atrás una obsesión de corzas blancas
por los desfiladeros de mi frente,
la escondida arañita que nos habla
de que hay un cielo de color de rosa
para cada arcoiris pensativo
y la espera del viento en mis planicies
haciendo solitarios con la arena.
Quedan también, arriba, desniveles
de apasionadas piedras oscilantes,
la fuentecilla azul de la ternura
pensándole mis bosques a tus cimas,
y mis manos, en vilo de tormentas,

buscando en nubes, tardes y sonidos
el alfiler dorado que encantara
tu vertical frescura de arroyuelo
en el sediento cauce de mi sombra.
Pero ya tú me aguardas en la linde
donde los gnomos tenues del silencio
custodian tu dormido altorrelieve.
Densa, mate, pianísima blancura.
No es que el alba, abrevándote, se adentre
en una metafísica de armiños.
Es que de tus caminos interiores
la blanca noche boreal trasmina.
Y dentro de su efluvio constelado
nunca ya se herirán mis esperanzas
en los vidrios descalzos del anhelo.
La ciudad de tu sangre se aplacerá
en rescoldos de lentos toboganes,
en extasiados léxicos de curvas,
en un acorde de amapola y lago
debajo de tu espuma iluminada.
Ahora arrastrarán los manantiales
con mayor pesadumbre sus cadenas.
Una onda levísima concluye
de acertarse en la diana de tus labios.
Debe de ser un trémolo del aire
moviendo tus visillos en penumbra
o un peso de espiral que se amortigua
en la música oscura de la niebla
al ludir tus vertientes de campana.
Me acerco más al centro de mí mismo.
Y cuando ya me toco el pensamiento
me salen al encuentro tus cercados.
Da gozo andar con la alegría abierta
por la flor de tu noche en pleno día.
Aún están las fuentes acostadas
en el lecho natal de sus espejos
y a pie firme sostienen tus columnas
su inmóvil teoría de cigüeñas.
Pasan, reflexionando golondrinas,
rampas que te llevaron entornada
al ancho soportal de tu reposo.
Y abandono el instante a su albedrío.
Restituyo mi arena a los desiertos,
mis salinas redondas a los mares
y los labrados trinos del instinto
al alma de cristal de los oboes.
Me desnudo contrastes fronterizos.
Desprendo mis barrancos y costados.

Me derramo piteras y canales.
Pongo puentes de plata a las huidas.
Y tan a la intemperie me consigo,
tan atmósfera mía, tan vilano,
que podrían cruzar mis accidentes
por las rendijas últimas del frío
sin rozar los colmillos del invierno.
Todo tiene una paz que ya es la mía:
te oigo crecer la hierba del olvido
y latir intervalos de corales
en la ola varada de tu pecho.
Y me siento llenar las oquedades
que te dejara el eco y la distancia,
los muelles pasadizos que te esfuman
a un interior de órgano callado,
claustros que aposentaron novilunios
y repliegues de cóncavas nostalgias.
Y voy pisando sólidas ausencias,
ansias vacías, bronces reprimidos.
Todo guarda una voz que será nuestra:
los inocentes lirios condenados
a cadena perpetua de medusa,
el remanso que deja la arboleda
armado con la hoja de un cuchillo,
el estrellón rompiente y el mal tiempo
que llama inútilmente a las posadas.
Y aún los acericos del insomnio,
lo que se afile tenso de futuro
con voluntad de flecha dirigida,
todo lo que se abisme en sus raíces
para volar por diáfanas mesetas
tendrán en nuestra voz un rinconcito
donde duerma su afán cada palabra.
Aplicando el oído a tus paredes
presiento, en una pausa de volcanes,
como un vagido en ciernes de ciclones,
malezas que se atigran los costados,
ánforas con violencias desgarradas,
rotos agravios, ráfagas ardientes,
sótanos vivos y ásperas tinieblas.
Y mientras escuchaba lejanías
que me iban invadiendo lontananzas,
hace entrada el cortejo luminoso
del ámbar de la luz por tus pasillos
con su albornoz de pálida bengala.

TERCER SUEÑO

DIÁLOGO DE LAS IMÁGENES QUE SE LIBERAN

(Ayer, en mi jornada victoriosa,
gané la tierra firme de tus hombros.
Esta noche mi sueño te prosigue,
saltando sobre el aro de tu cuerpo,
más allá de las lindes del amor).
Tú no eres esa que de pronto llegas
—y bien presientes tú que esa no eres—
metida en tu tamaño, en tu sonrisa
o en tu modo de andar. Tras esos planos
te escondes tú, la otra, la naciente,
casi rosada sombra todavía.
Esa que en ti se apoya, que a intervalos
hace pie en tus espumas vadeables
y se hunde de nuevo en una inmóvil
oleada tectónica de armiños.
Si te miro a los ojos, dos piraguas
que los atravesaban de este a oeste
ponen su rumbo al sur, electroflechas
hacia los primitivos iceberes
que te emiten un pórtico de nardos.
Si a tu sonrisa de infinitas bocas
prolongo su horizonte imaginario,
se proyecta tan lejos de tu rostro
que no pueden cazarla mis lebreles
por tan trigonométricos parajes.
Si a tu menhir de formas sucesivas
pretendo detener en el instante
en que estás a mi sed sincronizada,

siempre te sobra un gesto que no es tuyo
o te falta un perfil que te incompleta.
Tú te sientes cerrada, definida,
con una ceja aquí y allá otra frente,
una tarde en la ojera y con el cuello
mojado de ocarinas y de cisnes.
Pero no eres el árbol sino el bosque.
No sospechas, ni en sueños, de que eres
marquesina sutil de una extranjera
que tu delgada intimidad columpia
y que puede salir de tus rasantes,
torneada de múrices y oboes,
en el momento en que se marquen
las doce de la blancura en los andenes
de tu orilla interior, al otro lado
del corazón de lunas de tu piel.

Tú eres tan sólo el punto de partida
de otras muchas fragancias ilegibles,
tu onda más gentil y arrulladora,
tu noción más sensible de planicies,
la más dócil a ti, la más cercana
de todas tus palomas mensajeras.

Tú no te sabes fuera de tus flancos.
Más allá de tus lindes vuelan otros
múltiples radiogramas con el texto
de tus lirios cifrados. Una garganta,
¿tiene que ser garganta solamente?
¿No puede haber detrás de su espejismo
una aguda floresta de alabastro?
Tu cuerpo, ¿no es más bien una colmena
de invisibles abejas de cristal?

¿Siempre es un brazo brazo y sólo brazo?
¿No puede ser también un cachorrillo
de las nupcias de un río con la nieve?
¿Es que los senos siempre son colinas?
¿Por qué no habrán de ser las tersas flores
con las que intuya un polo de osos blancos
la rauda primavera de los hielos?
Y ese ave de preguntas sonrosadas
que se mueve en mi voz, ¿de dónde llega?
¿Qué arquero, y de qué nube, podrá hundirle
su saeta en el flanco, si su flanco
se siente sólo como un aire tenso
teorizando un nudo de veletas?
¿Qué poderosa mano flechadora
podrá herirla en el ala sin herirse
su propio azar de cazador furtivo?
¿Qué mirada podrá reconocerla,

tan diluida como está en mi acento,
sin que pueda tan sólo apoderarse
del eco de la forma donde estuvo?
Déjate hablar y te hallarás conmigo
en el filtro afilado de mi voz.
Escucha la carrera de los corzos
por tus valles dormidos; los vilanos
que trascienden la luz innumerable
de tus firmes presencias; las parábolas,
con trazo de ángel e ilusión de vino,
que esbozan en tu honor las golondrinas
y el tardo buey lloroso del crepúsculo
derramado en un cocktail de colores:
todas las imposibles nebulosas
de un errante sistema de ternura
en torno a una dormida transparencia.
Oh mi blondo castillo insospechado,
¿dónde los intuibles ascensores
para subir mi alondra hasta tus alas?
¿Por dónde el caracol que te desciende
al gineceo de tu forma en vilo?
¿Dónde los sutilísimos balcones
que te asomen los nortes de mi gozo?
No es que te busque. Estás. Mas ¿dónde anidas
el grácil percutor de tus variantes?
Dímelo, tú, cometa, que en mis ojos
desnudas la verdad del aire ecuestre.
Dímelo, ruiseñor, que haces añicos
el vaso del silencio a medianoche.
Oh mi turgente pleamar cautiva,
cuando vuelvan de nuevo tus caletas
a romper la mejilla de mis mares
y tu caído miriñaque de olas
descubra el litoral de tu contorno,
aprenderán mis pájaros en mano
a leer tus movibles alfabetos
y tallaré en bajísimos relieves
tu mutismo y el mío entrelazados,
ya redimidos del país incierto
en que duerme su sueño de horizonte
el cocodrilo azul de la distancia.
Que de tu mano salga la otra mano
que me dicte tu espiga verdadera,
no la ilusión de ser la que ahora eres.
Que de tu espalda de dormido fuego
surja tu otra espalda de agua fresca
donde lave su rostro mi ternura.
Que de tus rubios álamos rientes

broten las hojas que me den la sombra
de la serenidad del equilibrio.
Desde tu luna, noche, de esa frente
que le da un sueño dulce a los molinos,
una amistad de sombra a las plazuelas
y unas bodas de plata a las lagunas,
la verás sonreír en los pedazos
de mis desanudadas evasiones.
Y de pronto la noche se acrisola
—alternando los síes y los noes—
en una gigantesca margarita.
A cada sí de luz le continuaba
un no de oscuridades impacientes.
Se me pusieron a llover sus hombros
lámparas de alabastro. Iban cayendo
trinos de estrellas, pétalos fugaces,
distancias que llevaban en el pico
una veloz antorcha ilusionada,
llantos a media voz, islas ausentes,
largos luceros esquiadores, rectas
soledades a fondo, sensitivas
pastorelas de amor,
lágrimas de perfil, rumbos al sesgo,
todo un móvil vivero de sonrisas
que incitando a mi afán a proseguirte
impedía a mis brechas encontrarte.
Quedaron deshojados cielo y alma.
Luces que te borraban se apagaron,
sombras que te sabían se encendieron,
hasta quedar el vertical pistilo
de tu unidad idéntica a ti misma.
Despojos luminosos de la noche,
inconcretos despojos de mis sienes,
volvieron a tu origen de gacela,
a tu profunda humanidad sin velos,
cuando todo era albor, en la mañana
de la primera sílaba del mundo,
voz la amistad y fruta la alegría.
Quedó entonces tu imagen destilada,
aguardiente de fugas, alambique
de tu verdad, cantil apasionado,
ya firme por los siglos de los siglos.
Y en el silencio, toda tu blancura,
feliz, dentro de mí, cerca, inquería:
¿por qué no desatáis lo que yo quiero,
esa ley que amanece mariposas
en los rosados mundos de tu voz,
ese cordial remanso de llanura

que pone al cielo en paz con las tormentas,
la vuelta a comenzar un paraíso
donde seamos tardes desasidas
de la luz, del color y de la llama?
Y el día me pisó con sus caballos
—no sé si aún dormido o ya despierto—
en la columna vertebral del gozo.

CUARTA JORNADA

LA AMISTAD, ORDENADORA

Retrasábase el sol y un alba abierta
se deslizó por pájaros y fuentes
trinando desde el campo de tu piel.
Y como el día se extravió en mi sueño
se orientaron por ti los girasoles.
Los arroyos se habían detenido,
pero tú les dijiste: andad, cachorros,
me bañaré en las aguas del primero
que descubra en el mar una sirena.
Y partieron corriendo aguas abajo
con una buena voluntad de trenes.
Desordenaba el viento los limones
maduros de la luz en los cercados,
pero tu voz, tu gesto, tu figura
los devolvía a límites profundos
en el torso de nieve de tu frente.
Entraba sin temor por las tormentas
tu alta seguridad y retocabas
el crujiente peinado de los árboles
como si fueses brisa de otro modo.
Y toda cosa que la noche había
puesto sobre las ascuas del desvelo
—domadora gentil de lo difícil
con el látigo azul del horizonte—
se modeló en el sitio destinado
a servir perspectivas de amistad.
Ya no era el día arriba, alto, muy alto,
altísimo, trepador de palmeras.
Para que tu garganta no llegase,

evadida jirafa, hasta las nubes,
con los cometas y los rascacielos,
y escaparan, abiertos, por sus puntas,
tu catedral, los vidrios de tu sangre,
y quedase tu vuelo acurrucado
como una curva más de tus espaldas,
el día se hizo anchísimo, muy bajo,
pegó su oído a tierra, se dispuso
a ras de confidencias, con su cinco
de oros desgavillado por el suelo.
Tan sólo te llegaba a las rodillas.
Alcanzabas su cielo con la mano.
El viento había arriado sus columpios
y se tornó doméstico, reptante,
deshuesado de ráfagas las sienes.
Y ni rizaba el rizo en tus cabellos
para que las distancias no pudieran
tenderte sus escalas y ascenderte
y subirte hacia arriba, hacia el recuerdo,
al mundo que está encima de los pájaros.
Muy ancho, sí, cubría la llanura,
nivelaba los valles, enrasaba
con tu presencia todos los espejos
—balizado mensaje de ternura
surgiendo en espiral de tus caderas—.
Oh el día sin andamios, a tus plantas,
tendida boca arriba, a flor de lago,
en su quietud extraplana de horizonte,
para que unificases con tus luces
hombros desiertos y andariegos ríos.
Ahora te presentas con un júbilo nuevo
—no de mi sirte, de tus propios nardos—
victoriosa de alas, renacida
detrás de las espaldas del amor,
sobre un amanecer de madreselvas.
Se adivina que acabas de llegar.
Nieblas rosadas de ninguna parte,
que podían ser nieblas o alto arrullo,
y que viajaban ya buscando el sino
de una henchida existencia perdurable,
compartían tu olimpo, todavía
con un pudor de vírgenes celestes.
Olas que aún no habían comenzado
en el agua a vivir y que esperaban
el lúcido diafragma de la brisa.
Confidencias de un destino de nadie.
Estepas de un azar deshabitado
estrenaban tu intimidad, zagueras

de tus fluyentes mayos circulares.
Y así te conjugabas en ti misma,
en tu tiempo de sangre impetuosa,
por trigos, y amapolas, y viñedos;
por la mejilla de tambor del aire
y las velas y aviones de la ausencia;
por la cornisa de mi pensamiento,
ya en tu cielo, en mi cielo, en nuestro cielo,
sobre los pies en punta del prodigio.
Esencias de tus puros manantiales
te sacaban melódicas honduras
hasta tus propios límites en flor.
Y era sombra tu voz cuando callabas,
y era tierra mojada si llovías,
y siempre de amistad globo cautivo.
Tu boca estaba en ti, ya era la tuya,
no a través de alambiques espectrales,
sino en el rojo injerto de ti misma.
En ella tus palabras no eran ecos,
meras ideaciones de las cosas,
sino testimoniales superficies
trasminadoras de húmedas luciérnagas.
Si decías clavel articulabas
pétalos de sonidos y perfumes
en el florido caracol del aire.
Pensabas decir *hora* y se veía
nacer la leve hojita del silencio
en las dos manecillas de la *h,*
girar la *o* del mar y el horizonte
y habitarse de números romanos
el reloj de pulsera de la luna.
Querías decir *miel* y apacentabas
el blanco corderito de la *m,*
las aguas dulces de la *i* del río,
la *e* de tus ojeras y la erguida
l de un chopo verde en la llanura.
Palpábamos llegar la primavera,
le tomabas el pulso y los instantes,
te dejaba el corpiño de su aroma.
Y las aguas del tiempo se esculpían,
ya ordenado el tictac de nuestras sienes,
en zócalos de frescos arroyuelos.
Otras veces quería nuestra angustia
romper el cielo azul de una pedrada.
Es cuando pasan con la frente herida
los mapas, desangrándose en colores,
y el odio con sus botas de cien leguas.
Las arterias, entonces, son estrías

que han de lanzar más ágiles que nunca
el proyectil del sueño a la batalla.
El alma se nos parte entre los filos
de los dientes del lobo, ella, tan leve,
caperucita íntima y desnuda
con su hielo y su llama, a la defensa
del cuerpo en nuestra sangre atrincherado.
Tiempos de lunas de metal, de lirios
que florecen espuelas, de huracanes
crecidos entre ortigas. Tiempos donde
la primavera del rencor arrastra
el cadáver del viento asesinado.
Oíamos cruzar por nuestras venas
un sollozo de bosques y ciudades,
un recuerdo de muros y cipreses,
un martirio de nubes y montañas.
Pero aún están verdes las colinas,
y con su aroma en alto de rosales
y calan bayonetas las piteras,
y se orquestan los hombres rebeldías,
y levanta su trémolo acosado
el pecho varonil del violoncelo.
Mas ni la libertad perdió su estrella
ni el mar ha renunciado a su destino
ni es el silencio mármol todavía.
Y sobre todo, donde el río nace,
en los muslos del agua, en la garganta
de tus valles, allí donde la niebla
no equivoca con zarzas los caminos,
donde tú eres concordia sin remedio,
allí donde tu sombra se madura,
eleva la amistad su mano blanca
—sedienta nieve y ademán de espiga—
para poner en hora las alondras
que arranquen los amargos continentes
del dormido sollozo de sus noches.
Y así, cuando despliegas tu arcoiris,
tu selva en llamas, tu verdad de fuente,
todo recobra su apretado empeño
de justicia solar sobre los campos,
de alisios de razón sobre los mares,
de relieve de mundo a ras de tierra
e incógnitas ternuras de manzana.
En la meseta de tu pensamiento
una fuente de nieves ascendidas
giraba de perfil: era un molino.
Y en el rumor sellado de mis sienes,
un pájaro despierto: era una isla.

Y con frases al sesgo, con sintaxis
de amapola y coral, con ademanes
huidos de basaltos y alboradas,
así hablaron la Isla y el Molino.
—Soy rosa en la solapa de la brisa.
—Yo, corazón de piedra sobre el mar.
—A mí me ciñe el aire mariposas.
—A mí me borda el agua zapatillas
con náufragos, espumas y delfines.
—El viento a veces duerme entre mis brazos.
—Yo abandono a las olas mis arenas
para que luzcan todos sus corpiños.
—Luz de estrella dormida son mis hombros.
—Yo existo en la expresión de mi silencio
con una firme voluntad de roca.
—En éxtasis contempla la llanura
mi vientre boreal de bailarina.
—Yo soy reflejo de mi propio sueño,
fruto de soledad, gacela echada
sobre una teoría de cristales.
—Mi acento es dulce y mi palabra harina.
—En el oasis de mi mano abierta
mi lenguaje es de pájaros y nidos.
—Yo quisiera tener el pie en el agua.
—Y yo el arrullo de tu amor en vuelo.
—Pero tú eres la roca y yo el molino.
—Pero tú el movimiento y yo el reposo.
—Pero te ofrezco mi amistad de rueca.
—Y yo la intimidad de mi silencio.
Alguna que otra vez nos asomábamos
al balcón del callar. Y parecía
como si ya no nos quedase nada
que decirnos. Entonces, nuestro afecto,
de tan cerca, llegaba lejanísimo
con la ternura al hombro. De tan alto
lo veíamos llegar, que su hondura
quedaba al lado de nosotros mismos,
desentrañado en nuestra superficie,
firme revés nosotros de su vuelo.
¡Oh su bella verdad crecida adrede!
Ella ya vive nuestra propia alondra,
se divisa segura en los extremos
de nuestro propio espacio desnudado,
ángel liberto ya de cielo y sombra,
mullido clima de entreabierto gozo
en la conciencia líquida del tiempo.
Todavía es posible recordarla
en su niñez de anécdota o paloma

equivocando calles y tranvías,
peregrinando colas de cerveza
y curándole llantos a los niños.
La ciudad nos calaba en nuestro mundo
su larga galería de sucesos.
Éramos todos péndulo y compás,
mas sus frutas se habían desprendido
del follaje del hombre, sacudidas
por una tempestad de sangre y fuego.
Le raptaron las lunas de sus sienes
y le habían dejado entre los brazos
sanatorios de histéricas muñecas,
hoteles con los huéspedes del miedo,
parques trazados a cordel de angustia,
estatuas con su yeso en cabestrillo,
bruscos escaparates de sollozos,
corazón de volcán. Los habitaba
tan sólo el suplemento del instinto,
sus poderosos rieles iracundos,
ese ángel salvador que nos suplanta
desde su oscuro sótano de olvido,
cuando la inteligencia deja fuera
del agua de las hondas comprensiones
sus infecundas hélices dementes.
Y huíamos al campo, donde tiene
la intimidad sus diáfanas salidas,
saciándose de símbolos reales,
viendo crecer la libertad del árbol,
acuchillando mieses y volviendo
a su origen de juego de colores
el hoy fantasma abstracto del trabajo.
Pero ese era el envés de soledades
de la bella verdad crecida adrede,
pues dentro de nosotros nos sentíamos
siempre a la verde sombra de su flor.
¡En la flor de la sombra! No tendida
en la delgada piel de la indolencia,
no corte transversal de la frescura,
no derramado rostro ni planicie,
sino viva emergencia llenadora
del alto barandal de la delicia.
Podados la distancia y los adverbios
no había ya ni izquierda ni derecha,
ni cenit ni nadir ni dimensiones,
ni nada que no fuera la sustancia
de un infinito de color de rosa.
Y al recorrer los altos de esa sombra
—tocando casi el corazón del viaje—

encontré a tus palabras que ascendían
desde la vena última hasta el río
que cruza por el arco de mis sienes.
De allí cogía el cielo con la mano.
Estaba en la meseta de tu voz.

APOTEOSIS

Samaritana mía, un poco de agua
para ganar los altos de mi voz.
Lunas en re mayor de los tambores,
flautas en si bemol de la indolencia,
cigalas de la lluvia en los cristales,
vosotras habéis visto que en mi sueño
al podar el amor de sus espinas
se ha florecido de amistad la rosa.
Todo se olvidó ya: la lenta espera
de los mudos cipreses pensativos,
el reloj de las horas sin orillas,
los muslos del dolor, los ojos ciegos
de quien ve caminar a las estrellas...
De mí se han alejado las borrascas
y vierten un alud de cielos claros
las dulces cornocupias de mis sienes.
Hasta el aire es táctil. La albura densa
del capullo de seda, las vivientes
arenas del desierto, los efluvios
del corazón del mar, la temblorosa
palpitación rizada de un enjambre,
todo se afirma en la memoria cierta
de saberse en tus límites exactos.
Se podrá sonrojar el arcoiris,
abrir un siete el aire a la carrera
en su blanco pijama de cristal,
deshojarse de trinos una alondra;
pero tú ya serás inextinguible
alma de manantial, la mensajera

que se ofrece en la flor que deseamos,
el sueño de verdad, la roca blanca
sobre todo el camino, la caricia
donde reposa el fondo transparente
de los años y leguas interiores.
¡Qué cerca estoy de ti, bañado ahora
por la consciencia húmeda del río
que te detiene en su pasar sin tregua!
Esta sí que eres tú. Redondos aires,
tigres rubios del trigo, verdes prados,
subid a los trapecios de mis hombros,
dad el salto mortal de la alegría
y caed en la arena iluminada
de los cónicos júbilos circenses.
Bajo un cautivo vuelo de palomas
siento piafar rebaños de ciudades
al filo de las doce en tus mesetas.
Y cruza una apaisada arquitectura
por debajo de mí. Galopan puentes,
y se encabritan torres, y se empina,
sobre ijares esdrújulos de mármol,
un bosque vertical de escalinatas
para darte sus hondos parabienes.
Por todos los caminos de mí mismo
te he visto sonreír. La lejanía
es ya comunidad, rincón sensible
que cabía en tu mano o en tus ojos.
Ya no me hacían falta los sentidos.
Es más, los ignoraba. Se quedaron
ya no sé dónde, acaso en un destierro
de sonidos, de tactos y de luces.
Una gran fuerza viva desanclada,
suelta de las amarras de la sangre,
detenida en un vilo de ternura,
desarraigó sus garfios
de eso que llaman cuerpo, y es la piedra
de los firmes castillos interiores.
Para nada servíanme los brazos
—extremidades de absoluto olvido,
guijarros y tenazas de la ausencia—.
Ellos son los amables servidores
de otros dulces andenes, incapaces
de acompañarnos como tales brazos
más allá de los quicios de los dedos.
Debía de tenerlos tan delante
o tan detrás, que nunca los veía
en su evidente vocación de lianas
ni se me convertían en recuerdo

de haber estado alguna vez conmigo.
Siempre se van naciendo a cada instante
para el amor; mas no para este trance,
si trance puede ser esta presencia
de habernos desnudado de nosotros
para encarnar de nuevo en una voz,
sin haber olvidado nuestros «míos»:
—tus orillas de nardo y amapola,
mis silencios de rocas y volcanes.
Aquí no tienen sitio las espinas.
Eso es abajo, donde se coronan
con pájaros el grito y el amor.
Eso es allá, donde los sueños quieren
alojarse en la síntesis remota
del agua con el fuego. Eso es arriba,
donde los bosques de la luz se ausentan
irremediablemente condenados
a buscar por desiertas claridades
paraísos de fresca oscuridad.
Eso es adentro, donde no se puede
entrar ni con un eco de nostalgia
sin que una ágil memoria de relojes
no nos leve las áncoras del llanto.
Pero aquí donde todo se diluye
en el mármol dormido del reposo,
donce yace el difícil equilibrio
de este silencio unánime de roca
desbridada, no se abre al movimiento
la brecha temblorosa del sonido,
ni el vuelo turbador de una saeta,
ni un dolor afilado de rubíes.
Aquí sólo descansa lo que irradie
fidelidad de nieve a la blancura.
Me encuentro ahora con la voz ya hecha
en el círculo máximo del gozo.
Como al cristal la lluvia, y la mejilla
al beso, y al color la hoja dócil,
se une a mi voz tu pensativa frente,
mi voz, a medio trino de tu sangre,
tu sangre, a media rosa de mi voz.
Y ella te acariciaba en los confines
de ser y estar a su verdad subida,
idéntica al fluir del universo.
Ese vivir una unidad de dos
sin que conspiren labios desbocados
ni busquen lobos presas sonrosadas
bajo la fina nieve de tu piel.
Ese tener maduros ya los sueños

BIBLIOTECA GENERAL

para que pueda el pájaro atreverse
a construir su nido a nuestra sombra.
Ese tocarse en luces concertadas,
vivirse en esa luz que sólo inventa
posarse en claridades resbalantes
dentro de tu traslúcido silencio.
Vivir en ese aire que parece
que se hubiera soltado de nosotros
para ser por nosotros habitado.
Nos veían cruzar otras miradas
sin presentir que habíamos subido
el último escalón de la armonía.
Ni siquiera subir. Era que estábamos
—sí que estábamos— ya en la clara rosa
de nuestra transparente intimidad.
No nos podían ver. ¿Y cómo vernos
si sólo nos hacíamos presentes
en la huella final de nuestra voz,
en su blanco interior de caracola,
en el virgen rumor de la amistad?
¿Quién te podía ver, honda y cercana,
corza de nuestro afecto verdadero,
bebiendo en el remanso de las sienes?
Es en nosotros, donde nace el río
que discurre a lo largo de la vida,
en donde empieza a deslizar su arrullo
nuestra bella verdad diáfanamente.
Si la véis transitar por los caminos
no le manchéis su ensalmo, cazadores
del odio, dejadla correr libre
con su dulce recuerdo en el costado.

ÍNDICE

NOTA DE LOS EDITORES 7

PRÓLOGO 9

LÍQUENES [1928] 23

1. Al mar en la lejanía 25
2. Cuando empezó la montaña 25
3. Por el redondel de rutas 26
4. Acueducto verde 26
5. Iba vistiendo una órbita 26
6. ¿Al norte? Vamos al norte 26
7. Esta racha de viento que a mí llega 27
8. En el ataúd del aire 27
9. Con un compás de arco-iris 27
10. Corbeta, amiga corbeta 28
11. ¿Adónde irán las montañas gibosas 28
12. Por la calzada celeste 29
13. Qué solita está la mar 29
14. En el tapete del mar 29
15. Lo menos me tiene el mar 29
16. Ya que la brisa blanca 29
17. En las cunas de las olas 30
18. Quiso doblar sus paños 30
19. A la mañana 31
20. Detrás del gran pellizco 31
21. Y por la tarde, las torres 32
22. Tortuga regañada 32
23. Allí está recordando 33
24. Una *girl* del norte 33
25. Anda que te anda 34

26. Inés pastor, la que perdió los ojos 34
27. ¡Papá, papá, que el barquito 34
28. Cuando despeñó el crepúsculo 34
29. Por un sendero salado 35
30. Qué linda manzana verde 35
31. Hoy ha venido el barquito 35
32. Tírame la ola 36
33. Estrellas muertas de risa 36
34. Todas las olas del mar 36
35. Qué bien que te baila el viento 37
36. Sobre la arenita fina 37
37. Dentro de la gavetilla de tu mesa 37
38. Qué linda manía 38
39. Cómo se engaña la gente 38
40. Por el bolsillo azul del horizonte 38
41. ¿Qué hará el niño 38
42. Sin la esquina redonda del codaste 39
43. La tarde le puso al mar 39
44. Nube viajera 40
45. Un ojal blanco aprisiona 40
46. Me hice unas castañuelas 40
47. Con su *maillot* de colores 40
48. Ladeado de cintura 41
49. Con una guitarra fina 41
50. Ampollas de seis colores 41
51. El gallo rubio 42
52. El gallo rubio / media rapsodia 42
53. Alguien gritó a la barquilla 42
54. La sirena del barco holandés 43
55. Postigos de vidrio blanco 43
56. Uno tras otro, saltaron 43
57. Sobre el archivo de azules 43
58. Por mí 44
59. Cuatro arbolitos de humo 44
60. Ola morena 45
61. Brisa anegada de colores 45
62. Encías achampanadas 46
63. Bombonera del mar 46
64. La raqueta de una vela 46
65. El marinero tenía 47
66. Un áncora de sal 47
67. La tarde estaba sentada 48
68. El mar sería más mío 48
69. Con cuatro paquebotes ingleses 48
70. Navegar. Navegar. Navegar 49

TRANSPARENCIAS FUGADAS [1934] 51

Entronque lírico de *Transparencias fugadas*. 53
Entronque intelectual de *Transparencias fugadas* 53
1. El aire entraba en mí sin encontrarme 54
2. Fugado de algún témpano de hielo 54
3. Por qué cristales fríos 54
4. Rompió la noche el freno 55
5. Viaja el viento 55
6. Movió la estrella su testuz 55
7. Espuela de la prisa 56
8. No quiso el viento apadrinar su invierno 56
9. Ni llegas. Ni te vas. Ni estás presente 56
10. Por hallar el perfil de su absoluto 56
11. Llamaba por sus sienes, y sus sienes 57
12. Ni las geometrías estiradas 57
13. Poco a poco me iba suprimiendo 57
14. No lo saben tus selvas de trapecios 58
15. Y sin decir adiós. Sin que las hojas 58
16. Único y sin fronteras, compacto 58
17. Sí. Este ir y venir, sincronizado 59
18. Creyéndote perdido, te buscabas 59
19. Rompiendo los cristales de mis ojos 59
20. Siempre te sobras a tu sed. Si llegas 60
21. Un delirio de órbitas y fusas 60
22. Ni a la voz de la sombra del recuerdo 60

LA RODILLA EN EL AGUA [1934-1935] 61

Prólogo 63
Orígenes 65
¡Cuidado! 65
Desconfía también 66
Tu máxima amenaza 66
Conócete a ti misma 66
Tu rebeldía 66
Así te ven 67
Quien no eres tú 67
Razón de humildad 67
Varada en tu ventura 68
Eternidad desnuda 68
Disciplinado empeño de ti misma 68
Hija de tu existir 69
Arquitectura de tu pensar 69
Un poco humanizada 69
Tu secreto a voces 70
Pero 70

Biografía mútiple 70
Aislotamiento 70
Seguridad de ti 71
De cómo estás en mí 71
Espejo de ti misma 71
Sin nostalgia ni ayer 72
Inimitable concha de ti misma 72
Tu lozanía 73
En tu alegría estás 73
Fidelidad de roca 73
Todo lo tuyo es orden 74
Tú ya vienes de vuelta 74
Paraíso de azar 75
Maternal en tu quietud 75
Serena es como eres 75
El camino hacia ti 76
Cómo es tu gozo 76
Tu vanidad no existe 76
Nudo de perfección 77
Vida interior tan sólo 77
En tu sapiencia íntima descansas 78
Isla y mujer 78

LOS SENOS DE TINTA [1934] 79

DÁRSENA CON DESPERTADORES [1936] 89

Prólogo 91
Habla un interruptor 93
Habla un albornoz a rayas 94
Habla el pájaro del sueño 95
Habla la araucaria del amor 96
Habla el humo en el viento de la manzana 97
Habla la atmósfera del vidrio 98
Habla otra vez la angustia 99
Habla nueva edición de corales lentos 100

ENTRE LA GUERRA Y TÚ [1936-1939] 103

Antecedentes 105
La cita abierta 107
El reloj de mi cuerpo 107
Con la mano en la sangre 108
Mi pensamiento a la ruleta 108
Ciudad de retaguardia 109
Los imposibles me lamen las manos 110

Una flor entre escombros 111
Días amoratados 112
Tiempo a borbotones 112
Sueño de trinchera 113
Con los días contados 114
Manicomio de paz 115
Gráfica de un herido 115
Éxtasis entre espinas 116
El eco iluminado 117
La farsa sigue el baile 118
Vidas a contrapunto 118
La flor de unos minutos 119
Como todos los días 119
Tiempo que se despeña 120
Documental de una amazona 121
Ya tú eres la guerra 121
Traca de deformaciones 122

ROMANCERO CAUTIVO [1936-1940] 125

NOTA PRELIMINAR 127
CON EL ALMA EN UN HILO 129

Cuarto creciente 129
Luna llena 134
Cuarto menguante 141
Luna nueva 142
EN EL PUÑO DEL RECUERDO 144
AGENDA DE UN PRISIONERO 145

I. Primavera en tinieblas 145
II. Martirio de pantalones 147
III. La hernia de la derrota 148
IV. Suicidio 149
V. La misiva de la muerte 150
VI. Alfombra mágica 151
VII. Descartes para la muerte 153
VIII. Ropa color de suplicio 154
IX. Año nuevo entre barrotes 155
X. Esponsales sin nupcias 156
XI. Matan el campo a un pastor 157
XII. El fantasma de los bulos 158
XIII. Orfebres de sus querencias 160
XIV. Entre la fuga y el muro 161
XV. Gitano ardiendo en su ley 162
XVI. Partida de dominó 163
XVII. Eros entra en la prisión 164
XVIII. Otro aire nos respira 166

LA ARENA Y LA INTIMIDAD [1940] 167

PRÓLOGO 169
EL ARENAL 171
GRANITOS DE ARENA 173

I. Yaces, como el acorde de tres mundos 173
II. Y la piedra accionó. La piedra, dura 174
III. Sí, como el mar, vaivén. Pero en voz baja 175
IV. Y nunca dices ya, más tarde, luego... 176
V. Dormido, sí, dormido en tu regazo 177
VI. Creciendo mientras duermes, alelado 178
VII. Y no se duermen en un punto muerto 178
VIII. Un oscuro dolor de auroras rotas 179
IX. Allá por los remotos ventanales 179
X. Por las testadas rutas de la arena 180
XI. Y tienes en un lago de quimera 181
XII. Y oasis como sexos escondidos 181
XIII. Harén de tu arenal. Por todas partes 182
XIV. Llora la línea recta de tu vientre 182
XV. Que no busquen la sombra del desierto 183
XVI. También como los ríos te desbordas 183
XVII. En tu mundo no casan los objetos 184
XVIII. Y ni siquiera un árbol que te endulce 184
XIX. Tú tienes un sentido religioso 185
XX. Tener la sed por límite rodante 186
XXI. Con empaque de hidalgo que bosteza 186
XXII. Vibrante como un toque de cornetas 186
XXIII. Por ti el silencio es pájaro de olvido 187
XXIV. Lejos de las banderas de jardines 187
XXV. En el rostro sañudo del desierto 188
XXVI. Mirando sobre el hombro de las dunas 188
XXVII. Por tus agrios martirios errabundos 189
XXVIII. Tu corola de adelfas clandestinas 189
XXIX. Sólo puede brotar tu invernadero 189

LA ARENA Y LA INTIMIDAD 190

XXX. Te siento contra mí dándome vueltas 190
XXXI. Como minutos, sí, como minutos 190
XXXII. Tú te entremetes por mi sangre adentro 191
XXXIII. Como en los duros filos de un alfanje 191
XXXIV. Al pie de los regatos de las horas 192
XXXV. Ya no sé si mis horas son las tuyas 192
XXXVI. Tú siempre en tu apogeo luminoso 192
XXXVII. Pero también hay brazos que sonríen 193
XXXVIII. Porque te escucho, tibio, en mis umbrales 193
XXXIX. Por tu esfera sin números ni horario 194

XL. En tu reloj de arena y mi clepsidra 194
XLI. Cribado por las púas del destino 195
XLII. Este paisaje duele en la mirada 195
XLIII. Con las hoces agudas de tus luces 195
XLIV. Golpeas de tal modo mi horizonte 196
XLV. He sentido tu sed contra mi boca 196
XLVI. Con la sábana de tu olvido al hombro 197
XLVII. A pesar de tu gesto pensativo 197
XLVIII. La rosa de los puntos cardinales 198
XLIX. Por cruzar tus flamígeros cilicios 198

HOMBROS DE AUSENCIA [1942-1944] 199

Este cuadernillo 201
I. Por largos corredores extasiados 203
II. Me incorporé en la voz de un aire vago 203
III. Me hallaba recorriendo mis paisajes 204
IV. Dentro las lontananzas de mis ojos 204
V. No es florida esta ausencia. Tiene un como 204
VI. Te has ido sin llegar. Y yo, contigo 205
VII. Ya todo estaba en orden. Cada sueño 205
VIII. De elásticas paredes interiores 206
IX. Saliéndome por pórticos dormidos 206
X. La noche se tendía en tu llanura 207
XI. Tú estabas entre músicas y trajes 207
XII. Me reconozco en esta niebla pura 208
XIII. Siempre me está rompiendo despedidas 208
XIV. He dejado al arbitrio este recuerdo 208
XV. No queráis encontrarme. Será inútil 209
XVI. He puesto mi silencio a media noche 209
XVII. Llevo leguas buscándome y hundiendo 210
XVIII. He tallado en tus mármoles lejanos 210
XIX. Como tú, libertad, oh ausencia mía 211
XX. Sin saber por qué rampas imposibles 211
XXI. Pasaron las gacelas de la brisa 211
XXII. Descortezando tu aventura, noche 212
XXIII. Este silencio cósmico que ahora 212
XXIV. Con el tiempo embalsado y la distancia 213
XXV. Arde ahora en su lámpara el recuerdo 213
XXVI. Me soñabas arroyo de tu frente 214
XXVII. Nada queda de ti que viva lejos 214
XXVIII. Es dura esta esperanza de que al verte 214

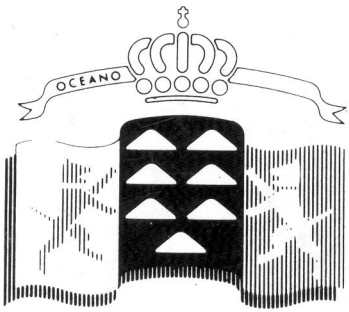
VIAJE AL INTERIOR DE TU VOZ [1944-1946] 217

Primera jornada 219
Primer sueño 225

Segunda jornada 229
Segundo sueño 235
Tercera jornada 237
Tercer sueño 241
Cuarta jornada 247
Apoteosis 255

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

42416


OCEANO